Agatha Christie Mallowan

Ven y dime cómo vives

MEMORIAS

Todo el mundo sabe que Agatha Christie fue una de las más prolíficas y exitosas escritoras de novela criminal de su tiempo. Lo que muchos menos saben es que, gracias a su matrimonio con el prestigioso arqueólogo Max Mallowan, recorrió todo el Oriente Medio acompañando a su marido. *Ven y dime cómo vives* es el recuento de cuatro temporadas de excavación arqueológica en Siria e Irak, un testimonio escrito, como dice la propia autora, en respuesta a las innumerables preguntas que sus amistades y conocidos le hacían acerca del tipo de vida que llevaban en esos extraños lugares. Las peripecias y aventuras de este grupo de occidentales, conviviendo entre nativos en incómodas condiciones, son narradas por la gran escritora con toda la agudeza propia de la hipercivilizada Gran Bretaña; porque, al fin y al cabo, ¿qué problema no puede ser sorteado con una buena dosis de sentido del humor o una taza de té bien cargado?

Agatha Christie Mallowan

Ven y dime cómo vives

ePub r1.1
IbnKhaldun 04.08.15

Título original: *Come, Tell Me How You Live*
Agatha Christie Mallowan, 1946
Traducción: Iris Menéndez

Editor digital: IbnKhaldun
ePub base r1.2

A mi marido, Max Mallowan;
al Coronel, a Bumps, Mac y Guilford, dedico
afectuosamente esta crónica plagada de meandros.

SYRIA
and
MESOPOTAMIA
TURKEY
SYRIA
Syrian Desert
TRANS-JORDAN
Aleppo
Palmyra
Damascus
Homs
Tripoli
Jerusalem
Dead Sea
Hasetcha
Tell Abyad
Diarbekr

Introducción

Hay libros que se leen con una persistente sonrisa interior que de vez en cuando se vuelve visible y en ocasiones audible. Ven y dime cómo vives *es uno de ellos, y leerlo es un placer en estado puro.*

Fue en 1930 cuando una feliz coincidencia reunió al joven arqueólogo Max Mallowan con Agatha Christie, una escritora ya muy conocida. De visita en Bagdad, Agatha conoció a Leonard y Katherine Woolley y aceptó su invitación a hospedarse con ellos en Ur, donde habían estado realizando excavaciones durante varias temporadas. Los Woolley encomendaron a Max, su asistente, la tarea de acompañar a Agatha en el viaje de regreso a su país, y de mostrarle los puntos de interés por el camino. Tan bien lo pasaron juntos que antes de que terminara ese año estaban casados e iniciaron así su larga y extraordinariamente creativa unión.

Agatha no consideró que su fama fuera un obstáculo para compartir el trabajo de su marido. Desde el primer momento participó plenamente en las excavaciones de Max en Siria e Irak, soportando incomodidades y buscando el lado divertido de los desastres a que está sujeto todo arqueólogo. Sus amistades y conocidos, que nada sabían del misterio de excavar en tierras lejanas, inevitablemente le preguntaban cómo era esa vida tan extraña… y ella decidió responder con un libro ligero, de tono alegre.

Agatha empezó Ven y dime cómo vives *antes de la guerra, y aunque lo dejó de lado durante cuatro años dedicados al esfuerzo bélico, tanto en espíritu como en contenido pertenece a los años treinta. Como buena elevée bourgeoise y equilibrada que era, no pensaba que las tragedias de la existencia humana fuesen más significativas que sus comedias y deleites. Tampoco en aquel entonces la arqueología en Oriente Medio estaba abrumada de ciencia y laboriosa técnica. Era un mundo en el que subías a un coche Pullman en Victoria Station, en un «enorme, rápido y sociable tren, con una gran locomotora humeante de*

vapor», te despedían multitudes de amistades, en Calais cogías el Orient Express hacia Estambul, y finalmente llegabas a una Siria en la que los franceses proporcionaban orden, buena comida y generosos permisos para excavar. Asimismo era un mundo en el que Agatha podía reírse libremente de árabes, curdos, armenios, turcos y adoradores del demonio yazidí que trabajaban en las excavaciones, como se reía de los eruditos de Oxford, de su marido y de sí misma.

La autora dice que su libro es «entretenido… lleno de quehaceres y acontecimientos cotidianos», y una «crónica intrascendente». De hecho es una trama hábilmente urdida y compone un tejido sin costuras con cinco temporadas distintas sobre el terreno. Los trabajos de campo se iniciaron a finales de 1934 con un reconocimiento de los antiguos montículos urbanos, colinas o tells que salpican las márgenes del Jabur en el norte de Siria, con el propósito de seleccionar el más prometedor para las excavaciones. Max evidenció su buen criterio al escoger Chagar Bazar y Tell Brak entre los cincuenta tells examinados, pues ambos —después de excavarlos durante las cuatro temporadas siguientes— ampliaron en gran medida nuestro conocimiento de la antigua Mesopotamia. Por su parte, Agatha, en una muestra de disciplina típica en ella, privó a su libro de toda especificidad arqueológica con el fin de preservar su agilidad y coherencia.

En las condiciones rudimentarias y de choque de culturas en el tiempo y el espacio, «los quehaceres y acontecimientos cotidianos» fueron lo bastante extraordinarios para entretener al lector: hombres y máquinas eran igualmente propensos a crear problemas, lo mismo que ratones, murciélagos, arañas, pulgas y sigilosos portadores de lo que entonces se denominaba «tripa de soldado». Episodio tras episodio es narrado de manera amena, y del relato surge alguna excelente caracterización. Si de la autora de novelas policíacas Agatha Christie puede decirse que saca personajes que lleva escondidos bajo la manga, aquí demuestra, en muy pocas páginas, cuán certeramente sabe dar vida a los seres reales.

Una cuestión interesante, que con su proverbial modestia la autora no enfatizó suficientemente, es el considerable papel que desempeñó en el trabajo práctico de las expediciones. Menciona de pasada sus esfuerzos por revelar fotos sin cuarto oscuro y su etiquetamiento de los hallazgos, pero eso no es suficiente. Cuando más adelante tuve el privilegio de pasar una semana con los Mallowan en Nimrud, cerca de

Mosul, me sorprendió cuánto hacía Agatha además de asegurar el orden doméstico y la buena alimentación. Al principio de cada temporada se retiraba a su pequeño cuarto a escribir, pero en cuanto el trabajo de las excavaciones apremiaba, cerraba la puerta a su profesión y se consagraba a los tiempos remotos. Se levantaba temprano para hacer las rondas con Max, catalogaba y etiquetaba y, en aquella ocasión, se ocupaba de la limpieza preliminar de los exquisitos marfiles que llegaban de Fort Shalmaneser. Tengo una vívida imagen de Agatha frente a una de esas tallas, con el plumero suspendido en equilibrio y la cabeza inclinada, sonriendo con curiosidad ante los resultados de su trabajo manual.

Este recuerdo incrementa mi convicción de que, aunque le dedicó mucho tiempo, Agatha Christie siguió interiormente separada de la arqueología. Disfrutaba con la vida arqueológica en un país remoto y supo aplicar sus experiencias a sus propias obras. Poseía un sólido conocimiento del tema y sin embargo permaneció ajena a él, como un espectador contento.

Agatha encontró un intenso placer en el agreste paisaje mesopotámico y sus gentes, lo que se palpa en muchas páginas de Ven y dime cómo vives. *Está, por ejemplo, el relato del picnic en el que ella y Max se sentaron entre flores en el saliente de un volcán. «La paz absoluta es maravillosa. Me invade una oleada de felicidad y comprendo cuánto amo este país, lo completa y satisfactoria que es esta vida…». Así, en su breve Epílogo, en el que vuelve la mirada a los años de guerra para recuperar los mejores recuerdos de Jabur, dice: «Escribir estas sencillas notas no ha sido una tarea, sino un parto de amor». Y esto es evidentemente cierto, porque un resplandor ilumina todos esos quehaceres cotidianos, por dolorosos o absurdos que fueran. Esta cualidad explica por qué, como dije al comienzo, leer este libro es un placer en estado puro.*

Jacquetta Hawkes

Sentado en un tell

(Con mis disculpas a Lewis Carroll)

Te diré lo que pueda
Si me escuchas bien:
Conocí a un joven erudito
Sentado en un tell.
«¿Quién eres tú?», le pregunté,
«¿Qué buscas aquí?».
Su respuesta manó en mi cabeza
Como sangre en la maleza.

Me dijo: «Busco cacharros antiguos.
De tiempos prehistóricos
Y luego los pondero
De mil diversos modos.
Y luego (como tú) escribo,
Aunque con palabras más largas
Y mucho más sabias:
Mis colegas errados estaban».

Como yo tenía el plan
De matar a un millonario
Y esconder su cadáver en el desván
O en un helado armario,
A responder me negué.
Pero tímida enseguida le grité:
«¡Ven y dime cómo vives!
¿Dónde, cuándo y por qué?».

Con ingenio y dulce voz me contestó:
«Realmente y bien pensado
Cinco mil años en el ayer
Es la época que decido escoger.
Cuando aprendas la era D. C. a desdeñar
Y las mañas adquieras del buen excavar
Conmigo vagar por este mundo podrás
Y a desvariar nunca volverás».

Pero yo pensaba en la forma de poner
Una dosis de arsénico en el té.
Y no podía en un santiamén
Llevar mi mente tan lejos A. C.
Miré su rostro tan ameno
Y di un suspiro placentero:
«Ven y dime cómo vives,
cuéntame qué ideas concibes».

«Busco objetos hechos por el hombre
Que antaño ha existido.
Fotografío, catalogo, guardo,
Y a casa los envío.
Estas cosas no se pagan con oro
(Ni con cobre, por cierto, valoro).
Se exhiben en los museos,
Que es lo mejor, según creo.

A veces descubro amuletos
Y figurillas de aspecto indecoroso
Pues en tiempos pretéritos
El hombre ha sido escabroso.
Y aunque en la abundancia no nademos
Una fortuna cuantiosa poseemos:
Los arqueólogos largo tiempo viven
Y una salud de hierro esgrimen».

Sólo esto último le oí
Pues antes mi designio era
Encontrar la forma de guardar un cadáver

Hirviéndolo en salmuera.
Le agradecí que se expresara
Con tal erudición
Y afirmé que lo acompañaría
En alguna expedición.

Y ahora cuando por azar
Mis dedos tocan ácido,
o un cacharro al suelo va a parar
Porque mi humor no es plácido,
O cuando un río suena
Y oigo un grito remoto,
Me acuerdo del joven aquel
Que me enseñó a aprender.

De mirada dulce, de palabra sosegada,
De pensamiento atento a una época pasada,
Los bolsillos hundidos por la arcilla pesada,
Que docta y lentamente me enseñaba,
Y usaba palabras largas por mí ignoradas,
Con ojos luminosos que fervor rebosaban
Cuando el terreno observaban.
Que quería concluyentemente demostrar
Tantas cosas que yo no debía ignorar
Y que con él mi vida sería entretenida
Excavando palmo a palmo en una colina.

Prólogo

Este libro es una respuesta. La respuesta a una pregunta que me hacen con harta frecuencia.

«O sea que tú haces excavaciones en Siria, ¿eh? Háblame de eso. ¿Cómo vives? ¿En una tienda?». Etcétera, etcétera.

La mayoría de la gente, probablemente, no tiene el menor interés en saberlo. Sólo se trata de cambiar de conversación. Pero de vez en cuando aparecen una o dos personas que están realmente interesadas.

Es la misma pregunta que la Arqueología le plantea al Pasado: *Ven y dime cómo vivías*.

Y con picos y palas y cestos hallamos la respuesta.

«Éstos eran nuestros pucheros de cocina». «En este enorme silo guardábamos nuestro grano». «Con estas agujas de hueso cosíamos nuestras ropas». «Éstas eran nuestras casas, éste nuestro cuarto de baño, he aquí nuestro sistema sanitario». «Aquí, en esta vasija, están los pendientes de oro de la dote de mi hija». «Aquí, en este pequeño pote, están los cosméticos». «Estas ollas son de un tipo muy corriente. Las encontrarás por centenares. Las traemos de la alfarería de la esquina. ¿Has dicho Woolworth? ¿Así las llamáis en vuestra época?».

A veces aparece un palacio real, otras un templo, y mucho más raramente un sepulcro real. Estas cosas son espectaculares. ¡Aparecen en los titulares de los periódicos, son tema de conferencias, se ven en las pantallas, todo el mundo se entera! No obstante, yo opino que para alguien dedicado a la excavación, el auténtico interés reside en la vida cotidiana: la vida del alfarero, del granjero, del fabricante de herramientas, del experto tallador de sellos y amuletos… en fin, *del carnicero, el panadero, el fabricante de candeleros*.

Una advertencia para evitar decepciones. Este libro no es profundo, no te aportará consideraciones interesantes sobre la

arqueología, no habrá hermosas descripciones de paisajes, ni tratamiento de problemas económicos, ni reflexiones raciales, ni historia.

Es, en realidad, un entretenimiento… un librillo lleno de quehaceres y acontecimientos cotidianos.

Partant pour la Syrie

¡Dentro de unas semanas partiremos hacia Siria!

Hacer compras para un clima caluroso, en otoño o invierno, presenta ciertas dificultades. La ropa del verano pasado, que con optimismo una supuso que «serviría», ahora, llegado el momento, «no sirve». Por un lado parece estar (como las deprimentes anotaciones de las empresas de mudanzas), «abollada, rayada y marcada». (Además de encogida, desteñida y rara). Por otro lado —¡ay, ay, tener que decirlo!— aprieta por todas partes.

¡Por consiguiente… a las tiendas y grandes almacenes! y:

—Naturalmente, Madam, no nos piden ese tipo de cosas *ahora mismo*. Aquí tenemos unos trajecillos encantadores… los colores oscuros están de rebajas.

¡Oh, detestables rebajas! ¡Qué humillación! ¡Y cuánto más humillante aún ser reconocida de inmediato como una compradora de rebajas!

(Aunque hay días mejores en que, envuelta en una delgada chaqueta negra con un gran cuello de pieles, una vendedora dice alegremente: «¿Pero Madam está *segura* de que sólo es talla grande?»).

Miro los trajecillos con sus inesperados toques de piel y sus faldas tableadas. Explico entristecida que lo que yo quiero es una seda o algodón lavables.

—Madam puede probar en nuestro departamento de Cruceros.

Madam prueba en Nuestro Departamento de Cruceros… aunque sin demasiadas esperanzas. La palabra crucero sigue envuelta en el manto de la fantasía romántica. La rodea un matiz de Arcadia. Son las chicas quienes hacen cruceros; muchachas delgadas y jóvenes que usan pantalones de hilo inarrugables, con los bajos acampanados y ceñidísimos en las caderas. Es a esas chicas a quienes les sientan deliciosamente bien los Trajes de Recreo. ¡Para

esas chicas tienen dieciocho variedades de pantalones cortos!

La encantadora criatura a cargo de Nuestro Departamento de Cruceros es apenas amable.

—Oh, no, Madam, no tenemos tallas *especiales*. —¡Leve horror! ¿Tallas especiales y cruceros? ¿Dónde está lo romántico?—. No sería *compatible*, ¿no le parece?

Convengo pesarosa en que no sería compatible.

Queda una esperanza: Nuestro Departamento Tropical.

Nuestro Departamento Tropical consiste principalmente en cascos coloniales: cascos coloniales marrones, cascos coloniales blancos, cascos coloniales de charol. Un poco apartadas, por ser ligeramente frívolas, unas pamelas rebosantes de rosas y azules y amarillos, como brotes de estrafalarias flores tropicales. También hay un enorme caballo de madera y un surtido de pantalones de equitación.

Pero sí, hay otras cosas. Aquí hay algunas prendas adecuadas para las esposas de los Fundadores del Imperio. ¡Shantung! Chaquetas y faldas de shantung de corte sencillo —nada de tonterías juveniles aquí— para satisfacer tanto a macizas como a escuálidas. Entro en un cubículo con varios modelos y tamaños. ¡Minutos después me transformo en una mensahib!

Tengo mis dudas… pero las acallo. En fin de cuentas, *es* fresco y práctico y *quepo* dentro.

Vuelco mi atención en la selección del tipo de sombrero adecuado. El tipo de sombrero adecuado no existe en esta época y tengo que encargar que me lo hagan, lo que no es tan fácil como parece.

Lo que quiero y pienso conseguir, aunque casi seguramente no conseguiré, es un sombrero de fieltro de proporciones razonables que encaje en mi cabeza. El tipo de sombrero que se usaba hace unos veinte años para sacar a pasear al perro o jugar al golf. Ahora, hoy, sólo están las «cosas» que una adjunta a su cabeza —encima de un ojo, de una oreja, en la nuca—, según dicta la moda del momento… o la pamela, que mide como mínimo un metro de diámetro.

Explico que quiero un sombrero con una copa como la de la pamela y aproximadamente la cuarta parte de ala.

—Pero se hacen anchos para proteger plenamente del sol,

Madam.

—Sí, pero donde yo voy casi siempre sopla un viento espantoso, y un sombrero con semejante ala no se mantendría un minuto en la cabeza.

—Podríamos ponerle a Madam un elástico.

—Quiero un sombrero con un ala no más grande que la del que llevo puesto.

—Por supuesto, Madam, con una copa poco profunda se vería muy bien.

—¡*Nada* de copa poco profunda! ¡El sombrero tiene que mantenerse en su sitio!

¡Victoria! Seleccionamos el color; uno de esos matices nuevos con nombres tan bonitos: tierra, herrumbre, cielo, pavimento, polvo, etc.

Unas pocas compras menores, compras que sé, decididamente, serán inútiles o me meterán en líos. Una bolsa de viaje con cremallera, por ejemplo. La vida, hoy en día, está dominada y se ve complicada por la implacable cremallera. Blusas y faldas que se abren y cierran con cremallera, trajes para esquiar con cremallera por todos lados. Vestidos ligeros con trozos de cremallera perfectamente innecesarios, sólo como adorno.

¿Por qué? ¿Hay algo más terrible que una cremallera que se pone testaruda? Te deja en una situación mucho peor que los comunes y corrientes botones, broches, cierres de presión, hebillas o corchetes.

En los primeros tiempos de las cremalleras, mi madre —estremecida por tan deliciosa novedad— se hizo hacer un par de corsés a la medida, con cremallera en la parte delantera. ¡Los resultados fueron sumamente desafortunados! No sólo hubo de librar una dolorosa batalla en la primera subida sino que después las cremalleras se negaban, obstinadamente, a bajar. ¡Quitárselos era prácticamente una operación quirúrgica! Y debido al encantador pudor victoriano de mi madre, durante un tiempo nos pareció posible que viviera el resto de sus días metida en esos corsés: ¡una especie de mujer moderna con corsé de castidad!

Desde entonces, siempre he mirado las cremalleras con cierta desconfianza. Pero parece que *todas* las bolsas de viaje las llevan.

—Los cierres anticuados han sido totalmente desbancados,

Madam —dice el vendedor, observándome con mirada compasiva —. Como usted misma puede ver, es muy simple —dice y me lo demuestra.

No tengo la menor duda acerca de la simplicidad, aunque, pienso para mis adentros, la bolsa está vacía.

—Bien —suspiro—, hay que estar a la altura de los tiempos.

Con cierto recelo, compro la bolsa.

Ahora soy la orgullosa poseedora de una bolsa de viaje con cremallera, una falda y chaqueta de Esposa de Fundador del Imperio, y un sombrero posiblemente satisfactorio.

Aún hay mucho por hacer.

Paso al departamento de Papelería. Compro varias plumas estilográficas; sé por experiencia que aunque en Inglaterra una pluma se comporta de manera ejemplar, en cuanto le aflojas las riendas en los alrededores del desierto, percibe que es libre de declararse en huelga y se comporta en consecuencia, ya sea escupiendo tinta indiscriminadamente sobre mí, mi ropa, mi cuaderno y todo lo que haya a mano, ya sea negándose tímidamente a hacer otra cosa que raspar invisiblemente la superficie del papel. También compro dos modestos lápices. Afortunadamente los lápices no son temperamentales y, aunque dados a cierta facilidad para desaparecer, siempre tengo un suministro a mano. Al fin y al cabo, ¿para qué sirve un arquitecto sino para tomar prestados tus lápices?

La siguiente compra son cuatro relojes de pulsera. El desierto no es benigno con los relojes. Después de unas semanas, renuncian al trabajo rutinario e ininterrumpido. El tiempo, dice el reloj, sólo es un concepto. Entonces opta por pararse ocho o nueve veces diarias durante períodos de veinte minutos, o acelerarse sin el menor criterio. A veces alterna, cohibido, entre ambas actitudes. Finalmente se detiene por completo. Entonces uno pasa al reloj de pulsera n.º 2 y así sucesivamente. También adquiero dos relojes baratos en previsión del momento en que mi marido me diga: «Déjame un reloj para el capataz, ¿quieres?».

Nuestros capataces árabes, aunque excelentes, tienen lo que podríamos describir como mano pesada con cualquier tipo de instrumento para medir las horas. Sea como fuere, aprender la hora exige una buena dosis de esfuerzo mental por su parte. Los puedes

ver sosteniendo seriamente del revés un gran reloj de esfera redonda, contemplándolo con una concentración francamente dolorosa, mientras lo interpretan mal. Su forma de dar cuerda a esos tesoros es enérgica y tan a fondo que muy pocos muelles logran salir bien parados de la prueba.

Así, al final de la temporada los relojes del personal de la expedición han sido sacrificados uno a uno.

Mis dos relojes de quincalla son el medio para aplazar el aciago día.

¡Preparando el equipaje!

Hay varias escuelas de pensamiento en cuanto a la forma de hacer las maletas. Están los que empiezan a preparar el equipaje con una semana o dos de anticipación. Están los que juntan unas pocas cosas media hora antes de la partida. ¡Están los embaladores esmerados, insaciables de papel de seda! ¡Están los que desprecian el papel de seda y se limitan a arrojar las cosas dentro de las maletas con la esperanza de que todo salga bien! ¡Están los que se dejan prácticamente todo lo que querían llevarse! ¡Y están los que se llevan inmensas cantidades de cosas que nunca necesitarán!

Pero hay algo que, sin temor a equivocarte, puedes decir acerca de un equipaje arqueológico. Está compuesto principalmente de *libros*. Qué libros llevar, qué libros *pueden* ser llevados, cuántos libros caben, qué libros pueden (¡con gran dolor!) dejarse. Estoy absolutamente convencida de que todos los arqueólogos preparan el equipaje de la siguiente manera: deciden cuál es el número máximo de maletas que una sufrida Wagon Lit Company aceptará. Luego llenan dichas maletas hasta los topes con libros. Seguidamente, y a regañadientes, sacan unos pocos libros y ocupan el espacio así obtenido con camisas, pijamas, calcetines, etc.

Paseo la mirada por el cuarto de Max y tengo la impresión de que todo el espacio cúbico está lleno de libros. A través de un resquicio entre éstos, detecto su expresión preocupada.

—¿Te parece —pregunta— que tendré lugar para todos éstos?

La respuesta es tan obviamente negativa que decírselo me parece una mera crueldad.

A las cuatro y media llega a mi habitación y pregunta

esperanzado:

—¿Queda algo de sitio en tus maletas? —mi larga experiencia debería haberme advertido que tendría que haber respondido con firmeza «no», pero vacilo e inmediatamente me condeno—. Si pudieras guardar una o dos cosas…

—*¿Libros?*

Max parece levemente sorprendido y dice:

—Claro, libros, ¿qué otra cosa puede ser?

Avanza y apisona dos inmensos tomos encima del traje de Esposa de Fundador del Imperio, que permanecía con aire satisfecho en lo alto de una maleta.

Lanzo un grito de protesta pero es demasiado tarde.

—Tonterías —dice Max—, ¡sobra sitio! —Fuerza la tapa hacia abajo, que se niega enérgicamente a cerrar—. Ni siquiera ahora está completamente llena —agrega con optimismo.

Afortunadamente, en ese momento lo distrae un vestido de hilo estampado que está doblado en otra maleta.

—¿Qué es eso? —Respondo que se trata de un vestido—. Interesante —dice Max—. Todos los *motifs* que aparecen en la delantera corresponden a la fertilidad.

Una de las calamidades de estar casada con un arqueólogo es su experto conocimiento de la interpretación de los diseños más inofensivos.

A las cinco y media Max observa con indiferencia que debe salir a comprar algunas camisas, calcetines y otras cosas. Vuelve tres cuartos de hora más tarde, indignado porque las tiendas cierran a las seis.

Cuando le informo que siempre ha sido así, responde que nunca lo había notado.

Ahora, dice, no tiene nada que hacer salvo «ordenar esos papeles».

A las once me voy a acostar, dejando a Max ante su escritorio (que nadie debe ordenar ni limpiar bajo pena de los más terribles castigos), cubierto hasta los codos por cartas, cuentas, folletos, dibujos de vasijas, innombrables fragmentos de cerámica y varias cajas de cerillas que no contienen cerillas, sino extraños abalorios muy antiguos.

A las cuatro de la madrugada entra exaltado en el dormitorio,

con una taza de té en la mano, para anunciar que por fin ha encontrado el interesantísimo artículo sobre los descubrimientos en Anatolia que había perdido en el mes de julio. Agrega que abriga la esperanza de no haberme despertado.

Respondo que por supuesto me ha despertado y que lo mejor que puede hacer es traerme una taza de té.

Max vuelve con el té y me dice que también ha encontrado muchísimas cuentas que creía haber pagado. Yo también he pasado por esa experiencia. Coincidimos en que es deprimente.

A las nueve de la mañana soy convocada como peso pesado de la casa para sentarme encima de las abultadas maletas de Max.

—¡Si *tú* no logras cerrarlas, nadie podrá! —dice Max con muy poca galantería.

Finalmente logro la sobrehumana proeza con la mera ayuda de los kilos y vuelvo a enfrentarme con mi propia dificultad, que es, tal como mi profética visión me había informado, la bolsa con cremallera. Vacía en la tienda, parecía sencilla, atractiva y simplificadora de esfuerzos. ¡Con qué alegría corría entonces la cremallera de un lado a otro! Ahora que la bolsa está rebosante, cerrarla es un milagro de ajuste titánico. Los dos bordes tienen que juntarse con precisión matemática y luego, precisamente cuando la cremallera la atraviesa lentamente, vienen las complicaciones, debido al rincón con el neceser que contiene esponjas y artículos de tocador. Cuando por fin se cierra, ¡juro que no volveré a abrirla hasta llegar a Siria!

Sin embargo, bien pensado, esto no será posible. ¿Qué haré sin la mencionada bolsa? ¿Viajaré cinco días seguidos sin lavarme? ¡En aquel momento hasta *eso* parece preferible a abrir la cremallera!

Sí, ha llegado el momento y realmente partimos. Han quedado sin hacer una serie de cosas importantes: la lavandería, como de costumbre, nos falló; la tintorería, para gran disgusto de Max, no ha cumplido sus promesas… pero ¿qué importa? ¡Nos vamos!

¡Aunque en un par de ocasiones parece que no lograremos marchar! Las maletas de Max, de aspecto engañoso, exceden la capacidad de levantamiento del taxista. Él y Max luchan con ellas hasta que por último, con la ayuda de un transeúnte, son subidas al

taxi.

Nos dirigimos hacia Victoria Station.

¡Queridísima Victoria Station —portal del mundo exterior a Inglaterra—, cuánto amo tu plataforma continental! ¡Y cuánto adoro los trenes! Aspiro con éxtasis el olor sulfuroso tan distinto al leve, distante, lejanamente aceitoso de un barco, que siempre me deprime con su profecía de días nauseabundos por venir. ¡Pero un tren —un tren enorme, rápido y sociable, con su gran locomotora humeante de vapor que parece decir, impaciente: «Tengo que partir, tengo que partir, *tengo* que partir»— es un amigo! Comparte tu estado de ánimo porque también tú estás diciendo: «¡Partiré, partiré, estoy partiendo, *estoy partiendo*…!».

Junto a la puerta de nuestro Pullman nos esperan los amigos para despedirnos. Tienen lugar las habituales conversaciones idiotas. Brotan de mis labios las famosas últimas palabras: instrucciones acerca de los perros, los niños, el envío de correspondencia y de libros, de artículos olvidados, «creo que lo encontrarás sobre el piano, pero *puede* estar en el estante del cuarto de baño». ¡Todas esas cosas han sido dichas con anterioridad y no hay la menor necesidad de repetirlas!

Max está rodeado por sus parientes, y yo por los míos.

Llorosa, mi hermana dice que tiene la sensación de que jamás volverá a verme. No me impresiono demasiado porque ha dicho lo mismo cada vez que voy a Oriente Medio. ¿Y qué debe hacer, pregunta, si Rosalind tiene un ataque de apendicitis? No parecen existir razones para que mi hija de catorce años tenga apendicitis, y sólo se me ocurre responder: «¡No la operes tú misma!». Porque mi hermana tiene fama de rápida con las tijeras, con las que ataca imparcialmente furúnculos, cabelleras y vestidos; en general, debo reconocerlo, con mucho éxito.

Max y yo intercambiamos parientes y mi querida suegra me pide que me cuide, implicando que con gran nobleza pienso correr grandes peligros personales.

Suena el silbato; intercambio unas últimas y frenéticas palabras con mi amiga y secretaria. ¿Hará todas las cosas que dejé sin hacer, recriminará como corresponde a la lavandería y la tintorería, dará buenas referencias de la cocinera y enviará los libros que no pude llevar, recuperará en Scotland Yard mi paraguas, escribirá al clérigo

que descubrió cuarenta y tres errores gramaticales en mi último libro, repasará la lista de semillas para el huerto y eliminará calabacines y chirivías? Sí, hará todas esas cosas y si se produce alguna crisis en el mundo hogareño o literario, me cablegrafiará. No importa, le digo. Tiene un poder notarial. Puede hacer lo que quiera. Parece alarmada y afirma que será muy cuidadosa. ¡Otro silbato! Me despido de mi hermana y digo, insensatamente, que yo también siento que nunca volveré a verla y que quizá Rosalind *tenga* un ataque de apendicitis. Disparates, dice mi hermana, ¿por qué iba a tenerlo? Subimos al Pullman, el tren gruñe y arranca.

PARTIMOS

.

Durante unos cuarenta y cinco segundos me siento fatal, pero en cuanto dejamos atrás Victoria Station el regocijo vuelve a apoderarse de mí. Hemos iniciado el encantador y emocionante viaje a Siria.

Hay algo grandioso y esplendido en un Pullman, aunque no es ni remotamente tan cómodo como un vagón corriente de primera clase. Siempre viajamos en Pullman exclusivamente por las maletas de Max, que un coche corriente no toleraría. Desde que una vez le extraviaron su equipaje facturado, Max no corre riesgos con sus preciosos libros.

Llegamos a Dover, donde encontramos el mar moderadamente sereno. No obstante, me retiro al *Salon des Dames*, y reposo y medito con el pesimismo que siempre despierta en mí el movimiento de las olas. Pero pronto llegamos a Calais, y el camarero francés me presenta a un robusto hombre de blusón azul para que se ocupe de mi equipaje.

—Madame lo encontrará en la *Douane* —dice.

—¿Cuál es su número? —le pregunto.

El camarero se muestra instantáneamente reprobador:

—*Madame! Mais le charpentier du bateau!*

c'est

Me avergüenzo como corresponde, para darme cuenta unos minutos más tarde de que ésa no es una respuesta. El hecho de que sea el *charpentier du bateau* no me permitirá identificarlo entre varios cientos de otros hombres con blusón azul que gritan: «*Quatre-vingt treize?*», etc. Su mero silencio no será suficiente para

detectarlo. Más aún, ¿el hecho de ser el *charpentier du bateau* le permitirá distinguir infaliblemente a una inglesa de edad madura entre una multitud de inglesas de edad madura?

En este punto de mis reflexiones, Max se reúne conmigo y dice que tiene un mozo de cuerda para mi equipaje. Le explico que el *charpentier du bateau* tiene el mío y Max me pregunta que por qué le permití cogerlo. Todo el equipaje debe estar junto. Coincido con él, pero alego que las travesías por mar siempre debilitan mi intelecto.

—Bien —dice Max—, lo recogeremos y juntaremos todo en la *Douane*.

Nos dirigimos a ese infierno de mozos gritones y al inevitable encuentro con el único tipo de francesa realmente desagradable que existe: la aduanera; un ser desprovisto de encanto, de *chic*, de gracia femenina. Toquetea, espía, dice incrédula: «*Pas de cigarettes?*» y por último, con un gruñido y de mala gana garabatea sus místicos jeroglíficos en tiza sobre nuestro equipaje. Atravesamos la barrera y salimos al andén, al Simplon Orient Express y al viaje a través de Europa.

Hace muchos, muchos años, cuando iba a la Costa Azul o a París, solía fascinarme al ver el Orient Express en Calais y ansiaba viajar en él. Ahora se ha vuelto un viejo amigo de familia, pero la emoción no es menor. ¡Viajaré en el Orient Express! ¡Estoy *en* el Orient Express! Estoy realmente en el vagón azul que lleva una sencilla leyenda en el lado de afuera:

CALAIS-ESTAMBUL

. Es, sin la menor duda, mi tren predilecto. Me gusta su *tempo*, que a partir de un *Allegro con furore* se balancea y traquetea y se agita de un lado a otro en su delirante prisa por abandonar Calais y Occidente, reduciendo gradualmente el ritmo a un *rallentando* a medida que avanza hacia el este, hasta convertirse decididamente en un *legato*.

A primera hora de la mañana del día siguiente levanto la persiana y observo las cálidas formas de las montañas suizas, luego el declive hacia los llanos de Italia, pasando junto a Stresa y su lago azul. Más tarde entramos en una elegante estación, que es todo lo que vemos de Venecia y volvemos a salir, a la vera del mar hacia Trieste y el interior de Yugoslavia. El ritmo es cada vez más lento, las paradas más prolongadas, los relojes de las estaciones muestran

horas contradictorias. Al horario de Europa occidental sucede el de Europa central. Los nombres de las estaciones están escritos con letras de aspecto apasionante e inverosímil. Las locomotoras son gordas, parecen cómodas y eructan un humo especialmente negro y maligno. En las listas de los coches-comedor los precios están en monedas ininteligibles y aparecen botellas de extrañas aguas minerales. Un francés menudo que está sentado a la misma mesa que nosotros estudia su cuenta en silencio unos minutos, luego levanta la cabeza y encuentra la mirada de Max. Su voz, cargada de emoción, se eleva quejumbrosa: «*Le change des Wagons Lits, incroyable!*
c'est
». Al otro lado del pasillo, un hombre moreno con nariz ganchuda exige que le digan el monto de su cuenta en (a) francos, (b) liras, (c) dinares, (d) libras turcas, (e) dólares. Una vez que el sufrido encargado del restaurante satisface su demanda, el viajero calcula en silencio y, con un evidente cerebro financiero magistral, paga en la divisa más ventajosa para su bolsillo. Siguiendo este método, nos explica, ha ahorrado cinco peniques en moneda inglesa.

Por la mañana aparecen en el tren los funcionarios de la aduana turca. Se muestran pausada y profundamente interesados en nuestro equipaje. ¿Por qué, me preguntan, tengo tantos pares de zapatos? Son demasiados. Pero no llevo cigarrillos porque no fumo, replico, de modo que no tiene nada de malo que lleve unos cuantos zapatos de más. El aduanero acepta la explicación. La considera razonable. ¿Y qué es el polvo que contiene ese pote pequeño?

Para las chinches, digo, pero no me entiende. Arruga la frente y se muestra suspicaz. Evidentemente sospecha que estoy haciendo contrabando de droga. No es para los dientes ni para la cara, dice acusadoramente; ¿para qué es ese polvo, entonces? Hago una vívida pantomima. Me rasco ostensiblemente, cojo a la intrusa. Pulverizo la madera. ¡Ah, ahora se entiende! El aduanero echa la cabeza hacia atrás y se desternilla de risa, repitiendo una palabra en turco. ¡El polvo es para *ellas*! Repite el chiste a un colega. Siguen sigilosos su camino. Aparece el guía de Wagons Lits para aleccionarnos. Vendrán con nuestros pasaportes para preguntarnos cuánto dinero llevamos «*effectif, vous comprenez?*». Me encanta la palabra *effectif*… es la descripción exacta del dinero contante y sonante. «Ustedes

tendrán exactamente tanto *effectif*», prosigue el guía. Menciona la cifra. Max protesta: tenemos más. «No importa, decirlo les creará dificultades. Deben responder que tienen una carta de crédito o cheques de viaje y tanto en *effectif*». Añade, a modo de explicación: «No importa cuánto lleven, pero la respuesta tiene que estar *en règle*. Digan esa cifra».

Poco después se presenta el caballero a cargo de las cuestiones financieras. Escribe nuestra respuesta antes de que la demos. Todo está *en règle*. Estamos llegando a Estambul, serpenteando entre extrañas casas de listones, y vislumbrando graves bastiones de piedra y el mar a nuestra derecha.

¡Estambul es una ciudad enloquecedora… puesto que cuando estás dentro no la ves! Sólo cuando dejas atrás el lado europeo y vas cruzando el Bósforo hacia la costa asiática ves realmente Estambul. La mañana es hermosa: clara, pálida y brillante, sin niebla, y las mezquitas con sus alminares apuntando al cielo.

—La Sainte Sophie es una belleza —dice un caballero francés.

Todos están de acuerdo con una lamentable excepción: yo. ¡Nunca he admirado, ay, la Sainte Sophie! Desafortunado fallo de un gusto estragado, pero real. Siempre he considerado que su tamaño es un error. Avergonzada de mis pervertidas ideas, guardo silencio.

Ahora, al tren que espera en Haidar Pacha, y cuando éste por fin arranca, el desayuno —un desayuno que uno ansia con ferocidad—. Luego una encantadora jornada de viaje bordeando la sinuosa costa del Mar de Mármara, salpicado de islas borrosas y atractivas. Pienso por centésima vez que tendría que ser la feliz poseedora de una de esas islas. ¡Extraño deseo el de poseer una isla propia! Aunque tarde o temprano la mayoría de la gente lo experimenta. Simboliza la libertad, la soledad, el desprendimiento de toda inquietud. Sin embargo, sospecho que en la realidad no significaría la libertad sino una cárcel. Con toda probabilidad la casa dependería por entero del continente. Una estaría constantemente haciendo largas listas de pedidos para las tiendas, organizando la forma de tener carne y pan, afanándose con los quehaceres domésticos, pues no es probable que al servicio le guste vivir en una isla, lejos de los amigos y los cines, sin siquiera un autobús para reunirse con el prójimo. ¡Una isla en los mares del Sur, siempre imaginé, sería

diferente! ¡Allí una comería ociosamente las mejores frutas, prescindiendo de platos, cuchillos, tenedores, fregados y el problema de la grasa en la pila! De hecho, los únicos isleños de los mares del Sur a los que he visto comer ingerían platos llenos de estofado nadando en grasa, en manteles mugrientos.

No; una isla es, y debe ser, una isla de ensueño. En esa isla no hay que barrer, ni quitar el polvo, ni hacer la cama, ni lavar, ni fregar, ni grasa, problemas de comida, listas de compra, recambio para las lámparas, peladuras de patatas, cubos de basura. En la isla soñada hay arena blanca y aguas azules… y una casa de hadas, quizá, construida entre el crepúsculo y el amanecer; el manzano, las canciones y el oro…

En este punto de mis reflexiones, Max me pregunta en qué estoy pensando. Respondo, sencillamente:

—¡En el paraíso!

—¡Ah, espera a ver el Gaggag! —dice.

Le pregunto si es muy hermoso; Max contesta que no tiene la menor idea, pero que se trata de una parte del mundo notablemente interesante de la que nadie sabe nada.

El tren sube en curva a un desfiladero y dejamos el mar a nuestras espaldas.

A la mañana siguiente llegamos a las Puertas de Cilicia y observo uno de los panoramas más bellos que conozco. Es como estar en el borde del mundo y bajar la vista hacia la tierra prometida, y una siente lo mismo que debió de sentir Moisés. Pero tampoco aquí hay que entrar… La tierna belleza de nebuloso azul oscuro es una tierra que nunca se alcanzará; las ciudades y aldeas reales en las que entres, sólo serán el ordinario mundo cotidiano, y no esta arrebatadora maravilla que te cautiva…

Suena el silbato. Volvemos a nuestro compartimiento.

Hacia Alepo. Y de Alepo a Beirut, donde nos espera nuestro arquitecto y donde las cosas se pondrán en marcha para nuestro reconocimiento preliminar de la región del Jabur y el Gaggag, que concretará la selección de una colina adecuada para la excavación.

Porque éste, como en el caso de la señora Beeton, es el comienzo de toda la cuestión. Primero escoge tu liebre, dice la estimable dama.

Así, en nuestro caso, primero elige tu montículo. Y eso es lo que

estamos a punto de hacer.

Un viaje de reconocimiento

¡Beirut! Un mar azul, una bahía con curvas, un largo litoral de brumosas montañas azules. Éste es el paisaje desde la terraza del hotel. Desde mi dormitorio, con vista al interior, contemplo un jardín de flores de pascua rojas. La habitación es alta, pintada al temple blanco, de aspecto ligeramente carcelario. Un lavabo completo, con grifos y tubos de desagüe, da un elegante toque moderno.[1] Encima del lavabo y conectado a los grifos veo un gran depósito cuadrado con tapa movible. ¡Está lleno de maloliente agua estancada y sólo funciona el grifo de agua fría!

La llegada de la fontanería a Oriente está plagada de dificultades. ¡A menudo sale agua caliente del grifo de la fría y viceversa! ¡Y recuerdo muy bien una bañera en un cuarto de baño «occidental» recién equipado, donde un intimidante calentador producía agua hirviente en abundancia, no había forma de conseguir agua fría, era imposible cerrar el grifo de la caliente, y el pestillo de la puerta se había atascado!

Mientras contemplo entusiasmada las flores de pascua, y desalentada las instalaciones sanitarias, llaman a la puerta. Aparece un armenio bajo y rechoncho que me sonríe zalamero. Abre la boca, se señala la garganta y me dice con tono estimulante: «*Manger*!».

Mediante este sencillo expediente pone en evidencia, para la inteligencia más mediocre, que en el comedor está servido el almuerzo.

Allí me esperan Max y nuestro nuevo arquitecto, Mac, a quien apenas conozco. Dentro de unos días iniciaremos una expedición de tres meses para examinar el terreno en busca de posibles emplazamientos. Con nosotros, a título de guía, filósofo y amigo, irá Hamoudi, durante muchos años capataz en Ur, viejo amigo de mi marido que nos acompañará entre una y otra temporada durante estos meses otoñales.

Mac se levanta y me saluda amablemente; nos sentamos ante una comida buenísima aunque algo sosa. Hago a Mac unas pocas observaciones que intentan ser amables pero él las bloquea eficazmente respondiendo: «¿Ah, sí?». «¿Realmente?». «¿De veras?».

Me siento un tanto desanimada. Me invade la incómoda sensación de que nuestro joven arquitecto resultará ser una de esas personas que de vez en cuando logran volverme completamente imbécil a causa de mi timidez. Por suerte han quedado atrás los tiempos en que me sentía cohibida ante *todo el mundo*. En la madurez he alcanzado una buena dosis de aplomo y *savoir faire*. ¡A veces me felicito de que toda esa tontería se haya acabado! «Lo he superado», me digo, dichosa. Y con la misma certeza con que lo pienso, inesperadamente alguien me reduce una vez más a una nerviosa idiotez.

Resulta inútil decirme a mí misma que el joven Mac es, con toda probabilidad, sumamente tímido y que su propia timidez es la que produce esa coraza defensiva; aunque ante sus modales fríamente superiores, sus cejas suavemente levantadas, su aire de afable atención a palabras que, comprendo, quizá no valga la pena escuchar, me debilito visiblemente y me encuentro diciendo puras bobadas. Hacia el final de la comida Mac formula un disentimiento.

—Creo que eso no es así —dice amablemente en respuesta a una desesperada observación musical mía acerca de la trompa.

Naturalmente, tiene toda la razón. Eso no es así.

Después de almorzar, Max me pregunta qué pienso de Mac. Respondo con cautela que aparentemente habla muy poco. Ésa es una cualidad excelente, dice Max. ¡No tengo la menor idea, afirma, de lo que es estar atascado en el desierto con alguien que nunca deja de parlotear!

—Lo escogí precisamente porque me pareció un tipo callado.

Reconozco que ya es algo. Max sigue diciendo que muy probablemente es tímido, pero que pronto se abrirá.

—Con toda probabilidad *tú* lo asustas —agrega bondadosamente.

Sopeso tan alentadora idea, pero no me convence.

Intento, no obstante, cierta adaptación mental.

En primer lugar, me digo, eres lo bastante vieja para ser su madre. Además eres escritora: una autora famosa. ¡Si incluso uno de

tus personajes figuró en un crucigrama del *Times*! (La cúspide de la fama). Y más importante aún, eres la esposa del jefe de la expedición. Vaya, si uno de los dos puede mirar con displicencia al otro, eres tú al joven y no el joven a ti.

Más tarde decidimos ir a tomar el té; me presento en la habitación de Mac para preguntarle si quiere acompañarnos. Decido mostrarme natural y amistosa.

Todo se ve increíblemente pulcro; Mac está sentado en una manta de viaje escocesa, escribiendo su diario. Levanta una mirada inquisitivamente gentil.

—¿No quiere venir con nosotros a tomar el té?

Mac se levanta:

—¡Muchas gracias!

—Supongo que después le gustará explorar la ciudad —sugiero —. Es entretenido curiosear por los lugares nuevos.

Mac levanta las cejas suavemente y dice con gran frialdad:

—¿Sí?

Un tanto desinflada tomo la delantera mientras nos encaminamos al vestíbulo, donde nos aguarda Max. Mac consume un abundante té con pastas en feliz silencio. Max bebe el té en el presente, pero su mente está aproximadamente en el 4000 A. C.

Sale de su ensueño con repentino sobresalto cuando desaparece el último pastel, y sugiere que vayamos a ver cómo va nuestro camión: un chasis Ford al que están construyendo una carrocería del país. Tuvimos que recurrir a esa solución porque no hubo forma de obtener uno de segunda mano en buenas condiciones.

La carrocería tiene un aspecto decididamente optimista, de naturaleza *Inshallah*, y el toldo una apariencia elevada y digna, sospechosamente buena para ser cierta. Max está algo preocupado por la no aparición de Hamoudi, que ya debería haberse reunido con nosotros en Beirut.

Mac rechaza mi sugerencia de pasear por la ciudad y vuelve a su dormitorio, a sentarse en su manta de viaje y escribir su diario. Interesadas especulaciones por mi parte en cuanto a qué escribe en el diario.

Temprano despertar. A las cinco de la madrugada se abre la puerta

de nuestro dormitorio y una voz anuncia en árabe:

—¡Han llegado sus capataces!

Hamoudi y sus dos hijos irrumpen en la habitación con el vehemente encanto que los distingue; cogen nuestras manos, las aprietan contra sus frentes. «*Shlon kefek?*» (¿Cómo está vuestro ánimo?). «*Kullish zen*». (Muy bien). «*El hamdu lillah! El hamdu lillah*!». (¡Todos alabamos juntos a Dios!).

Nos sacudimos las brumas del sueño y pedimos té; Hamoudi y sus hijos se sientan en el suelo en cuclillas, cómodamente, y proceden a intercambiar novedades con Max. La barrera idiomática me excluye de esta conversación. Ya he utilizado todo el árabe que conozco. Ansío dormir e incluso lamento que la familia Hamoudi no haya aplazado sus saludos para una hora más oportuna. No obstante, comprendo que para ellos es lo más natural del mundo llegar de ese modo.

El té despeja las brumas del sueño y Hamoudi me dirige varias observaciones, que Max traduce, así como mis respuestas. Los tres resplandecen de felicidad y me doy cuenta, una vez más, de lo encantadores que son.

Ahora los preparativos están en plena marcha: compra de provisiones, contratación de un chofer y un cocinero, visitas al *Service des Antiquités*, un bullicioso almuerzo con M. Seyrig, el director, y su encantadora esposa. Nadie podía ser más amable que ellos —y, dicho sea de paso, el almuerzo es exquisito.

En desacuerdo con la opinión del *douanier* turco de que tengo demasiados zapatos, compro más. Comprar zapatos en Beirut es una maravilla. Si no disponen de tu número te los hacen a medida en un par de días: buena piel, calzan como un guante. Tengo que reconocer que comprar zapatos es una de mis debilidades. ¡No osaré volver a casa pasando por Turquía!

Deambulamos por los barrios nativos y compramos cortes de telas interesantes: una especie de seda blanca gruesa, bordada con hilos dorados o azul oscuro. También seda *abas* para enviar a Inglaterra como regalo. Max está fascinado con los distintos tipos de pan. A cualquiera por cuyas venas corra sangre francesa le gusta el buen pan. Para un francés el pan significa mucho más que cualquier

otro alimento. En una ocasión oí decir a un funcionario de los *Services Spéciaux*, hablando de un colega de un remoto puesto fronterizo, con profunda y sincera compasión: «*Ce pauvre garçon! Il mêm*e pas de pain là bas, seulement la galette Kurde!
n'a
».

También tuvimos largos y complicados tratos con el banco. Me sorprende, como siempre que estoy en Oriente, la renuencia de los bancos a hacer negocios. Son afables y encantadores, pero están ansiosos por eludir cualquier transacción real. «*Oui, oui!*», murmuran comprensivamente. «*Ecrivez une lettre!*». Y vuelven a acomodarse con un suspiro de alivio por haber logrado demorar cualquier acción.

Cuando se les obliga a entrar en acción, lo hacen a regañadientes y se vengan mediante el complejo sistema de «*les timbres*». Todo documento, todo cheque, toda transacción de cualquier especie que sea, se ve demorada y complicada mediante la exigencia de «*les timbres*». Continuamente hay que desembolsar pequeñas sumas de dinero. ¡Cuando crees que todo ha terminado, aparece una nueva dilación!

«Et deux francs cinquante centimes pour les timbres,
s'il
vous plaît».

Sin embargo, por fin concluyen las negociaciones, se escriben innumerables cartas, se pega un número increíble de timbres. Con un suspiro de alivio, el empleado bancario percibe la perspectiva de librarse finalmente de nosotros. Cuando salimos del banco le oímos decir con gran firmeza a otro cliente importuno: «*Ecrivez une lettre, vous plâit*
s'il
».

Aún falta contratar a un cocinero y a un chófer.

El problema del chófer se resuelve primero. Llega Hamoudi con una sonrisa de oreja a oreja y nos informa que tenemos buena suerte: nos ha conseguido un excelente chófer.

Max le pregunta cómo ha obtenido semejante tesoro.

Muy sencillamente, parece ser. Estaba en el puerto, hacía tiempo que no tenía trabajo y se encontraba en la miseria, por lo que nos

saldrá muy barato. ¡Así, al mismo tiempo hemos economizado!

¿Pero hay alguna manera de saber si es un buen chófer? Hamoudi ni siquiera piensa la respuesta. Un panadero es un hombre que pone pan en un horno y lo cocina. ¡Un chófer es un hombre que coge un coche y lo conduce!

Sin mucho entusiasmo, Max accede a contratar a Abdullah si no se nos ofrece algo mejor, y el hombre es citado para una entrevista. Se asemeja notablemente a un camello y Max dice, suspirando, que en todo caso parece estúpido, lo que siempre resulta satisfactorio. Pregunto por qué y Max responde que en tal caso no tendrá inteligencia suficiente para ser deshonesto.

La última tarde que pasamos en Beirut vamos hasta el Nahr el Kelb o río Dog. En una hondonada poblada de árboles que corre tierra adentro hay una cafetería donde puedes tomar café y luego pasear tranquilamente por un sendero sombreado.

Pero la auténtica fascinación del Nahr el Kelb reside en las inscripciones esculpidas en la roca, en una senda que asciende al desfiladero que corona el monte Líbano, porque aquí, en incontables guerras han marchado y dejado su impronta los ejércitos. Hay jeroglíficos egipcios, de Ramsés II, y alardes de los ejércitos asirio y babilonio. Está la figura de Teglatfalasar I. Senaqueribo dejó una inscripción en el 701 A. C. Alejandro pasó y dejó su sello. Asaradon y Nabucodonosor han conmemorado sus victorias y por último, vinculándose con la antigüedad, el ejército de Allenby escribió nombres e iniciales en 1917. Nunca me canso de mirar la superficie tallada de la roca. Aquí se manifiesta la historia…

Estoy tan arrebatada como para decirle entusiasmada a Mac que aquello es realmente muy emocionante. ¿Él no piensa lo mismo?

Levanta sus amables cejas y con una voz carente de interés dice que es, por supuesto, muy interesante…

La siguiente emoción es la llegada y carga de nuestro camión. La carrocería parece decididamente inestable. Oscila y se inclina, pero tiene tal aire de dignidad —de majestad— que en seguida lo bautizamos *Queen Mary*.

Además del *Queen Mary* contratamos un «taxi»: un Citroën conducido por un simpático armenio que se llama Aristide. También contratamos a un cocinero de expresión algo melancólica

(’Isa
), cuyas recomendaciones son tan buenas como para resultar sospechosas. Finalmente llega el gran día y partimos. Max, Hamoudi, yo, Mac, Abdullah, Aristide e ’Isa, seremos compañeros, para bien o para mal, durante los tres próximos meses.

Nuestro primer descubrimiento es que Abdullah es el peor conductor imaginable; el segundo que el cocinero cocina bastante mal; el tercero que Aristide es un buen conductor, pero que tiene un taxi increíblemente malo.

Salimos de Beirut por el camino de la costa. Pasamos el Nahr el Kelb y continuamos con el mar a nuestra izquierda. Dejamos atrás pequeños grupos de casas blancas y fascinantes bahías arenosas, pequeñas calas entre las piedras. Me gustaría parar y darme un baño, pero es imposible: ahora hemos iniciado el verdadero trabajo. Pronto, muy pronto, giraremos tierra adentro y después, durante muchos meses, no volveremos a ver el mar.

Aristide hace sonar el claxon incesantemente, a la manera siria. Nos sigue el *Queen Mary*, inclinado y bamboleándose como un barco en la mar, con su carrocería más pesada en la parte de arriba que en la de abajo.

Pasamos por Biblos; ahora los pequeños caseríos son escasos y están dispersos. A nuestra derecha se encuentra la ladera rocosa.

Por fin torcemos hacia el interior en dirección a Homs.

Hay un buen hotel en Homs; un hotel muy bueno, nos ha dicho Hamoudi.

La grandiosidad del hotel reside principalmente en el edificio. Es espacioso, con inmensos pasillos de piedra. ¡La fontanería, ay, no funciona muy bien! Sus amplios dormitorios cuentan con muy pocas comodidades. Observamos el nuestro respetuosamente y luego Max y yo salimos a recorrer la ciudad. Mac, vemos, está sentado a un costado de la cama, con su manta de viaje al lado, escribiendo seriamente su diario.

(¿*Qué* consigna Mac en su diario? No muestra el menor entusiasmo por echar un vistazo a Homs).

Quizá tenga razón, porque no es mucho lo que hay que ver.

Tomamos una comida seudoeuropea mal hecha y nos vamos a

acostar.

Ayer viajábamos dentro de los confines de la civilización. Hoy, bruscamente, la dejamos atrás. En el plazo de un par de horas, no se ve nada verde. Ahora todo es un yermo arenoso de color pardo. Las sendas son confusas. A raros intervalos nos cruzamos con un camión que surge repentinamente de la nada.

Hace mucho calor. Entre la canícula, lo accidentado del camino, el mal estado de la suspensión del taxi, el polvo que trago y me pone la cara dura y rígida, me acomete un intenso dolor de cabeza.

Hay algo aterrador y sin embargo fascinante en este vasto mundo desprovisto de vegetación. No es llano como el desierto entre Damasco y Bagdad. Aquí subes y bajas. Tengo la alegre sensación de haberme convertido en un grano de arena entre los castillos de arena que de pequeña construía en la playa.

Luego, después de siete horas de calor y monotonía y soledad: ¡Palmira!

Creo que el encanto de Palmira reside en su esbelta belleza cremosa elevándose fantásticamente en medio de arenas calientes. Es deliciosa, fantástica e increíble, con la teatral alucinación de un sueño. Cortes y templos y columnas en ruinas…

Nunca he sabido con certeza lo que pienso realmente de Palmira. Para mí siempre ha tenido la cualidad de ensueño de aquella primera visión. ¡Mi cabeza y mis ojos doloridos la transformaron en una ilusión febril! No es —no puede ser— *real*.

Pero de pronto nos encontramos en medio de la gente: una multitud de alegres turistas franceses que ríen, hablan y disparan sus cámaras fotográficas. Frenamos delante de un elegante edificio: el hotel.

Max se apresura a advertirme:

—No te preocupes por el olor. Tardas un poco de tiempo en acostumbrarte.

¡Ya lo creo! Por dentro el hotel es encantador y está arreglado con auténtico buen gusto. Pero en el dormitorio, el olor a agua estancada es penetrante.

—Es un olor muy saludable —me asegura Max.

Y el simpático anciano que, por lo que entiendo, es el

propietario del hotel, dice con énfasis:

—*Mauvaise odeur, oui! Malsain, non!*

¡Entonces todo está en orden! Y sea como fuere, no me importa. Tomo una aspirina, bebo té y me tumbo en la cama. Más tarde, digo, iré a recorrer los puntos de interés; ahora lo único que quiero es oscuridad y reposo.

Interiormente me siento consternada. ¿Seré una mala viajera… yo, que siempre he disfrutado del automovilismo?

Sin embargo despierto una hora después, perfectamente restablecida y ansiosa por ver todo lo que pueda.

Hasta Mac, por una vez, se somete a que le arranquemos de su diario.

Vamos a visitar la ciudad y pasamos una tarde hermosa.

Cuando estamos en el punto más alejado del hotel tropezamos con el grupo de franceses. Están afligidos. A una de las mujeres, que lleva (como todas) zapatos de tacones altos, se le ha salido el tacón de un zapato y se ve enfrentada a la imposibilidad de volver andando hasta el hotel. Parece que han llegado aquí en taxi y que éste se ha estropeado. Echamos un vistazo al automóvil. Aparentemente en este país sólo hay un tipo de taxis. El vehículo no se diferencia del nuestro: la misma tapicería deteriorada y un aire global de estar atado con cuerdas. El conductor, un sirio alto y desgarbado, observa con desaliento el interior del capó.

Sacude la cabeza. Los franceses dan explicaciones. Llegaron ayer en avión y se marcharán mañana por el mismo medio. En el hotel contrataron este taxi para toda la tarde, y ahora se ha estropeado. ¿Qué hará la pobre Madame? *«Impossible de marcher, ce pas, avec un soulier seulement».*

n'est

Expresamos nuestras condolencias y Max ofrece, galantemente, nuestro taxi. Regresará al hotel y lo traerá aquí. Puede hacer dos viajes y llevarnos a todos de vuelta.

La sugerencia es recibida con aclamaciones y profusos agradecimientos. Max echa a andar.

Confraternizo con las señoras francesas; Mac se retira detrás de un impenetrable muro de reserva. Emite un rígido *oui* o *non* a todo intento de conversación y en breve lo dejamos piadosamente en paz. Las francesas manifiestan un profundo interés por nuestro

viaje. «*Ah, Madame, vous faites le camping?*».

Me fascina la frase. *Le camping!* ¡Decididamente, clasifica nuestra empresa como un deporte!

—Qué agradable debe de ser —dice otra señora— hacer *le camping*.

—Sí —respondo—, será muy agradable.

Pasa el tiempo; charlamos y reímos. De repente, para mi gran sorpresa, aparece el *Queen Mary* dando bandazos. Max está al volante, con expresión enfurecida.

Le pregunto por qué no ha traído el taxi.

—Porque el taxi está *aquí* —dice con tono frenético. Señala con un dedo dramático el coche atascado, al que sigue asomado el desgarbado sirio, ahora con expresión de optimismo.

Oigo un coro de sorprendidas exclamaciones y comprendo por qué ese coche me resultaba tan familiar.

—Pero ése es el coche que contratamos en el hotel —dice una de las francesas.

No obstante, aclara Max, es *nuestro* taxi. Las explicaciones con Aristide han sido lastimosas. Ninguna de ambas partes supo apreciar el punto de vista de la otra.

—¿No os he contratado al taxi y a ti por tres meses? —pregunta indignado Max—. ¿Y tú se lo dejas a otro a mis espaldas, de esta manera vergonzosa?

—¿Pero no me dijiste tú mismo que no lo usarías esta tarde? —dice Aristide, pura inocencia herida—. Naturalmente, en este caso tengo la oportunidad de ganar un poco de dinero extra. Llego a un arreglo con un amigo y él lleva a esa gente a pasear por Palmira. ¿Cómo puedes ofenderte si tú mismo no quieres pasear en el coche?

—Me ofendo en primer lugar porque no hiciste lo que acordamos —replica Max—; en segundo lugar, ahora el coche necesita reparaciones y con toda probabilidad mañana no podremos proseguir la marcha.

—En cuanto a eso —dice Aristide—, no padezcas. Mi amigo y yo, si es necesario, no nos acostaremos en toda la noche.

Max responde en pocas palabras que más vale que así sea.

Y a la mañana siguiente el fiel taxi nos aguarda en la puerta, con Aristide sonriente, no del todo convencido de haber pecado, ante el volante.

Hoy llegamos a Dair-az-Zor, sobre el Éufrates. Hace muchísimo calor. La ciudad huele mal y no es atractiva. Los *Services Spéciaux* ponen amablemente unas habitaciones a nuestra disposición, pues no hay ningún hotel europeo. El panorama es interesante por encima del ancho curso parduzco del río. El funcionario francés se interesa tiernamente por mi salud y confía en que el viaje en coche con tanto calor no haya sido demasiado para mí. «Madame Jacquot, la esposa de nuestro general, estaba *complètement knock out* cuando llegó».

Me gusta esa expresión. Confío, a mi vez, en no estar *complètement knock out* al final de nuestro trabajo de reconocimiento.

Compramos verduras y montones de huevos; partimos con el *Queen Mary* cargado hasta el punto de arriesgarnos a romper sus muelles, esta vez para iniciar la tarea propiamente dicha.

¡Busaira! Aquí está el puesto policial. Es un punto en el que Max ha depositado grandes esperanzas, porque está en la confluencia del Éufrates con el Jabur. En la orilla opuesta se alza el Circesium Romano.

Sin embargo, Busaira resulta decepcionante. No hay huellas de antiguos asentamientos salvo los romanos, que son tratados con el correspondiente disgusto. «*Min ziman er Rum*», dice Hamoudi meneando disgustado la cabeza; sumisamente me hago eco de sus palabras.

Porque para nosotros los romanos son irremediablemente modernos, niños de ayer. Nuestro interés comienza en el segundo milenio anterior a nuestra era, con la diversa suerte que tuvieron los hititas, y en particular queremos saber más acerca de la dinastía militar de Mitanni, aventureros extranjeros sobre los que se sabe muy poco, excepto que prosperaron en esta parte del mundo, y cuya ciudad capital, Wasugani, aún no ha sido identificada. Una casta dominante de guerreros que impusieron su mandato al país, vinculados por enlaces matrimoniales con la Casa Real de Egipto y que, según parece, eran buenos jinetes, pues se atribuye un tratado sobre el cuidado y la doma de caballos a un tal Kikkouli, miembro de la dinastía Mitanni.

Y de ese período hacia atrás, por supuesto, hacia las borrosas épocas de la prehistoria; una era sin testimonios escritos, en la que sólo los cacharros, los planos de las casas, amuletos, ornamentos y abalorios dan mudo testimonio de la vida de su gente.

Después de la decepción de Busaira vamos a Meyadin, más al sur, aunque Max no tiene muchas esperanzas. A continuación seguiremos hacia el norte por la margen izquierda del río Jabur.

En Busaira veo por primera vez el Jabur, que hasta ahora para mí sólo ha sido un nombre, aunque un nombre muy repetido en labios de Max.

—El Jabur… ése es el lugar. ¡Cientos de tells! Y si no descubrimos lo que queremos en el Jabur, lo encontraremos en el Gaggag.

—¿Y qué es el Gaggag? —pregunto la primera vez que lo oigo nombrar.

¡El nombre me parece fantástico!

Max dice amablemente que supone que nunca he oído hablar del Gaggag, que hay mucha gente que no conoce su existencia.

Acepto la acusación y agrego que hasta que él lo mencionó, ni siquiera había oído hablar del Jabur. Eso sí le sorprende.

—¿No sabías que Tell Halaf está en el Jabur? —dice, maravillado ante mi supina ignorancia.

Baja la voz reverencialmente mientras habla de ese famoso asiento de cerámica prehistórica.

Meneo la cabeza y me abstengo de señalar que si por casualidad no me hubiese casado con él probablemente jamás habría oído hablar de Tell Halaf.

Lo que sí sé es que explicar los lugares donde excavamos está siempre plagado de grandes dificultades.

Por lo general mi primera respuesta sólo consta de una palabra: «Siria».

«¡Ah!», dice el preguntón medio, ya un tanto sorprendido. Frunce el ceño. «Sí, claro, Siria…». En su mente se agitan memorias bíblicas. «Espera, eso es Palestina, ¿no?».

«Cerca de Palestina», digo con tono alentador. «Ya sabes… costa arriba».

Esto no sirve de mucho, porque Palestina se suele relacionar más con la historia bíblica de las lecciones dominicales que con una

situación geográfica, y por tanto las asociaciones que se hacen son puramente literarias y religiosas.

«No logro situarla». La arruga se profundiza. «¿En qué sitio excaváis? Quiero decir… ¿cerca de qué *ciudad*?».

«Cerca de ninguna ciudad. Cerca de la frontera turca y la iraquí».

Una expresión desesperada atraviesa el rostro del amigo en cuestión.

«¡Pero tenéis que estar cerca de *alguna* ciudad!».

«Alepo», digo, «se encuentra a unos trescientos veinte kilómetros de distancia».

Todos suspiran y se dan por vencidos. Luego se les ilumina el rostro y preguntan qué comemos.

«Sólo dátiles, supongo».

Cuando digo que comemos cordero, pollo, huevos, arroz, judías verdes, berenjenas, pepinos, naranjas en temporada y plátanos, me miran reprobatoriamente.

«Yo a eso no le llamo *vivir sin comodidades*», dicen.

En Meyadin comienza *le camping*.

Instalan una silla para mí, en la que me siento con cierta distinción en medio de un gran patio o *khan*; entretanto Max, Mac, Aristide, Hamoudi y Abdullah luchan por montar nuestras tiendas.

No hay duda de que me toca la mejor parte. Es un espectáculo muy entretenido. Sopla un fuerte viento del desierto que no facilita las cosas y todos son inexpertos en esas lides. Brotan apelaciones a la compasión y misericordia de Dios por parte de Abdullah, demandas de ser asistidos por los santos en labios del armenio Aristide, desenfrenados gritos de estímulo y risas en boca de Hamoudi, furiosas imprecaciones de Max. Sólo Mac trabaja en silencio, aunque hasta él murmura de vez en cuando una palabra discreta entre dientes.

Por fin todo está dispuesto. Las tiendas parecen un poco borrachas, no muy bien alineadas, pero están levantadas. Todos nos unimos para maldecir al cocinero, que en lugar de dedicarse a preparar la comida ha estado gozando del espectáculo. Por suerte tenemos algunas útiles latas, que son abiertas; se prepara el té y

ahora, a medida que el sol cae y el viento amaina y surge un frío repentino, nos vamos a acostar. Fue mi primera experiencia en la lucha con mi saco de dormir. Max y yo debemos aunar nuestros esfuerzos, pero una vez metida dentro me siento deliciosamente cómoda. Siempre que viajo al extranjero llevo conmigo una buena almohada de plumón; para mí representa la diferencia entre la comodidad y la miseria. Contenta, digo a Max:

—¡Creo que me gusta dormir en una tienda! —Repentinamente se me ocurre una idea—. ¿Crees que las ratas o los ratones o algo me recorrerán el cuerpo durante la noche?

—Por supuesto —responde Max, alegre y adormilado.

Estoy digiriendo esta idea cuando el sueño se apodera de mí. Despierto y descubro que son las cinco de la mañana; amanece, es hora de levantarse e iniciar un nuevo día.

Las colinas de las inmediaciones de Meyadin resultan poco atractivas.

—¡Romanos! —murmura Max asqueado.

Ésa es su expresión de máximo desdén. Ahogando cualquier resistencia a considerar al romano como un pueblo sin interés, me hago eco de su tono para decir «¡Romanos!» y tiro un fragmento de la despreciada alfarería.

—*Min Ziman… er Rum* —coincide Hamoudi.

Por la tarde vamos a visitar la excavación norteamericana de Doura. Es una visita muy agradable y se muestran encantadores con nosotros. Sin embargo, descubro que decae mí interés por los hallazgos, y se incrementa mi dificultad para prestar atención o participar en la conversación.

El relato que hacen de sus dificultades para conseguir trabajadores resulta muy animado.

En este remoto lugar, trabajar por un salario es una noción totalmente novedosa. La expedición se vio enfrentada a una total negativa o a la incomprensión. Desesperados, acudieron a las autoridades militares francesas. La respuesta fue pronta y eficaz. Los franceses arrestaron a doscientos hombres, aproximadamente el número de manos necesarias, y los pusieron a trabajar. Los prisioneros se mostraron amables, de excelente humor y parecían

disfrutar del trabajo. Les dijeron que volvieran al día siguiente, pero no se presentaron. Otra apelación a los franceses que, una vez más, arrestaron a los trabajadores. Nuevamente los hombres trabajaron con evidente satisfacción. Pero tampoco se presentaron al día siguiente y fue necesario recurrir otra vez al arresto.

Finalmente quedó dilucidada la cuestión.

—¿No os gusta trabajar para nosotros?

—Sí, ¿por qué no? En casa no tenemos nada que hacer.

—Entonces ¿por qué no venís todos los días?

—Podemos venir, pero naturalmente tenemos que esperar a que los *'asker* (soldados) vayan a buscarnos. ¡Debo decirte que nos indignó el que no lo hicieran! ¡Es su obligación!

—¡Pero nosotros queremos que trabajéis para nosotros sin que los *'asker* os tengan que ir a buscar!

—¡Qué idea tan curiosa!

Al final de la semana les pagaron, lo que terminó por afianzar su desconcierto.

¡Sinceramente, dijeron, no entendían las costumbres de los extranjeros!

—Aquí mandan los *'asker* franceses. Naturalmente, tienen derecho a ir a buscarnos, encarcelarnos o enviarnos a cavar la tierra para vosotros. ¿Por qué nos dais dinero? ¿*Para qué* es el dinero? ¡No tiene sentido!

Como quiera que sea, en última instancia fueron aceptadas las extrañas costumbres de los occidentales, aunque con movimientos de cabeza y refunfuños. Recibían la paga una vez por semana. Pero persistía un vago resentimiento contra los 'asker. ¡Tenían el deber de ir a buscarlos todos los días!

Sea cierto o no, la historia es buena. Sólo lamento no sentirme más inteligente. ¿Qué ocurre? Cuando vuelvo al campamento me da vueltas la cabeza. Me tomo la temperatura y el termómetro marca 39 grados. Además me duele el estómago y estoy mareada. Me siento feliz de arrastrarme hasta mi saco dispuesta a dormir, descartando la idea de cenar.

Por la mañana Max parece preocupado y me pregunta cómo me siento.

—¡A morir! —respondo con un gruñido.

Parece todavía más preocupado. Me pregunta si creo estar

realmente enferma.

Lo tranquilizo. Tengo lo que en Egipto se llama «tripa del soldado egipcio» y en Bagdad «tripa de Bagdad». No es una enfermedad muy graciosa cuando estás en pleno desierto. Max no puede dejarme sola, y en cualquier caso durante el día el interior de la tienda está a unos 54 grados. El estudio debe continuar. Me acurruco en el coche, tambaleándome en un sueño febril. Cuando llegamos a un montículo me apeo y me echo en la sombra que proyecta la altura del *Queen Mary*, mientras Max y Mac recorren la colina examinándola.

Francamente, los cuatro días que siguen son un infierno implacable. Una de las narraciones de Hamoudi resulta especialmente pertinente. La encantadora esposa de un sultán, a la que éste siempre llevaba consigo, se quejaba noche y día a Alá de no tener compañía y estar a solas en el desierto. «Y finalmente Alá, harto de sus lamentaciones, le envió compañía. ¡Millones de moscas!».

Me siento especialmente malévola hacia la encantadora señora por haber incurrido en las iras de Alá. Y a lo largo de todo el día las nubes de moscas que se instalan a la sombra me impiden descansar.

Lamento amargamente haberme sumado a esta expedición, pero me las arreglo para ocultarlo.

Después de cuatro días sin tomar otra cosa que té flojo sin leche, imprevistamente revivo. La vida vuelve a ser hermosa. Ingiero una colosal comida a base de arroz y estofado de verduras nadando en grasa. Me parece la comida más sabrosa que he probado nunca.

Después trepamos al montículo en el que hemos acampado: Tell Suwar, en la orilla izquierda del Jabur. Aquí no hay nada: ni aldea, ni habitáculo de ningún tipo, ni siquiera tiendas de beduinos.

Arriba la luna y abajo el serpenteante Jabur con una gran curva en forma de S. El aire nocturno es una bendición después del bochorno del día.

—¡Qué encantadora colina! —digo—. ¿No podemos excavar aquí? Max mueve tristemente la cabeza de un lado a otro y pronuncia la palabra condenatoria:

—Romano.

—¡Qué pena! Es un lugar magnífico.

—Ya te dije que el Jabur era el lugar —comentó Max—. Ambas

orillas están rodeadas de tells.

No he mostrado el menor interés por los tells en varios días, pero me alegra descubrir que no me he perdido demasiado.

—¿Estás seguro de que aquí no hay nada del material que buscas? —pregunto, ansiosa. Me he encaprichado con Tell Suwar.

—Sí, claro que lo hay, pero está muy enterrado. Tendríamos que excavar a través de todos los restos romanos. Podemos hacer algo mejor.

Suspiro y musito:

—Esto es tan silencioso y tan pacífico… no hay un alma a la vista.

En ese momento aparece, saliendo de la nada, un hombre muy viejo.

¿De dónde viene? Sube lentamente la ladera, sin premura. Tiene una larga barba blanca y una inefable dignidad. Saluda cordialmente a Max.

—¿Cómo está tu ánimo?

—Bien. ¿Y el suyo?

—Bien.

—¡Alabado sea Dios!

—¡Alabado sea Dios!

Se sienta a nuestro lado. Se produce un largo silencio, el cortés silencio de los buenos modales que resulta tan descansado después de la prisa occidental. Por último el anciano pregunta a Max cómo se llama. Max se lo dice. El recién llegado reflexiona.

—Milwan —repite—. Milwan… ¡Qué ligero! ¡Qué brillante! ¡Qué hermoso!

Se queda un rato más. Después, tan serenamente como ha llegado, se marcha. Nunca volvemos a verlo.

Restablecida la salud, empiezo realmente a disfrutar. Comenzamos todas las mañanas al alba, examinando cada montículo al que llegamos, dando vueltas y vueltas a su alrededor, recogiendo todos los cascos de barro con los que tropezamos. Comparamos resultados en la cima y Max conserva los ejemplares que considera útiles, guardándolos en una pequeña bolsa de hilo y etiquetándolos.

Competimos entre nosotros para ver quién logra el mejor

hallazgo del día.

Empiezo a entender por qué los arqueólogos tienen la costumbre de caminar con los ojos bajos. En breve siento que yo misma olvidaré mirar a mi alrededor o hacia el horizonte. Andaré con la vista fija en mis pies, como si éste fuera el único punto de interés.

Como tantas veces antes, me impresiona la diferencia fundamental entre las razas. Nada puede ser más distinto que la actitud de nuestros dos chóferes con respecto al dinero. Abdullah apenas deja pasar un día sin pedir a voces un anticipo sobre su salario. Si hubiera logrado salirse con la suya, habría recibido todo su sueldo por adelantado e imagino que lo habría dilapidado en menos de una semana. Con la típica prodigalidad árabe, Abdullah lo habría derrochado en el café. Habría hecho muy buen papel. Habría «ganado una buena reputación».

Aristide, el armenio, se ha mostrado absolutamente reacio a recibir un solo penique de su salario.

—Guárdamelo tú, Khwaja, hasta que concluya el viaje. Si necesito dinero para algún gasto menor te lo pediré.

De momento sólo ha retirado cuatro peniques de su salario… ¡para comprar un par de calcetines!

Ahora adorna su mentón con una barba que le da aspecto de figura bíblica. Es más barato, explica, no afeitarse. Te ahorras el dinero que podrías gastar en la cuchilla de afeitar. Y aquí, en el desierto, qué importa.

Al final del viaje Abdullah estará otra vez sin blanca y sin duda volverá a engalanar los muelles de Beirut, esperando con fatalismo árabe a que la misericordia divina le proporcione otro trabajo. Aristide conservará intacto todo el dinero que ha ganado.

—¿Y qué harás con ello? —le pregunta Max.

—Servirá para comprarme un taxi mejor que éste —responde Aristide.

—¿Y cuando tengas un taxi mejor?

—Entonces ganaré más y tendré dos taxis.

Me imagino volviendo a Siria dentro de veinte años y descubriendo a Aristide como el riquísimo propietario de un inmenso garaje y probablemente viviendo en una casona de Beirut.

Y aún entonces, me atrevo a decir, no se afeitará en el desierto para ahorrarse el precio de la cuchilla de afeitar.

Sin embargo, Aristide no ha sido criado por su propio pueblo. Un día nos cruzamos con unos beduinos que lo saludan; él les devuelve el saludo a gritos, afectuosamente.

—Son de la tribu anaizah, a la que yo pertenezco —explica.

—¿Cómo es eso? —inquiere Max.

Entonces Aristide, con su voz suave y feliz, su alegre sonrisa serena, nos cuenta su historia. La historia de un crío de siete años a quien —con su familia y otras familias armenias— los turcos arrojaron vivo a un profundo pozo. Sobre ellos volcaron brea y les prendieron fuego. Sus padres, dos hermanos y hermanas, murieron quemados. Pero él, que estaba abajo de todos, seguía vivo cuando se marcharon los turcos, y más tarde lo descubrieron unos árabes de la tribu anaizah. Se lo llevaron consigo y lo adoptaron. Fue criado como un árabe y erró con ellos por las tierras de pastoreo. Pero a los dieciocho años fue a Mosul, donde exigió la entrega de documentos que acreditaran su nacionalidad. ¡Era armenio, no árabe! Pero la hermandad de sangre aún se mantiene y para los miembros de la tribu anaizah sigue siendo uno de ellos.

Hamoudi y Max lo pasan muy bien juntos. Ríen y cantan y cuentan chistes. Cuando la hilaridad es muy grande, pido que me los traduzcan. Hay momentos en que envidio lo mucho que se divierten. Mac sigue separado de mí por una barrera infranqueable. Vamos juntos en el asiento trasero del coche, en silencio. Juzga gravemente todo lo que digo según sus méritos y lo desecha en consecuencia. Nunca me he sentido tan fracasada socialmente. Por su parte, Mac parece completamente dichoso. Le rodea una hermosa autosuficiencia que no puedo dejar de admirar.

No obstante, por la noche, una vez encajada en mi saco de dormir, en la intimidad de nuestra tienda, cuando hablo a Max sobre los avatares del día, afirmo enérgicamente que Mac *no es* del todo humano.

Cuando hace un comentario original, en general es de carácter

desalentador. La crítica negativa parece producirle una satisfacción decididamente tenebrosa.

Hoy estoy perpleja por la creciente incertidumbre acerca de mi capacidad andariega. Por algún curioso motivo, mis pies no siguen la misma trayectoria. Me desconcierta una marcada escora a babor. Me pregunto temerosa si no serán los primeros síntomas de una enfermedad tropical. Le comento a Max si no ha notado que no puedo caminar en línea recta.

—Pero tú nunca bebes —responde—. Y sabe Dios —agrega con tono reprobatorio— que lo he intentado insistentemente.

Esto plantea otro tema polémico. A lo largo de la vida todo el mundo lucha contra algún desafortunado lastre. El mío consiste en la incapacidad para apreciar el alcohol y el tabaco.

Si lograra convencerme a mí misma de que desapruebo estos productos esenciales, mi amor propio quedaría salvado. Pero, por el contrario, miro con envidia a las mujeres dueñas de sí que echan cenizas de cigarrillo por aquí, por allí, por todas partes, y en los cócteles me arrastro tristemente de un lado a otro buscando un sitio donde ocultar mi copa con su contenido intacto.

La perseverancia no dio frutos. Durante seis meses fumé religiosamente un cigarrillo después de almorzar y otro después de la cena, ahogándome un poco, mascando hebras de tabaco, parpadeando cuando el humo ascendente me escocía los ojos. Pronto, me decía, aprenderé a disfrutar de un buen cigarrillo. No aprendí a disfrutarlo y mi proceder fue severamente criticado como poco artístico y deplorable. Acepté la derrota.

Cuando me casé con Max gozábamos de los placeres de la mesa en perfecta armonía; comíamos sensata pero exquisitamente. Se sintió afligido al descubrir que mi aprecio de un buen caldo, mejor dicho de cualquier bebida, era nulo. Emprendió la tarea de educarme, haciéndome probar persistentemente tintos de Burdeos, Borgoñas, Sauternes, blancos de los pedregales bordeleses y, ya desesperadamente, tokay, vodka y ajenjo. Finalmente se dio por vencido. ¡Sólo reaccioné expresando que algunos sabían peor que otros! Con un suspiro de hastío, Max vio ante sí una vida en la que estaría condenado a luchar para conseguirme agua en los restaurantes. Según dice, esto ha consumido años de su existencia.

De ahí sus observaciones cuando gano su simpatía por mi

evolución etílica.

—Tengo la impresión —explico— de inclinarme siempre hacia la izquierda.

Max dice que probablemente se trata de una de esas raras enfermedades tropicales que se distinguen por el singular nombre de su descubridor. El mal de Stephenson… o de Hartley. El tipo de dolencia, prosigue alegremente, que probablemente hará que se te caigan los dedos de los pies uno a uno.

Medito en tan agradable perspectiva. Entonces se me ocurre mirarme los zapatos. Instantáneamente queda desvelado el misterio. La suela exterior del izquierdo y la interior del derecho están gastadas. Mientras las contemplo caigo en la cuenta. Desde que salimos de Dair-az-Zor he recorrido a pie unos cincuenta montículos, a diferentes niveles, en la ladera de una escarpada cuesta, pero siempre con la colina a mi izquierda. Me bastará con andar a la inversa, rodeando los montículos hacia la derecha y no hacia la izquierda. A su debido tiempo mis zapatos se equilibrarán.

Hoy llegamos a Tell Ajaja, el antiguo Arban, un vasto e importante tell.

Cerca está el cruce del camino principal desde Dair-az-Zor, de modo que nos sentimos prácticamente en una carretera. De hecho, nos cruzamos con tres coches, que pasan como alma que lleva el diablo en dirección a Dair-az-Zor.

Pequeños agrupamientos de casas de adobe adornan el tell y varias personas pasan las horas diurnas con nosotros sobre la gran colina. Esto es, prácticamente, la civilización. Mañana llegaremos a Hasaka, donde confluyen el Jabur y el Gaggag. Allí estaremos *en* la civilización. Es un puesto militar francés y una ciudad importante en estos sitios. Allí veré por vez primera el legendario y largamente prometido río Gaggag. Estoy profundamente emocionada.

Nuestra llegada a Hasaka está llena de exaltación. El sitio no es atractivo; calles, unas pocas tiendas y una oficina de correos. Apenas dos visitas ceremoniales: una a los militares y otra a Correos.

El teniente francés es muy amable y servicial. Nos ofrece su hospitalidad pero le aseguramos que nuestras tiendas son muy cómodas y que las hemos instalado a la orilla del río. Pero aceptamos su invitación a cenar al día siguiente. La visita a Correos, donde vamos a buscar nuestra correspondencia, es prolongada. El jefe de Correos ha salido y en consecuencia todo está bajo llave. Sin embargo un chiquillo sale a buscarlo y en un momento (¡media hora!) llega; con toda cortesía nos da la bienvenida a Hasaka, pide café para nosotros y sólo después de un larguísimo intercambio de cumplidos va al grano: la correspondencia.

—Pero no hay ninguna prisa —dice, sonriente—. Volved mañana. Os atenderé encantado.

—Mañana tenemos que trabajar —responde Max—. Nos gustaría tener nuestras cartas esta noche.

Pero llega el café. Nos sentamos y bebemos. Un buen rato más tarde y después de amables exhortaciones, el jefe de Correos abre su despacho privado e inicia la búsqueda. Con toda la generosidad de su corazón nos insta a llevarnos más cartas, dirigidas a otros europeos.

—Será mejor que os las llevéis —afirma—. Llevan seis meses aquí. Nadie ha venido a buscarlas. Sí, sí, seguramente serán para vosotros.

Cordial pero firmemente rechazamos la correspondencia de Mr. Johnson, M. Mavrogordata y Mr. Pye. El jefe de Correos está muy desilusionado.

—¿Tan pocas? —dice—. ¿No queréis llevaros al menos ésta tan grande?

Insistimos en atenernos estrictamente a las cartas y papeles que llevan nuestros nombres. Ha llegado una orden de pago, tal como estaba acordado, y Max plantea su cobro en efectivo, cuestión que parece increíblemente complicada. Por lo que entendemos, el jefe de Correos nunca ha visto una orden de pago con anterioridad, y se muestra muy suspicaz. Llama a dos asistentes y entre los tres debaten el asunto a fondo, aunque de excelente humor. He aquí algo totalmente nuevo y delicioso, sobre lo que cada uno puede sustentar una opinión diferente.

Por último queda zanjada la cuestión y se firman diversos formularios. Entonces descubren que no hay efectivo en la oficina

de correos. Esta dificultad, dice el jefe, puede remediarse por la mañana. Enviará a alguien a buscarlo al bazar.

Salimos exhaustos de la oficina de Correos y vamos andando hasta el lugar que hemos escogido junto al río: a cierta distancia del polvo y la mugre de Hasaka. Al llegar nos aguarda un lamentable espectáculo: 'Isa, el cocinero, está sentado al lado de la tienda-cocina con la cabeza entre las manos, llorando amargamente.

—¿Qué ha ocurrido?

¡Oh!, replica, está deshonrado. Unos chiquillos se han puesto a correr a su alrededor burlándose de él. ¡Ha perdido el honor! En un momento de distracción unos perros han devorado la cena que había preparado. No queda nada de nada, salvo un poco de arroz.

Entristecidos, comemos arroz blanco mientras Hamoudi, Aristide y Abdullah reiteran al desgraciado 'Isa que su principal obligación como cocinero consiste en no desviar la atención de lo que está cocinando hasta el momento en que se les sirve la cena, sana y salva, a aquellos a quienes está destinada.

'Isa dice que no está a la altura del esfuerzo que significa ser cocinero. Nunca lo ha sido antes («¡Eso explica muchas cosas!», dice Max) y preferiría ir a trabajar a un garaje. ¿Le daría Max una recomendación como conductor de primera?

Max se niega terminantemente, ya que nunca lo ha visto conducir.

—Pero he dado vueltas a la manivela del *Big Mary* una mañana que hacía mucho frío —dice 'Isa—. ¿No me has visto?

Max reconoce que lo ha visto.

—¡Entonces —insiste 'Isa— puedes recomendarme!

El Jabur y el Gaggag

Estos días otoñales son de los más perfectos que he conocido. Nos levantamos temprano, en cuanto amanece, bebemos té caliente, comemos huevos y nos ponemos en marcha. A esa hora hace frío; me pongo dos jerseys y un voluminoso abrigo de lana. La luz es espectacular: un débil rosa muy pálido suaviza los marrones y los grises. Desde lo alto de la colina se vislumbra un mundo aparentemente incierto. Surgen montículos por todas partes; si te dedicaras a contarlos verías alrededor de sesenta elevaciones. O sea sesenta poblaciones antiguas. Aquí, donde en la actualidad sólo se desplazan los miembros de tribus con sus tiendas pardas, se asentó antaño una parte activa del mundo. Aquí, unos cinco mil años atrás, estaba *la* parte activa del mundo. Aquí dio los primeros pasos la civilización, y aquí está, recogido por mí, este fragmento roto de una vasija de arcilla, hecha a mano, con diseños de puntos y sombreados en pintura negra, que es la precursora de la taza de Woolworth en la que esta misma mañana he bebido mi té…

Reviso la colección de fragmentos que abultan los bolsillos de mi abrigo (ya he tenido que remendar dos veces el forro), descarto los repetidos y veo qué puedo ofrecer —en competencia con Mac y Hamoudi— al Maestro para que dé su opinión.

Veamos, ¿qué tengo?

Un objeto gris bastante grueso, parte del borde de un cacharro (valioso como indicativo de la forma), un basto material rojo, dos fragmentos de vasijas pintadas, hechas a mano, y otro con el diseño de puntos (¡el antiquísimo Tell Halaf!), un cuchillo de sílex, un trozo de la base de un delgado cacharro gris, varios fragmentos indeterminados de alfarería pintada, un poquito de obsidiana.

Max selecciona, desechando con crueldad la mayoría de las piezas, gruñendo apreciativamente ante otras. Hamoudi tiene la rueda de arcilla de un carro, Mac un fragmento de delicada

cerámica y una porción de una figurilla.

Una vez reunida toda la colección, Max la introduce en una pequeña bolsa de hilo, la ata con mucho cuidado y la etiqueta, como de costumbre, con el nombre del tell en el que fue descubierta. Este montículo específico no figura en el mapa. Lo bautizamos Tell Mak en honor de Macartney, quien ha hecho el primer hallazgo.

En la medida en que el semblante de Mac es capaz de expresar algo, parece mostrar una casi imperceptible satisfacción.

Bajamos a buen paso la ladera del tell y subimos al coche. Me quito un jersey. El sol empieza a calentar.

Visitamos dos tells pequeños y en el tercero, con vista al Jabur, almorzamos: huevos duros, una lata de carne de vaca en conserva, naranjas y pan durísimo. Aristide prepara té en el hornillo portátil. Ahora el sol abrasa; las sombras y colores se han esfumado. Todo es de un uniforme y suave color ante pálido.

Max dice que es una suerte que hagamos el reconocimiento ahora y no en primavera. Pregunto por qué. Responde que sería mucho más difícil encontrar fragmentos cuando abunda la vegetación. En primavera todo esto, dice, estará verde. Agrega que estamos en la fértil estepa. Acoto, admirada, que la expresión me parece exagerada. ¡Pues ésta *es*, insiste Max, la fértil estepa!

Hoy hacemos subir a *Mary* la orilla derecha del Jabur hasta Tell Halaf, visitando Tell Ruman (nombre siniestro, aunque de hecho no marcadamente romano), y Tell Juma en el camino.

Todos los tells de esta región tienen posibilidades, a diferencia de los que se encuentran más al sur. Son frecuentes los fragmentos de cerámica del segundo y tercer milenio, y escasos los restos romanos. Asimismo hay artesanía pintada de los albores de la prehistoria. El problema será elegir entre tantos tells. Max repite una y otra vez, con alborozo y una absoluta carencia de originalidad, que éste es, indudablemente, el lugar.

Nuestra visita a Tell Halaf tiene algo de la reverente peregrinación a un santuario. Tell Halaf es un nombre que ha machacado tanto mis oídos en los últimos años que apenas puedo creer que estoy a punto de ver el lugar propiamente dicho. Un lugar precioso, por cierto, con el Jabur serpenteando alrededor de su base.

Recuerdo una visita que hicimos al barón von Oppenheim en Berlín, donde nos llevó a ver el museo de sus descubrimientos. Max y él hablaron exaltados durante (me parece) cinco horas seguidas. No había donde sentarse. Mi interés, al principio intenso, flaqueó y finalmente se desvaneció por completo. Con ojos apagados examiné las diversas y horribles estatuillas que procedían de Tell Halaf y que a juicio del barón eran contemporáneas de la interesantísima cerámica. Con amabilidad, Max se empeñó en disentir sobre esta cuestión sin contradecirlo tajantemente. Para mi aturdida vista todas las estatuas parecían extrañamente semejantes. Sólo un rato después descubrí que *eran* semejantes, pues todas salvo una eran reproducciones en yeso.

El barón von Oppenheim interrumpió su entusiasta disertación, acarició cariñosamente la figura y dijo con tono amoroso: «¡Ah, mi bella Venus!». Volvió a enfrascarse en la discusión y lamenté, apesadumbrada, no ser capaz de poner pies en polvorosa.

Sostenemos muchas conversaciones con los lugareños sobre los diversos montículos próximos a Tell Halaf. Por aquí corren varias leyendas referentes al barón, sobre todo a las increíbles sumas que pagaba en oro. El paso del tiempo ha exagerado la cantidad. Ni siquiera el gobierno alemán, pienso, puede haber soltado los raudales de metal precioso que consigna la tradición. Por todas partes, al norte de Hasaka, hay pequeñas aldeas e indicios de cultivos. Desde la llegada de los franceses y el fin del dominio turco, el campo vuelve a ser ocupado por primera vez desde los tiempos de los romanos.

Volvemos tarde a casa. El clima está cambiando, empieza a soplar el viento y todo se vuelve antipático: el polvo de la arena te golpea la cara, los ojos te arden. La cena con los franceses es agradable, aunque ha resultado difícil acicalarse, mejor dicho, higienizarse, porque las únicas galas son una blusa limpia para mí y camisas limpias para los hombres. La comida es excelente y pasamos una grata velada. Regresamos a nuestras tiendas bajo una lluvia torrencial. La noche es turbulenta, los perros aúllan, las tiendas aletean y se inclinan con el viento.

Abandonando el Jabur por el momento, hoy hacemos una excursión al Gaggag. Una inmensa colina muy cercana ha despertado mi interés, hasta que descubro que se trata de un volcán extinguido: el Kawkab.

Nuestro objetivo específico es Tell Hamidi, del que tenemos buenos informes y al que es difícil acceder, ya que no hay camino directo. Alcanzarlo representa seguir una línea a campo través y luego cruzar innumerables arroyos pequeños y uadi, esos cauces que transportan agua durante la estación lluviosa. Hamoudi está de un humor espléndido. Mac se muestra algo melancólico y opina que nunca llegaremos.

Viajamos siete horas, siete horas agotadoras en las que el coche se atasca más de una vez y es necesario cavar para sacarlo.

En estas ocasiones Hamoudi se supera a sí mismo. Siempre considera que un coche es una especie de caballo inferior aunque más veloz. En todos los momentos de incertidumbre en que nos espera un uad, Hamoudi alza la voz y da órdenes directas a Aristide.

—¡Rápido… rápido! ¡No le des tiempo a la máquina a que se niegue! ¡Apriétala! ¡Apriétala!

Su disgusto cuando Max detiene el coche y se adelanta para examinar la dificultad, no tiene límites. Agita la cabeza para mostrar su insatisfacción.

¡No es así, parece decir, como deberías tratar a un coche fogoso y nervioso! No le des tiempo a reflexionar y todo irá bien.

Después de muchos rodeos, comprobaciones y la contratación de guías locales, por fin llegamos a la meta. Tell Hamidi se ve hermoso bajo el sol vespertino y es con una sensación de logro como el vehículo asciende orgulloso la suave cuesta hasta su cumbre, donde bajamos la vista y vemos un pantano en el que hormiguean los patos salvajes.

Mac está lo bastante conmovido para musitar una observación.

—¡Ah —dice con tono de melancólica satisfacción— agua estancada, por lo que veo!

En el futuro, éste será su mote.

La vida se vuelve ajetreada y febril. El estudio de los tells es cada día más celoso. Para la selección definitiva son necesarias tres cosas. Primera, tiene que estar lo suficientemente cerca de una

aldea o varias para conseguir mano de obra. Segunda, tiene que haber abastecimiento de agua: o sea que debe estar cerca del Gaggag o del Jabur, o de lo contrario tiene que haber un agua de pozo que no sea demasiado salobre. Tercera, tiene que haber indicios de que posee el material adecuado. Toda excavación es un juego de azar —entre setenta tells que han sido ocupados en el mismo período, ¿quién puede saber cuál contiene un edificio, o un depósito de tablillas, o una colección de objetos de especial interés? —. Un tell pequeño ofrece tan buenas perspectivas como uno grande, dado que las ciudades importantes tienen más probabilidades de haber sido saqueadas y destruidas en el pasado remoto. El factor predominante es la suerte. Con frecuencia un sitio ha sido ardua y correctamente excavado, temporada tras temporada, con resultados interesantes aunque no espectaculares, y repentinamente, con el desplazamiento de un par de metros, sale a la luz un hallazgo singular. El único consuelo auténtico es que cualquiera que sea el tell que escojamos, estamos destinados a encontrar *algo*.

Hemos hecho una excursión de un día a la margen opuesta del Jabur, otra vez a Tell Halaf, y hemos pasado dos días en el Gaggag —un río sobrestimado, a juzgar por las apariencias—, un curso de agua turbia entre altas lomas. Señalamos un montículo como muy prometedor: Tell Brak. Se trata de una vasta colina con indicios de varios períodos de ocupación, desde la temprana prehistoria hasta la época asiría. Está a poco más de dos kilómetros del Gaggag, donde hay una colonia armenia, y otras aldeas no muy lejanas dispersas a su alrededor. Está más o menos a una hora en coche de Hasaka, lo que será muy conveniente para obtener provisiones. Como desventaja, en el tell propiamente dicho no hay agua, aunque es probable que se pueda hacer un pozo. Las posibilidades de Tell Brak se reducen.

Hoy seguimos el camino principal de Hasaka, hacia el noroeste hasta Qamisliya; otro puesto militar francés y ciudad fronteriza entre Siria y Turquía. El camino corre más o menos equidistante entre el Jabur y el Gaggag un buen trecho, hasta volver a unirse al Gaggag en Qamisliya.

Dado que examinar todos los tells del trayecto y volver a Hasaka esa misma noche sería imposible, decidimos pernoctar en Qamisliya

y regresar al día siguiente.

Las opiniones en cuanto al alojamiento varían. Según el teniente francés, el así llamado hotel de Qamisliya es imposible, absolutamente imposible. *« infecte, Madame!».*

C'est

Según Hamoudi y Aristide es un buen hotel, bastante europeo, con *camas*. ¡En resumen, de primerísima clase!

Reprimiendo la convicción interior de que el teniente francés tendrá razón, nos ponemos en marcha.

Ha vuelto a clarear después de dos días de llovizna. Existe la esperanza de que el mal tiempo no haga su aparición antes de diciembre. Entre Hasaka y Qamisliya hay dos profundos uadi, y si se inundan el camino quedará cortado durante unos días. Hoy sólo hay un poco de agua en ellos y los sorteamos en zigzag sin grandes dificultades —me refiero a los que vamos en el taxi de Aristide—. Abdullah, siguiendo su invariable costumbre, se lanza cuesta abajo en directa y procura subir por el otro lado de la misma manera. En medio de la lucha intenta reducir a segunda mientras el coche está detenido. El motor protesta y se para; Abdullah retrocede deslizándose suavemente hasta el fondo del uad, con las ruedas traseras metidas en el agua y el barro. Todos bajamos para ayudar.

Max insulta a Abdullah por ser tan imbécil de no hacer las cosas como le han dicho un centenar de veces. Hamoudi lo regaña por su lentitud:

—¡Más rápido, más rápido! Has sido demasiado cauteloso. No permitas que el coche tenga tiempo de reflexionar. Si lo haces así, no se negará.

—¡*Inshallah*, saldremos de aquí en diez minutos! —grita alegremente Aristide.

Mac rompe su silencio para murmurar una de sus acostumbradas declaraciones deprimentes:

—¡El peor lugar que *podía* elegir para atascarse! ¡Mirad ese ángulo! No saldremos de aquí en mucho tiempo.

Abdullah eleva las manos al cielo y lanza una chillona reivindicación de sus métodos.

—Con un coche tan bueno como éste tendríamos que haber subido tranquilamente en tercera, sin necesidad de cambiar de velocidad, y habríamos ahorrado gasolina. ¡Yo hago todo lo

necesario para complacerte!

El coro de lamentaciones da paso a los procedimientos prácticos. Descargan las tablas, piquetas y otras herramientas que siempre llevamos en previsión de estos apuros. Max empuja de costado a Abdullah y ocupa su lugar al volante de *Mary*; colocan las tablas en posición; Mac, Hamoudi, Aristide y Abdullah ocupan sus lugares dispuestos a empujar. Como en Oriente las Jatuns no hacen trabajos duros (¡excelente idea!), ocupo mi puesto en el terraplén, lista para emitir gritos de estímulo y consejos útiles. Max enciende el motor y acelera; nubarrones de humo azul surgen del tubo de escape, asfixiando prácticamente a los que empujan; Max pone el vehículo en marcha y afloja el embrague; brota un rugido ensordecedor; las ruedas giran; la bruma azul crece; se oyen gritos agudos alabando la misericordia de Alá; *Mary* avanza medio metro, el clamor aumenta, Alá *es* muy misericordioso…

¡Ay, Alá no es lo bastante misericordioso! Las ruedas pierden asimiento y *Mary* vuelve a hundirse. Renovada disposición de las tablas, renovados esfuerzos, gritos, surtidores de barro y vapores azules. ¡Esta vez casi salimos!

Sólo se necesita un poco más de potencia. Se adosa el cable de remolque al morro de *Mary* y se sujeta a la parte trasera del taxi. Aristide ocupa su lugar al volante. Todo el mundo se pone en posición. Aristide despliega un gran entusiasmo y suelta demasiado rápido el embrague. El remolque cruje. A empezar de nuevo. Me asignan el cargo de sincronizadora. Cuando haga una señal con el pañuelo, Aristide debe arrancar.

Comienzan otra vez las maniobras. Hamoudi, Abdullah y Mac se disponen a empujar; los dos primeros profieren gritos de aliento con bastante anticipación. Max vuelve a encender el motor. Una vez más brotan manantiales de barro y agua mezclados con el humo azul; el motor resuella y acelera; las ruedas empiezan a moverse; bajo el pañuelo; Aristide suelta un grito salvaje, se santigua, grita Alá *Kerim* y desembraga. Lentamente y refunfuñando, *Mary* avanza dando bandazos; el cable de remolque se tensa; vacila; las ruedas traseras giran; Max serpentea frenéticamente; el vehículo se recupera, zigzaguea de un lado a otro cuesta arriba, ¡y llega!

Dos figuras completamente envueltas en barro corren en pos de *Mary*, chillando alegremente. Otra figura, también cubierta de lodo,

asciende sobriamente: el imperturbable Mac. No da muestras de la menor alteración en ningún sentido.

Miro el reloj y digo:

—Un cuarto de hora. No está mal.

—Con toda probabilidad el próximo uad será peor —responde Mac sin ninguna emoción.

¡Decididamente, Mac no es humano!

Seguimos camino. Hamoudi anima el trayecto con fragmentos de canciones. Él y Max lo pasan muy bien en el asiento delantero. Mac y yo vamos detrás, en silencio. A esta altura me veo reducida a farfullar idioteces cuando intento conversar. Como de costumbre, Mac soporta mis idioteces con paciencia y amabilidad, prestándoles una deliberada atención que no merecen, y responde con una u otra de sus fórmulas: «¿Sí?». O, cordial y reprobadoramente, «Creo que no es así».

En breve llegamos al segundo uad. Nos detenemos; Max ocupa el lugar de Abdullah al volante de *Mary*. Aristide lo cruza sin contratiempos. Max lo sigue, bajando en segunda y poniendo la primera para empezar a subir al emerger del agua. *Mary* llega, traqueteando pero triunfante.

—¿Has visto? —dice Max a Abdullah.

Abdullah adopta su expresión más camelluna.

—Esta vez lo habría hecho en tercera —afirma—. No necesitabas cambiar la velocidad.

Max le reitera que es un imbécil y agrega que, de cualquier manera, en el futuro hará lo que le indiquen. Abdullah contesta alegremente que siempre hace todo con la mejor intención.

Max abandona la discusión y seguimos adelante.

Abundan los tells. Empiezo a preguntarme si no habrá llegado el momento de retomar mi avanzada en sentido contrario a las agujas del reloj.

Llegamos a un tell denominado Chagar Bazar. Perros y niños salen en desbandada del pequeño núcleo de casas. En seguida se presenta una llamativa figura envuelta en sueltos ropajes blancos y con un turbante verde brillante. Es el jeque local. Nos recibe con afabilidad suprema. Max desaparece con él en la casa de adobe más grande. Poco después el jeque reaparece y grita:

—¡Ingeniero! ¿Dónde está el ingeniero?

Hamoudi explica que la llamada está destinada a Mac. El aludido avanza.

—¡Eh —vocifera el jeque—, aquí hay *leben*! —Muestra un cuenco lleno de leche agria del lugar—. ¿Cómo te gusta la *leben*, ingeniero, ligera o espesa?

Mac, un auténtico aficionado a la *leben*, señala con la cabeza la jarra de agua que lleva el jeque. Noto que Max trata de inducirlo a rechazar la sugerencia. Demasiado tarde; el jeque agrega agua a la *leben* y Mac la bebe de buena gana.

—Traté de advertírtelo —dice más tarde Max—. ¡Ese agua era prácticamente barro!

Las perspectivas de Chagar Bazar son alentadoras… Hay una aldea, pozos, otros pueblos cercanos y un jeque bien dispuesto, aunque sin duda rapaz. Lo apuntamos como posibilidad y seguimos camino.

A última hora nos demoran algunos desvíos en terrenos pantanosos para alcanzar determinados tells próximos a Gaggag, y es bastante tarde cuando por fin llegamos a Qamisliya.

Con gran entusiasmo Aristide frena el coche de una sacudida delante del hotel de primera categoría.

—¿Veis lo elegante que es? —dice—. ¡Está construido con *piedra*!

Nos guardamos de decir que el interior del hotel es más importante que el exterior. De cualquier manera, aquí *está* el hotel y sea como sea tendremos que utilizarlo.

Entramos, subimos una escalera alta y oscura; vamos a parar a un restaurante con mesas de mármol, en el que hay un denso olor a parafina, ajo y humo.

Max entabla negociaciones con el propietario.

Indudablemente éste es un hotel. Un hotel con camas… ¡Camas de verdad! El hotelero abre de par en par la puerta de una habitación en la que cuatro personas, ya dormidas en sus camas, garantizan la verdad de sus palabras. En la misma habitación hay dos camas desocupadas.

—¡Aquí tenéis! Y a este animal —patea al durmiente más cercano— podemos echarlo. ¡No es más que mi mozo de cuadra!

Max plantea la irracional petición de que nos gustaría una habitación para nosotros solos. El propietario duda. Eso, dice, será

sumamente caro.

Max responde temerariamente que no le importa que sea caro. ¿Cuánto costará?, pregunta.

El propietario titubea, se rasca la oreja, evalúa nuestra apariencia (que debido al barro no es muy plutocrática) y aventura la opinión de que como mínimo nos saldrá a una libra por los cuatro.

Para su estupefacción, Max acepta sin regatear.

Instantáneamente todo es actividad y entusiasmo. Los dormidos son despertados. Llaman a la servidumbre. Nos sentamos ante una de las mesas de mármol y pedimos la mejor comida que puedan proporcionarnos.

Hamoudi se hace cargo de la supervisión del dormitorio. Vuelve un cuarto de hora después, pura sonrisa. Max y yo dispondremos de una habitación. Él y Mac compartirán la otra. Además, «y por el bien de vuestra reputación», como dice él, ha accedido a pagar cinco francos más para que nos pusieran sábanas limpias.

Llega la comida; es grasienta, aunque caliente y sabrosa. Comemos con buen apetito; como no tenemos nada más que hacer, nos retiramos y caemos sobre las camas con sábanas limpias. Mientras concilio el sueño atraviesa mi mente la posible cuestión de las chinches. En opinión de Max estamos a salvo de chinches. Este hotel ha sido construido recientemente y las camas son nuevas, de hierro.

Los vapores de humo, ajo y parafina se cuelan por la puerta del restaurante, al igual que una cháchara de voces árabes. Pero nada puede impedirnos dormir. Nos dormimos.

Despertamos sin haber sido picados por ningún bicho. Es más tarde de lo que creíamos. Una vez más nos espera un largo día. Max abre la puerta del dormitorio y se echa atrás. El restaurante está ocupado por los desposeídos durmientes de los dos dormitorios. Están tumbados entre las mesas —hay como mínimo veinte—. La atmosfera es densa. Nos traen té y huevos. Partimos. Apesadumbrado, Hamoudi informa a Max que anoche habló larga y seriamente con el Khwaja Macartney, pero ay, ni siquiera ahora, después de dos meses, el Khwaja Mac entiende una sola palabra de árabe.

Max pregunta a Mac cómo le va con el *Árabe hablado* de Van

Ess. El ingeniero responde que cree haberlo extraviado.

Después de hacer unas compras en Qamisliya, tomamos el camino de Amuda. Un camino importante; casi una carretera, podríamos decir, en lugar de una huella. Corre paralelo a la línea ferroviaria, al otro lado de la cual está Turquía.

El camino es pésimo, lleno de baches e irregularidades. Vamos de sacudida en sacudida, pero es indudable que allí hay vida. Vemos unos cuantos coches; tanto Abdullah como Aristide tienen que ser duramente regañados por dedicarse al deporte favorito del conductor nativo, que consiste en tratar de atropellar, o al menos dar un buen susto, a los grupos de burros y camellos a cargo de ancianos y niños.

—¿No es este camino lo bastante ancho como para no necesitar pasarse al otro lado? —pregunta Max.

Abdullah se gira y lo mira con los ojos brillantes.

—¿Acaso no conduzco un camión? ¿No soy yo quien debe elegir el mejor lado? ¡Estos desgraciados beduinos tienen que apartarse de mi camino! ¡Ellos y sus malditos burros!

Aristide se desliza lentamente detrás de un burro sobrecargado, a cuyo lado avanzan con dificultad un hombre y una mujer, y hace sonar estrepitosamente la bocina. El burro se espanta, la mujer chilla y corre tras la bestia, el hombre amenaza con un puño. Aristide se desternilla de risa.

A su vez es reprendido, pero, como de costumbre, permanece impenitente.

Amuda es principalmente una ciudad armenia y, todo hay que decirlo, nada atractiva. Allí la cantidad de moscas escapa a toda proporción, los críos tienen unos modales insoportables, toda la gente parece aburrida y sin embargo feroz. En líneas generales la comparación con Qamisliya le es desfavorable. Compramos carne de aspecto dudoso en la que pululan las moscas, algunas verduras más bien marchitas y un excelente pan recién hecho.

Hamoudi va a hacer averiguaciones. Regresa cuando hemos acabado con las compras y nos orienta hasta un camino lateral en el que una verja conduce a un patio.

Allí nos recibe un sacerdote armenio muy cortés, que sabe algo de francés. Señala el patio y el edificio contiguo, dice que ésta es su casa.

Sí, estaría dispuesto a arrendárnosla la próxima primavera si los «acuerdos» fueran satisfactorios. Sí, podría despejar una habitación en seguida y dejárnosla para almacenar cosas.

Iniciadas así las negociaciones, partimos hacia Hasaka. Hay un camino directo desde Amuda que se cruza con el de Qamisliya en Tell Chagar Bazar. Estudiamos algunos tells por el camino y retornamos a nuestro campamento sin incidentes aunque muy fatigados.

Max pregunta a Mac si el agua inmunda que le dio el jeque no le ha causado ninguna molestia. Mac responde que nunca se ha sentido mejor.

—Te dije que Mac era un auténtico descubrimiento —me recuerda Max más tarde, cuando estamos envueltos en nuestros sacos de dormir—. ¡Un estómago de primera! Nada lo altera. Es capaz de comer cualquier cantidad de grasa y basura. Y prácticamente nunca abre la boca.

—¡Eso puede estar muy bien para *ti*! —digo—. Tú y Hamoudi os estáis siempre partiendo de risa y hablando. ¿Pero qué me dices de *mí*?

—No entiendo por qué no te llevas mejor con él. ¿Lo *intentas*?

—Siempre lo estoy intentando. Pero me rechaza.

A Max le parece muy gracioso y ríe durante un buen rato.

Hoy llegamos a Amuda: nuestro nuevo centro de actividad. *Mary* y el taxi están aparcados en el patio del sacerdote armenio. Una habitación de la casa ha sido despejada y se encuentra a nuestra disposición, pero después de examinarla Hamoudi recomienda que sigamos durmiendo en las tiendas. Las montamos con dificultad porque sopla un fuerte viento y está empezando a llover. Todo hace pensar que mañana no habrá excursiones. En estos parajes una lluvia de veinticuatro horas paraliza el tráfico. Es una suerte contar con una habitación en la que podemos pasar el día, clasificar nuestros hallazgos y en la que Max puede escribir sus informes de los progresos realizados hasta la fecha.

Mac y yo descargamos y acomodamos cosas en la habitación: mesa plegable, tumbonas, mantas, etc. Los demás van a la ciudad a hacer las compras.

El viento arrecia y llueve. Hay cristales rotos en las ventanas y adentro hace mucho frío. Observo anhelante la lámpara de gasolina.

—Ojalá volviera Abdullah —digo—. Podríamos hacer funcionar el calentador.

Porque Abdullah, aparentemente desprovisto de toda inteligencia, horroroso conductor y mentalmente deficiente en casi todos los sentidos, es el genio indiscutido de estos objetos temperamentales: las lámparas de gasolina. Él, y sólo él, entiende sus complejidades.

Mac se acerca al calentador y lo observa.

El principio científico, afirma, es muy sencillo. ¿Quiere que lo encienda?

Digo que me gustaría y le alcanzo una caja de cerillas.

Mac acomete la tarea con serena confianza en sí mismo. Prende fuego al alcohol, etcétera, etcétera. Sus manos son diestras y hábiles: evidentemente sabe lo que está haciendo.

Pasa el tiempo… la lámpara no se enciende. Mac empieza de nuevo con el alcohol…

Cinco minutos más tarde murmura, más para sus adentros que para mí:

—El *principio* es clarísimo…

Le echo una mirada furtiva cuando transcurren otros cinco minutos sin que pase nada. Mac está entrando en calor. Además, ha perdido el aire de superioridad. Con o sin principio científico claro, la lámpara de gasolina se le resiste. Se tumba en el suelo y lucha con ella. Poco después comienza a maldecir…

Una sensación casi de afecto recorre mi cuerpo. ¡Al fin y al cabo nuestro Mac *es* humano! ¡Ha sido derrotado por una lámpara de gasolina!

Media hora después reaparecen Max y Abdullah. Mac está colorado como un tomate y la lámpara sigue apagada.

—Deja que yo haga eso, Khwaja —dice Abdullah. Coge el alcohol desnaturalizado y las cerillas: en dos minutos la lámpara resplandece, aunque estoy casi segura de que Abdullah ha hecho caso omiso de cualquier principio científico…

—¡Bien! —dice Mac, inexpresivo como siempre, aunque es bastante lo que transmite con esta sola palabra.

Más entrada la noche el viento se ha convertido en vendaval y la

lluvia es torrencial. Aristide entra precipitadamente para decir que cree que las tiendas se están cayendo. Todos salimos corriendo bajo la lluvia. En ese momento se me ocurre que ahora veré la faceta sórdida de *le camping*.

Con gran valentía, Max, Mac y Aristide combaten con la tienda grande. Mac se agarra al poste.

De repente se oye un chasquido, el poste se quiebra, Mac cae de bruces en el fango espeso y viscoso.

Intenta levantarse, del todo irreconocible. Su voz se eleva hasta alcanzar tonos completamente naturales:

—M… y m… la p… cosa —aúlla finalmente, transformándose en un ser humano hecho y derecho.

A partir de esa noche, ¡Mac es uno de los nuestros!

Pasa el mal tiempo, pero durante un día los caminos tienen demasiada agua para salir en coche. Nos aventuramos cautamente hasta los tells más a mano. Una posibilidad es Tell Hamdun, una colina amplia, no alejada de Amuda y emplazada en la frontera; la vía férrea atraviesa una porción del tell, de modo que una parte del mismo está en Turquía.

Nos quedamos allí toda la mañana; hemos llevado un par de trabajadores para que abran una zanja al costado del tell. El lugar donde están excavando es frío; doy la vuelta hasta el lado opuesto para protegerme del viento. Ahora los días son decididamente otoñales y permanezco acurrucada en mi abrigo.

De pronto, y como de costumbre, salido de la nada, aparece un jinete montículo arriba a medio galope. Refrena a su caballo y me grita, dirigiéndose a mí en árabe fluido. No entiendo nada aparte del saludo, al que respondo amablemente, y le informo que el Khwaja está al otro lado del montículo. Parece desconcertado, me hace otra pregunta y súbitamente echa la cabeza hacia atrás y ríe a carcajadas.

—¡Ah, es una Jatun! —chilla—. ¡Vaya error! ¡He hablado con una Jatun! —rodea el montículo, sumamente divertido por la incorrección que ha cometido al no reconocer a una mujer a primera vista.

Los mejores días han quedado atrás. Ahora el cielo suele estar

encapotado. Hemos concluido con el examen de los tells. Ha llegado el momento de decidir dónde irán las palas la próxima primavera.

Tres tells compiten por el honor de nuestra atención: Tell Hamdun, que geográficamente está en un sector interesante; nuestra primera elección, Chagar Bazar; y el tercero, Tell Mozan. Éste es, con gran diferencia, el más grande de los tres, y la elección depende de lo mucho que haya que excavar a través de diversos yacimientos romanos para llegar a nuestro objetivo.

Es necesario hacer sondeos en los tres montículos. Empezamos por Tell Mozan. Allí hay una aldea, y con Hamoudi como embajador intentamos conseguir mano de obra. Los hombres se muestran indecisos y suspicaces.

—No necesitamos dinero —dicen—. La cosecha ha sido buena.

Éste es un rincón del mundo sencillo y por consiguiente, sospecho, feliz. Sólo tienen en cuenta la alimentación. Si la cosecha es buena, eres rico. Durante el resto del año habrá ocio en abundancia, hasta que llegue el momento de arar y sembrar otra vez.

—Un poco de dinero extra —dice Hamoudi como la serpiente en el paraíso—, siempre viene bien.

Responden, sencillamente:

—¿Para comprar qué? Tenemos suficiente comida hasta la próxima cosecha.

Entonces, ay, aparece en escena la eterna Eva. El astuto Hamoudi pone el cebo en el anzuelo. Pueden comprar adornos para sus esposas.

Las mujeres asienten. ¡Esta excavación, dicen, es algo muy bueno!

A regañadientes, los hombres sopesan la idea. Hay que tener en cuenta algo más: la dignidad. La dignidad es un bien muy querido para un árabe. ¿Es un trabajo *digno, honorable*?

Ahora se trata de unos días, explica Hamoudi. Pueden reconsiderar la cuestión antes de la primavera.

Por último, con las expresiones de duda de quienes se embarcan en una aventura nueva y sin precedentes, una docena de los espíritus más progresistas dan un paso al frente. Los mayores y más conservadores menean sus luengas barbas blancas.

A una señal de Hamoudi se descargan los picos y palas de *Mary*

y se entregan a los hombres. El propio Hamoudi toma un pico y hace una demostración.

Se seleccionan tres zanjas a de prueba a diferentes niveles del tell. Se oye un murmurado «Inshallah» y los picos se ponen en marcha.

Tell Mozan ha sido borrado, de mala gana, de nuestra lista de posibilidades. Hay varios niveles de ocupación romana y aunque los períodos que queremos excavar están debajo, necesitaríamos unas cuantas temporadas, lo que significa más tiempo y dinero del que podemos permitirnos.

Hoy conducimos hasta nuestro viejo amigo Chagar Bazar. Aquí las negociaciones para la obtención de mano de obra se hacen rápidamente. El jeque es un hombre pobre, muy endeudado, con todos los terratenientes árabes. En todo esto percibe pingües beneficios.

—Todo lo que tengo es tuyo, hermano —dice generosamente a Max mientras brilla en sus ojos una luz calculadora—. No necesitas pagar tierra. ¡Coge todo lo que tengo!

Luego, en cuanto Max avanza a zancadas colina arriba, el jeque inclina la cabeza ante Hamoudi.

—¡Sin duda este Khwaja es inmensamente rico! —sugiere—. ¿Tan rico como el Barón de famosa memoria que pagaba con bolsas de oro?

—Hoy en día el pago no se hace en oro —responde Hamoudi—. Pero el Khwaja es sumamente generoso. Además, con toda probabilidad el Khwaja construirá aquí una casa; una casa de tal belleza y grandiosidad que se mencionará por todas partes. ¿Cuánto prestigio concederá al jeque una casa semejante? Toda la región dirá: «Los Khwajas extranjeros eligen este punto para construir y excavar debido a su proximidad con la santidad del jeque, un hombre que ha ido a La Meca y a quien todos reverencian».

La idea de la casa complace al jeque. Observa reflexivamente el montículo.

—Perderé todas las cosechas que estoy por sembrar en la colina. ¡Una gran pérdida… una pérdida muy grande!

—¡Pero el terreno ya tendría que estar arado y plantado! —dice

Hamoudi.

—Hubo demoras —explica el jeque—. Estoy a punto de hacerlo.

—¿Alguna vez has sacado una cosecha de aquí? Seguro que no. ¿A quién se le ocurriría arar una colina cuando hay llanos alrededor?

El jeque insiste, con tono firme:

—Las cosechas que no recogeré significarán una gran pérdida. Pero ¿qué importa? Es un sacrificio que haré gustoso para satisfacer al Gobierno. Si me arruino, ¿qué importa? —y con expresión decididamente alegre vuelve a entrar en su casa.

Una anciana que lleva de la mano a un chico de unos doce años se acerca a Hamoudi.

—¿Tiene medicina el Khwaja?

—Algunas… ¿Qué quieres?

—¿Me dará medicina para mi hijo?

—¿Qué le pasa a tu hijo?

No es necesario preguntarlo. La expresión de imbecilidad habla por sí misma.

—No tiene el juicio correcto.

Hamoudi menea la cabeza tristemente pero dice que le preguntará al Khwaja.

Los hombres han empezado a cavar zanjas. Hamoudi, la mujer y el chico se acercan a Max.

Max mira al muchacho y se vuelve amablemente hacia la mujer.

—El chico es como es por la voluntad de Alá —afirma—. No tengo medicinas para tu hijo.

La mujer suspira; creo que una lágrima se desliza por su mejilla. A continuación dice, con voz realista:

—¿Entonces me darás veneno, Khwaja?, porque es mejor que no viva.

Max responde amablemente que tampoco puede hacer eso.

Ella lo contempla sin comprender, mueve la cabeza de un lado a otro, indignada, y se aleja con su hijo.

Voy a lo alto de la colina, donde Macartney está ocupado con su reconocimiento del terreno. Un chico árabe con muchas ínfulas se tambalea con el poste. Mac, que aún no está dispuesto a correr el riesgo de decir una palabra en árabe, expresa sus deseos con gestos de semáforo, que no siempre producen el resultado deseado.

Aristide, siempre servicial, va en su ayuda.

Paseo la mirada a mi alrededor. Al norte veo la línea de las montañas turcas, con un punto destacado que es Mardin. Al oeste, al sur y al este, sólo la fértil estepa, que en primavera estará verde y moteada de flores. Todo el paisaje está salpicado de tells. Cada tanto veo grupos amarronados de tiendas beduinas. Aunque en muchos de los tells hay aldeas, éstas no se ven; de cualquier manera sólo son unas pocas chozas de adobe. Todo crece pacífico y distanciado del hombre y la civilización. Me gusta Chagar Bazar y abrigo la esperanza de que sea el elegido. Me gustaría vivir en una casa construida aquí. Si excavamos en Hamdun probablemente viviremos en Amuda… ¡Oh, no, quiero *este* tell!

Cae el día. Max está satisfecho con los resultados. Volveremos mañana y proseguiremos los sondeos. Supone que este tell no ha sido ocupado desde el siglo quince anterior a nuestra era, con excepción de algunos sepulcros romanos o islámicos intrusos. Hay excelente cerámica pintada del estilo primitivo de Arpasiyya.

El jeque nos escolta cortésmente hasta el coche.

—Todo lo que tengo es tuyo, hermano —insiste—. ¡Por pobre que me vuelva!

—Feliz sería yo —dice Max amablemente—, si me tocara en suerte enriquecerte excavando aquí. Tal como ha sido acordado con las autoridades francesas, se pagará la indemnización por cualquier pérdida de cosechas, tus hombres recibirán buenos salarios, se te arrendará una parcela para construir una casa y, aún más, al final de la temporada recibirás personalmente un generoso regalo.

—¡Ah, yo no necesito nada! —grita el jeque de estupendo humor —. ¿Qué es eso de hablar de pago entre hermanos?

Esta nota altruista hace las veces de despedida.

Dos días de frío invernal en Tell Hamdun. Los resultados son razonablemente buenos, pero el hecho de que parte del tell se encuentre en Turquía representa una desventaja. Parece evidente que la decisión recaerá en Chagar Bazar, con una concesión adicional para Tell Brak, que podría combinarse con la excavación de Chagar en una segunda temporada.

Sólo falta acabar con los preparativos para la primavera. Hay

que escoger un emplazamiento adecuado para la casa en Chagar; hay que arrendar la casa de Amuda para el período en que se esté construyendo la casa de Chagar; hay que concertar el acuerdo con el jeque y, más urgente, otra orden de pago nos espera en Hasaka, que debemos ir a buscar sin demora pues de lo contrario los uadi pueden inundarse y los caminos serán impracticables.

Últimamente Hamoudi ha estado despilfarrando dinero en Amuda, atento a nuestra «reputación». Derrochar dinero parece una cuestión de honor entre los árabes; mejor dicho, invitar a los notables a la cafetería. Dar una impresión de mezquindad es un terrible deshonor. Por otro lado, Hamoudi regatea sin miramientos con las viejas que nos traen la leche y con otras ancianas que lavan nuestra ropa por una cifra increíblemente reducida.

Max y yo salimos hacia Hasaka con *Mary*, esperando que todo salga bien, aunque el cielo está encapotado y cae una leve llovizna. Llegamos sin contratiempos, pero ahora llueve y no sabemos si podremos volver.

Para nuestra desesperación, cuando llegamos a Correos nos enteramos de que el jefe ha salido. Nadie sabe dónde está, pero en seguida salen unos chicos disparados en todas direcciones para darle caza.

No para de llover. Max se muestra ansioso y dice que nunca lograremos volver si no iniciamos pronto el regreso. Esperamos muy inquietos.

De improviso aparece el jefe de Correos, andando despacio, con una cesta llena de huevos en la mano. Nos saluda encantado y sorprendido. Max interrumpe la habitual amabilidad y le ruega que se dé prisa. De lo contrario quedaremos aislados, afirma.

—¿Y por qué no? —dice el jefe de Correos—. En tal caso os tendréis que quedar unos días, lo que para mí será un placer. Hasaka es una ciudad muy agradable. Os ruego que os quedéis con nosotros largo tiempo —sugiere, hospitalariamente.

Max renueva su apasionada solicitud de urgencia. El jefe abre cajones lentamente y los registra sin orden ni concierto, mientras insiste en su vivo deseo de que nuestra estancia se prolongue.

Es curioso, dice, que no pueda encontrar ese sobre tan

importante. Recuerda que llegó y se dijo para sus adentros: «Algún día el Khwaja vendrá a buscarlo». En consecuencia, lo ha guardado en un lugar seguro, aunque no sabe en cuál. Se presenta un empleado para colaborar y la búsqueda continúa. Finalmente descubren la carta y pasamos por las dificultades de costumbre para obtener el efectivo. Como ya ocurrió con anterioridad, hay que ir a buscarlo al bazar.

¡Y sigue cayendo la lluvia! Después de muchas idas y venidas lo recibimos. Max toma la precaución de comprar pan y chocolate por si debemos pasar una o dos noches *en route*; cogemos a *Mary* y salimos disparados. Salvamos con éxito el primer uad, pero en el segundo nos espera una señal de mal agüero. Un microbús postal se ha empantanado y detrás aguarda una larga fila de coches.

Todo el mundo ha bajado a cavar, colocar tablas, dar gritos de aliento.

Max dice, con tono desesperado:

—Tendremos que pasar la noche aquí.

Es una idea macabra. He pasado muchas noches en el desierto, en coches, pero nunca con gusto. Siempre me despierto fría y acalambrada, con todo el cuerpo dolorido.

No obstante, esta vez tenemos suerte. El microbús gime, se tambalea trabajosamente y sale; los otros coches lo siguen y finalmente pasamos nosotros. Justo a tiempo: el agua crece rápidamente.

El trayecto de regreso por el camino de Amuda es de pesadilla: un patinazo largo y constante. Dos veces como mínimo *Mary* da una vuelta completa, decididamente de cara a Hasaka, a pesar de las cadenas que lleva en las ruedas. El deslizamiento continuo produce una sensación muy peculiar. La tierra sólida ya no es tierra sólida. Posee una cualidad fantasmagórica.

Llegamos después de anochecer y todos salen a darnos la bienvenida con los faroles en alto.

Me dejo caer de *Mary* y me arrastro hasta la puerta de nuestro dormitorio. Es difícil caminar porque el barro posee la particularidad de adherirse a los pies en vastas tortitas tan pesadas que apenas puedes levantarlos.

Aparentemente nadie esperaba que regresáramos, y las felicitaciones y *El hamdu lillahs* son vociferantes.

Las tortitas de mis pies me dan risa. Es exactamente la sensación que se tiene en un sueño.

Hamoudi también ríe y dice a Max:

—Es muy bueno tener a la Jatun con nosotros. ¡Todo le hace gracia!

Ya está todo arreglado. Se ha celebrado una solemne reunión entre Max, el jeque y el funcionario militar francés de los *Services Spéciaux* a cargo del distrito. El arriendo de la casa, la indemnización, las obligaciones de cada una de las partes… todo ha sido consignado por escrito. El jeque dice alternativamente que todo lo que tiene es de Max y sugiere que considera correcto recibir alrededor de mil libras en oro.

Finalmente se marcha decepcionado, pues evidentemente había albergado alocados sueños de opulencia. Sin embargo, encuentra consuelo en una cláusula del contrato que estipula que la casa construida para la expedición pasará a él cuando sus ocupantes la dejen. Le brillan los ojos y menea apreciativamente su poblada barba roja teñida con henna.

— *tout de même un brave homme*
C'est
—dice el capitán francés cuando el jeque sale. Se encoge de hombros—. *Il pas le sou comme tout ces gens là!*
n'a

Las negociaciones para el alquiler de la casa de Amuda se complican por el hecho —que acaba de salir a la luz— de que en lugar de ser una casa, tal como imaginábamos, parece que son seis. Y como las seis casas están habitadas por once familias, las complicaciones aumentan. El sacerdote armenio es, meramente, el portavoz de los diversos inquilinos.

Por último se llega a un acuerdo. En una fecha determinada, las «casas» estarán desocupadas y el interior será blanqueado con dos capas de cal.

De modo que todo ha sido acordado. Ahora sólo falta organizar el viaje de retorno a la costa. Los vehículos intentarán llegar a Alepo vía Ras al Ain y Garabulus. Son unos trescientos veinte kilómetros y habrá que atravesar muchos uadi en las primeras

etapas del trayecto, pero con suerte lo lograremos en dos días. Claro que en diciembre las condiciones meteorológicas están condenadas a empeorar. ¿Qué hará la Jatun?

Con total ausencia de nobleza, la Jatun se decide por un Wagon Lit. De modo que el taxi me lleva a una extraña estación muy pequeña; poco después llega un inmenso e importante coche cama azul detrás de una gran locomotora humeante. Se asoma un revisor con uniforme de color chocolate. Se sube el equipaje de Madame, la Madame propiamente dicha es izada con dificultad hasta el alto escalón desde la vía férrea.

—Creo que tu decisión ha sido sensata; está empezando a llover —dice Max.

Ambos gritamos: «Nos veremos en Alepo». El tren arranca. Sigo al revisor por el pasillo. El hombre abre la puerta de mi compartimento. La cama está hecha.

Aquí encuentro, una vez más, la civilización. *Le camping* ha terminado. El revisor coge mi pasaporte, me trae una botella de agua mineral y dice:

—Llegaremos a Alepo a las seis de la mañana. *Bonne nuit, madame*.

¡Lo mismo que si fuera de París a la Costa Azul!

No sé por qué, pero resulta extraño encontrar un Wagon Lit aquí, tan lejos de todo…

¡Alepo!

¡Tiendas! ¡Un cuarto de baño! ¡Una cabeza lavada con champú! Amigos para ver.

Cuando Max y Mac llegan, tres días después, colmados de barro y cargados de cantidades de avutardas cazadas *en route*, los recibo con la arrogancia de quien ha vuelto a acostumbrarse al lujo.

Han vivido muchas peripecias en el camino. El tiempo era pésimo y me alegro de haber elegido lo mejor.

Parece que el cocinero exigió su carta de recomendación como chófer cuando le pagaron, y Max, antes de cometer perjurio, le ordenó que diera una vuelta con *Mary* por el recinto.

'Isa ocupó de un salto el asiento del conductor, arrancó el motor, puso la marcha atrás y chocó con la tapia, derribando una buena parte. ¡Se sintió profundamente herido cuando Max se negó a recomendarlo como chófer! Finalmente se redactó un testimonio en

el que Max declaraba que 'Isa había sido cocinero nuestro durante tres meses y que nos había prestado servicios de utilidad con el coche.

Una vez más a Beirut y a despedirnos de Mac.

Nosotros pasaremos el invierno en Egipto. Mac irá a Palestina.

Primera temporada en Chagar Bazar

Cuando volvemos a Beirut ya es primavera. Lo primero que vemos en el muelle es la figura de Mac, pero un Mac transformado.

¡Sonríe de oreja a oreja! ¡Sin duda alguna está contento de vernos! Hasta ahora no sabíamos si le gustábamos o no. Siempre ocultó sus sentimientos detrás de una máscara de amable impasibilidad. Pero ahora es evidente que para él ésta es una reunión con amigos. ¡No tengo palabras para expresar lo cálido que es nuestro encuentro! A partir de ese momento se desvanece mi nerviosismo con Mac. Hasta le pregunto si todos los días, desde que nos separamos, se ha sentado en la manta escocesa para escribir su diario.

—Naturalmente —responde, dando la impresión de estar ligeramente sorprendido.

Desde Beirut vamos a Alepo, donde cumplimos la habitual rutina de acopiar provisiones, etc. Hemos contratado a un chófer para *Mary*… aunque esta vez no se trata de uno «económico» recogido en el puerto, sino de un armenio alto y de expresión preocupada que, al menos, tiene algunas cartas de recomendación en cuanto a su honradez y capacidad. En otros tiempos ha trabajado para unos ingenieros alemanes y a primera vista su principal defecto es la voz, que presenta cierta tendencia a ser un quejido chillón e irritante. Sin embargo, es indudable que será un progreso con respecto al subhumano Abdullah. Tras interrogar acerca de Aristide, con quien nos habría gustado volver a contar, nos informan que ahora está orgullosamente «al servicio del Gobierno». ¡Conduce un carro de riego callejero en Dair-az-Zor!

Llega la fecha decisiva y avanzamos hacia Amuda en dos tandas. Hamoudi y Mac con *Mary* (ahora privada de sus honores reales y rebautizada *Blue Mary*, ya que ha recibido una capa de pintura azul algo lívida), llegarán antes para cerciorarse de que todo está preparado para nuestra recepción. Max y yo nos trasladamos ostentosamente en tren hasta Qamisliya, donde pasamos el día haciendo las negociaciones necesarias con las autoridades militares francesas. Hacia las cuatro de la tarde salimos de Qamisliya en dirección a Amuda.

A nuestra llegada se evidencia que las cosas no han ido tal como estaba previsto. Se respira un aire de confusión cargado de ruidosas querellas y recriminaciones. Hamoudi parece aturdido y Mac muestra una expresión estoica.

En seguida nos enteramos de lo acontecido.

La casa alquilada, que debía estar desocupada, limpia y blanqueada hace una semana, estaba sin encalar, mugrienta y poblada por siete familias armenias cuando llegaron Hamoudi y Mac.

Lo que podía hacerse en veinticuatro horas se ha hecho, pero el resultado no es alentador.

Hamoudi, bien asimilada ya la doctrina esencial de que la comodidad de las Jatuns es lo primero, ha empleado todas sus energías en dejar una habitación libre de armenios y ganado, y encalar presurosamente las paredes. Allí instalaron dos catres de tijera, uno para Max y otro para mí. El resto de la casa sigue siendo un caos y saco la conclusión de que Hamoudi y Mac han pasado una noche de incomodidades.

Pero ahora todo irá bien, nos asegura Hamoudi con su acostumbrada sonrisa irresistible.

Afortunadamente, el litigio y las recriminaciones que ahora intercambian las familias armenias y el sacerdote que era su portavoz, no son de nuestra incumbencia, y Max los apremia para que se vayan a pelear a otro sitio.

Mujeres, niños, aves de corral, gatos, perros —llorando, gimiendo, gritando, chillando, insultando, rezando, riendo, maullando, cloqueando y ladrando—, abandonan lentamente el recinto a la manera de gran *finale* de una ópera.

Deducimos que medio mundo ha engatusado al otro medio. El

embrollo financiero es total y las airadas pasiones despertadas entre hermanos, hermanas, cuñados, primos y abuelos son demasiado intrincadas para su comprensión. Sin embargo, en medio del caos, nuestro cocinero (un nuevo cocinero, Dimitri) sigue preparando tranquilamente la comida de la noche. Cenamos con fruición y después nos vamos a acostar molidos.

¡A acostarnos… pero no a descansar! Nunca he experimentado un asco exagerado por los ratones. Algún ratón suelto en un dormitorio me ha traído sin cuidado, e incluso en una ocasión llegué a sentir bastante afecto por un intruso persistente al que me dirigía cariñosamente (aunque desconocía su sexo) con el nombre de Elsie.

Pero nuestra primera noche en Amuda es una experiencia que jamás olvidaré.

Nada más apagar las lámparas emergen veintenas de ratones —creo que centenas— de los orificios de las paredes y el suelo. Corretean alegremente por nuestras camas sin dejar de chillar. Ratones en la cara, ratones que te tironean del pelo… ¡ratones! ¡Ratones! ¡

RATONES

…!

Enciendo una linterna. ¡Horripilante! ¡Por las paredes se arrastran miríadas de animalejos cucarachoides de color claro! ¡Un ratón está sentado al pie de mi cama, atusándose los bigotes!

¡Todo tipo de inmundos bicharracos circulan por los cuatro costados!

Max murmura unas palabras tranquilizadoras.

Duérmete, dice. En cuanto estés dormida, estas cosas dejarán de preocuparte.

Excelente consejo, aunque nada fácil de seguir. Primero es necesario conciliar el sueño, y con los ratones haciendo ejercicios saludables en el campo deportivo de mi cuerpo, es casi imposible. O es imposible para mí. ¡Max lo hace de maravilla!

Me empeño en dominar el encogimiento de la carne. Duermo un rato, pero los piececillos que recorren mi cara logran despertarme. Enciendo la linterna. Las cucarachas se han multiplicado y una colosal araña negra desciende hacia mí desde el techo.

Así avanza la noche y debo confesar, avergonzada, que a las dos

de la madrugada me pongo histérica. Por la mañana, declaro, iré a esperar el tren a Qamisliya, desde donde regresaré directamente a Alepo. ¡Y desde Alepo regresaré directamente a Inglaterra! ¡No puedo soportar esta vida! ¡No la soportaré! ¡Regresaré *a casa*!

Max maneja magistralmente la situación. Se levanta, abre la puerta, llama a Hamoudi.

Cinco minutos más tarde nuestros catres han sido arrastrados al patio. Durante un rato contemplo el pacífico firmamento iluminado por las estrellas. El aire es fresco y sereno. Me vence el sueño. Imagino que Max suspira aliviado antes de quedarse dormido.

A la mañana siguiente, Max me pregunta, ansioso, si realmente volveré a Alepo.

Me ruborizo al recordar mi acceso histérico. No, respondo; no lo haría por nada del mundo. ¡Pero seguiré durmiendo en el patio!

Hamoudi explica tranquilizadoramente que en breve todo estará como corresponde. Están tapando los agujeros del dormitorio con yeso. Aplicarán más manos de cal. Y además vendrá el gato que ha pedido prestado. Un super felino… un gato muy profesional.

¿Cómo pasó la noche usted?, le pregunto a Mac cuando llega con Hamoudi. ¿Corrieron patitas sobre su cuerpo todo el tiempo?

—Supongo que sí —dice Mac, sereno como siempre—, pero estaba dormido.

¡Maravilloso Mac!

Nuestro gato llega a la hora de cenar. Nunca olvidaré a ese animal. Es, tal como ha anunciado Hamoudi, un gato muy profesional. Conoce al dedillo el trabajo para el que ha sido contratado y se pone manos a la obra de una manera realmente especializada.

Mientras cenamos, tiende la emboscada agazapado detrás de una caja de cartón. Cuando hablamos o nos movemos, o hacemos demasiado ruido, nos dedica una mirada de impaciencia.

«Debo solicitar que no alborotéis», parece decir su mirada. «¿Cómo haré para cumplir con mi trabajo si no cooperáis?».

Su expresión es tan feroz que obedecemos al instante; hablamos en susurros, comemos sin rozar los platos ni los vasos.

Cinco veces durante la comida aparece un ratón y corre por el suelo; cinco veces nuestro gato salta como un resorte. La secuela es inmediata. Nada de coqueteos occidentales ni de juegos con la víctima. El gato se limita a arrancarle la cabeza de un mordisco, la tritura y prosigue con el resto del cuerpo. Es un trabajo más bien horrendo, metódico y eficaz.

El gato se queda cinco días con nosotros. Después no aparecen más ratones. Entonces el gato se marcha y jamás vuelven los ratones. Ni antes ni después he conocido un gato tan profesional. No mostró el menor interés por nosotros, nunca pidió leche ni un bocado de nuestra comida. Era una bestia fría, científica e impersonal. ¡Un gato consumado!

Ahora estamos instalados. Las paredes han sido blanqueadas, la puerta y los alféizares de las ventanas pintados, un carpintero y sus cuatro hijos se han establecido en el patio y hacen nuestros muebles a pedido.

—Mesas —dice Max—, sobre todo *mesas*. Nunca serán demasiadas. Solicito una cómoda y Max me autoriza, amablemente, a pedir un guardarropa con perchas.

Después los carpinteros se dedican a hacernos mesas; mesas en las que desparramar nuestra alfarería, una mesa de dibujo para Mac, una mesa para comer, una mesa para mi máquina de escribir…

Mac dibuja un toallero y los carpinteros emprenden la tarea. El anciano lo lleva orgulloso a mi cuarto en cuanto está listo. Parece distinto al dibujo de Mac y cuando el carpintero lo deja en el suelo comprendo por qué. Tiene unas patas colosales, grandes patas curvadas en espiral. Sobresalen tanto que, lo pongas donde lo pongas, tropiezas con ellas.

Digo a Max que le pregunte por qué ha hecho esas patas en lugar de atenerse al diseño presentado.

El anciano nos dedica una mirada que es pura dignidad.

—Las hice así para que fueran hermosas —dice—. ¡Quería que fuesen una expresión de belleza!

Para esta apelación del artista no puede haber respuesta. Inclino la cabeza y me resigno a tropezar con esas horribles patas durante

toda la temporada.

Afuera, en el extremo más alejado del patio, unos albañiles me están fabricando un retrete de ladrillo-adobe.

Esa noche, durante la cena, pregunto a Mac cuál ha sido su primer trabajo arquitectónico.

—Éste es mi primer trabajo arquitectónico *práctico* —replica—. ¡Su retrete!

Suspira tristemente y lo comprendo. Sospecho que la pieza no hará muy buen papel en las memorias de Mac, si llega a escribirlas.

Los sueños en ciernes de un joven arquitecto no deberían encontrar su primera expresión en un retrete de ladrillo-adobe para la mujer de su jefe.

Hoy vienen a tomar el té el Capitaine Le Boiteux y dos monjas francesas. Les damos la bienvenida en la aldea y los llevamos a casa. Altaneramente dispuesto delante de la puerta está el último logro del carpintero… ¡la taza del retrete!

Ahora la casa está organizada. La estancia que ocupamos el primer día, y que sigue plagada de cucarachas por la noche, es el salón de dibujo. Aquí Mac puede trabajar en solitario, libre de todo contacto humano. ¡De todas formas no se inmuta con las cucarachas!

Al lado está el comedor. Más allá la sala *antika*, donde almacenaremos nuestros hallazgos, repararemos la cerámica, y donde serán seleccionados, clasificados y etiquetados los objetos. (¡Está llena de mesas!). Después sigue un pequeño despacho-cuarto de estar, donde reposa mi máquina de escribir y se ponen las tumbonas. En la que era vivienda del sacerdote hay tres dormitorios… exentos de ratones (gracias a nuestro gato), exentos de cucarachas (¿gracias a las copiosas manos de cal?), y lamentablemente *no* exentos de pulgas.

Sufrimos bastante a causa de las pulgas. Es un insecto de abundante vitalidad, que parece tener una vida milagrosamente protegida. Prolifera con Keatings, con Flit, o con cualquier otro tipo de insecticida. Las camas untadas con fénico, meramente estimulan a las pulgas a un mayor despligue atlético. No se trata de las picaduras, explico a Mac. Lo que te agota es su infatigable energía, sus interminables carreras de saltos alrededor de tu cintura.

Imposible dormir cuando las pulgas practican sus deportes nocturnos alrededor de tu cuerpo.

Max padece más que yo. ¡Un día descubro y mato ciento siete pulgas en la cinturilla de su pijama! Dice que las pulgas son enervantes. Da la impresión de que yo sólo recibo las pulgas sobrantes, aquellas que han sido incapaces de fijar su residencia en Max. ¡Las mías son de segunda categoría, inferiores, inadecuadas para los saltos de altura!

Parece que Mac no tiene *ninguna*. Una verdadera injusticia. ¡Evidentemente Mac no les atrae como campo deportivo!

La vida se normaliza en su rutina acostumbrada. Todas las mañanas Max sale hacia la colina al amanecer. Casi todos los días voy con él, aunque a veces me quedo en casa para ocuparme de otras cosas; por ejemplo, reparar cacharros de cerámica y otros objetos, etiquetar, y en ocasiones ejercer mi propio oficio en la máquina de escribir. Mac también se queda en casa dos días por semana, trabajando en el salón de dibujo.

Cuando voy al montículo el día se hace largo, aunque no demasiado si el tiempo es bueno. Hace frío hasta que el sol está bien alto, pero más tarde todo es encantador. Brotan flores por doquier, sobre todo unas pequeñas anémonas rojas, como incorrectamente las llamo (creo que el término correcto es ranúnculo).

Max ha traído un núcleo de trabajadores de Garabulus, el pueblo de Hamoudi. Sus dos hijos, al terminar la temporada de trabajo en Ur, han venido con nosotros. Yahya, el mayor, es alto, y de sonrisa amplia y alegre. Como un perro amistoso. Alawi, el más joven, es bien parecido y probablemente el más inteligente de los dos. Pero tiene el genio vivo y a veces provoca camorras. Un primo de bastante edad, Abd es Salaam, también es capataz. Hamoudi, después de ponernos en funcionamiento, ha de volver a su hogar.

Una vez que los forasteros de Garabulus han emprendido la labor, los trabajadores lugareños se apresuran a alistarse. Los hombres de la aldea del jeque ya han empezado a trabajar. Ahora comienzan a llegar, de a uno o de a dos, hombres de las poblaciones circundantes. Hay curdos, hombres del otro lado de la frontera con

Turquía, algunos armenios y unos pocos yazidís (llamados adoradores del demonio), seres mansos y de aspecto melancólico, propensos a que los demás los transformen en víctimas.

El sistema es simple. Los hombres están organizados en cuadrillas. Los que tienen experiencia previa en la excavación, y los que parecen inteligentes y rápidos para aprender, son elegidos como «piqueros» (o *qasmagi*). Hombres, muchachos y niños cobran el mismo salario. Además (algo muy apreciado por los orientales) hay propinas. Es decir, un pequeño pago en efectivo por cada objeto hallado.

El piquero de cada cuadrilla es quien tiene más probabilidades de encontrar objetos. En cuanto se demarca su terreno, empieza a trabajar con el pico. Detrás va el «palero». Con su pala, éste arroja la tierra en canastas, que tres o cuatro «canasteros» trasladan a un punto señalado como vertedero. A medida que vuelcan la tierra, la registran en busca de cualquier objeto que se les hubiera pasado por alto al *qasmagi* y al palero, y como suelen ser críos de mirada penetrante, con no poca frecuencia descubren pequeños amuletos o abalorios que representan para ellos una buena recompensa. Sujetan los hallazgos a sus andrajos y los presentan al final de la jornada. En ocasiones muestran un objeto a Max, y con su respuesta («guárdalo, o *Shiluh*, tíralo»), queda sellado su destino. Esto se aplica los objetos pequeños: amuletos, fragmentos de cerámica, abalorios, etc. Si se descubre un grupo de vasijas en condiciones, o los huesos de un sepulcro, o vestigios de tapiales de ladrillo-adobe, el capataz de la cuadrilla llama a Max y se procede con el cuidado debido. Max o Mac raspan minuciosamente en torno al grupo de vasijas —o a la daga o lo que sea— con un cuchillo, despejan la tierra, soplan el polvo suelto. Antes de retirarlo, fotografían el hallazgo y lo dibujan a grandes rasgos en un cuaderno.

Cuando aparecen indicios de edificios, se trata también de una situación delicada que exige la presencia de un especialista. En general el capataz coge personalmente el pico y sigue atentamente los ladrillos-adobe, pero un piquero inteligente, aunque hasta entonces inexperto, aprende en breve el arte de rastrear el ladrillo-adobe, y pronto, mientras excava, le oyes decir con tono confiado «*Hacha libn*» («Esto es ladrillo-adobe»).

En líneas generales nuestros trabajadores armenios son los más

inteligentes. El inconveniente es su actitud provocadora: siempre logran exacerbar los ánimos de curdos y árabes. Las rencillas son casi constantes. Todos nuestros trabajadores son irascibles y todos llevan consigo sus medios de expresión: grandes cuchillos, cachiporras y una especie de mazo o clava. Enfurecidos personajes se abren cortes en la cabeza y se enzarzan entre sí en feroces riñas, se despedazan, mientras Max proclama a voz en grito las reglas de la excavación. ¡El que pelee será multado!

—Dirimid vuestras disputas fuera de las horas de trabajo. Aquí no puede haber pendencias. ¡En el trabajo soy vuestro padre y debéis hacer lo que os dice vuestro padre! ¡Tampoco quiero conocer las causas de las disputas, pues de lo contrario no haría otra cosa en todo el día! Hacen falta dos para pelear y todos los que se enfrenten serán multados por igual.

Los hombres escuchan, mueven la cabeza afirmativamente.

—Es verdad. ¡Él es nuestro padre! Aquí no puede haber peleas porque podría destruirse algo de valor y buen precio.

De todos modos siguen peleando. Por reincidir en ello se expulsa a uno de los hombres.

Aunque esto, diría yo, no significa el despido permanente. A veces echan a un hombre por un par de días; incluso cuando lo despiden definitivamente, suele reaparecer después del día de pago solicitando que lo admitan para el siguiente turno.

El día de pago se ha fijado, tras algunos experimentos, después de un período de diez días. Algunos trabajadores vienen de aldeas bastante distantes y se traen la comida. Ésta (un saco de harina y unas cuantas cebollas) suele agotarse en ese plazo y el hombre pide permiso para volver a su pueblo, pues se le han terminado los víveres. Descubrimos una enorme desventaja: los hombres no trabajan regularmente. En cuanto se les paga, abandonan la excavación: «Ahora tengo dinero, ¿para qué voy a seguir trabajando? Iré a casa». Una quincena después, gastado el dinero, el hombre regresa y solicita que vuelvan a admitirle. Desde nuestra perspectiva es un incordio, ya que una cuadrilla que se ha acostumbrado a trabajar en equipo es mucho más eficaz que un grupo nuevo.

Los franceses han resuelto a su estilo esta cuestión, que les creó grandes dificultades cuando estaba en plena marcha el trabajo del

ferrocarril. Retenían permanentemente la mitad de la paga de sus trabajadores, lo que les aseguraba el trabajo constante. El teniente aconsejó a Max que adoptara este sistema, pero lo debatimos entre nosotros y decidimos no hacerlo, dado que desde el punto de vista de Max se trata de algo básicamente injusto. Estos hombres se ganaban el dinero y tenían derecho a que se les pagara en su totalidad. En consecuencia, tuvimos que aguantar las constantes idas y venidas, lo que también representa más trabajo que el registro de jornales, ya que es necesario revisarlo y alterarlo a cada momento.

Llegamos a la colina a las seis y media de la mañana, de modo que es necesario hacer un alto para desayunar a las ocho y media. Comemos huevos duros con hojas de pan árabe; Michel (el chófer) trae té caliente, y bebemos en tazones esmaltados, sentados en lo alto del montículo; el sol es placenteramente cálido y las sombras matinales vuelven el paisaje increíblemente encantador, con las montañas azules de Turquía al norte y brotes de minúsculas flores rojas y amarillas en torno. El aire es deliciosamente fresco. Se trata de uno de esos momentos en los que da gusto estar vivo. Los capataces sonríen contentos; se acercan unos críos que conducen vacas y nos observan tímidamente. Van vestidos con harapos insospechados y muestran sus brillantes dientes blancos al sonreír. Pienso en lo dichosos que parecen y en lo agradable que es la vida; como en los cuentos de hadas de antaño, deambulan por las colinas reuniendo el ganado, a veces se sientan y cantan.

A esta hora, los supuestamente afortunados niños de tierras europeas salen hacia las aulas atestadas donde respiran un aire impuro, se sientan en bancos o pupitres, luchan afanosamente con las letras del alfabeto, prestan atención a un maestro, escriben con los dedos atenazados. Me pregunto si algún día, dentro de cien años o más, diremos escandalizados: «En *aquellos* tiempos obligaban a los pobres chiquillos a ir a la *escuela*, a encerrarse en el interior de unos edificios y sentarse en pupitres durante *horas enteras*. ¡No es terrible pensarlo! ¡*Niños* pequeños!».

Regreso de esa visión del porvenir. Sonrío a una chiquilla que lleva la frente tatuada y le ofrezco un huevo duro.

Instantáneamente menea la cabeza alarmada y se aleja deprisa. Comprendo que he cometido una inconveniencia.

Los capataces hacen sonar sus silbatos. Vuelta al trabajo. Paseo lentamente alrededor de la elevación y hago una pausa de vez en cuando para observar diversos procesos del trabajo. Siempre abrigo la esperanza de encontrarme donde corresponde en el momento en que aparezca un hallazgo interesante. ¡Por supuesto, nunca lo logro! Esperanzada, permanezco veinte minutos apoyada en mi bastón taburete viendo trabajar a Mohammed Hassan y su cuadrilla; paso a la de 'Isa Daoud y más tarde me entero de que el descubrimiento del día —una maravillosa vasija de cerámica tallada— se hizo en cuanto cambié de posición.

También me aplico a otra tarea. No les quito ojo de encima a los canasteros, pues los más holgazanes, cuando llevan sus canastas al vertedero, no vuelven enseguida. Se sientan al sol para revisar la tierra de sus canastas y a menudo pasan un cómodo cuarto de hora así. ¡Más censurable aún, algunos se hacen un ovillo encima del vertedero y se echan un sueñecito!

Hacia el final de la semana, en mi papel de espía, presento mi informe.

—Aquel pequeñín, el del tocado amarillo, es de primera; no afloja un solo instante. Yo despediría a Salah Hassan, que siempre está haciendo la siesta sobre el vertedero. Abdul Aziz es bastante gandul, lo mismo que el de la chaqueta azul hecha jirones.

Max coincide con respecto a Salah Hassan, pero dice que Abdul Aziz tiene ojos de lince y que nunca se le escapa nada.

De vez en cuando, en el curso de la mañana, si se acerca Max, brota un arrebato de energía totalmente ficticio. Todos gritan «*Yallah!*», cantan, danzan. Los canasteros van y vuelven jadeantes del vertedero, arrojan sus canastas vacías al aire, chillan y ríen. Luego todo se apaga y las cosas van más lentamente aun que antes.

Los capataces siguen gritando estimulantes «*Yallah!*» y una especie de fórmula sarcástica que posiblemente ha perdido sentido por la repetición constante.

—¡Por la forma en que os movéis parecéis viejas! ¿No sois hombres? ¡Qué lentitud! ¡Como vacas derrumbadas!

Me alejo del trabajo y rodeo el extremo opuesto del montículo. Aquí, de cara al norte, mirando hacia la cadena de montañas azules, me siento entre las flores y entro en un placentero estado de coma.

Un grupo de mujeres avanza hacia mí desde cierta distancia. Por

su colorido variopinto tienen que ser curdas. Trajinan arrancando raíces y recogiendo hojas caídas.

Avanzan en línea recta. Ahora están sentadas a mi alrededor, formando un círculo.

Las mujeres curdas son alegres y guapas. Usan colores brillantes. Llevan turbantes anaranjados, su indumentaria es verde y morada y amarilla. Altas, la cabeza erguida sobre los hombros, la figura echada para atrás: siempre parecen arrogantes. Tienen la tez bronceada, las facciones regulares, mejillas rojas y, en general, ojos azules.

Casi todos los hombres curdos muestran un notable parecido con una foto coloreada de lord Kitchener que estaba en mi cuarto de juegos infantiles. El rostro rojo ladrillo, el bigotazo castaño, los ojos azules, el porte fiero y marcial.

Por aquí hay aproximadamente igual número de aldeas curdas y aldeas árabes. Hacen la misma vida y profesan la misma religión, pero ni un solo instante confundiría a una curda con una árabe. Las mujeres árabes son variablemente recatadas y reservadas; vuelven la cara cuando les hablas, si te miran lo hacen desde cierta distancia. Cuando sonríen, se cohíben y desvían la mirada. En su mayoría se visten de negro o de colores oscuros. ¡Y a ninguna mujer árabe se le ocurriría dirigirle la palabra a un hombre! Las curdas no tienen ninguna duda de que valen tanto como cualquier hombre o más. Salen de sus casas y bromean con cualquier hombre, se pasan el día entero en medio de la mayor cordialidad. No le hacen ascos a tiranizar a sus maridos. Nuestros trabajadores de Garabulus, poco acostumbrados al trato con los curdos, están profundamente impresionados:

—¡Nunca pensé que oiría a una mujer respetable dirigirse a su marido de esa manera! —exclama uno—. Lo cierto es que yo no sabía a dónde mirar.

Mis curdas de esta mañana me examinan con sincero interés e intercambian entre sí comentarios chuscos. Son muy simpáticas, me señalan y ríen, hacen preguntas, suspiran y agitan la cabeza golpetéandose los labios.

Evidentemente están diciendo: «¡Qué lástima que no podamos entendernos!». Cogen un pliegue de mi falda y lo observan con interés, me tironean de la manga. Señalan la colina. ¿Soy la mujer

del Khwaja? Asiento. Me bombardean a preguntas y sueltan una carcajada al comprender que no obtendrán respuesta. ¡Sin duda quieren saberlo todo acerca de mis hijos y mis abortos!

Intentan explicarme lo que hacen con las hierbas y plantas que están recogiendo. ¡Ah, pero eso no sirve!

Otro ataque de risa. Se levantan, sonríen, inclinan la cabeza y echan a andar, hablando y riendo. Se asemejan a grandes flores de alegres colores…

Viven en casuchas de adobe, y quizá con unos pocos cacharros de cocina por toda posesión, pero su risa y su alegría son instantáneas. Consideran buena la vida, con cierto sabor rabelaisiano. Son bellas, apasionadas, joviales.

La chiquilla árabe pasa con las vacas. Sonríe tímidamente y de inmediato desvía la mirada.

A lo lejos oigo el silbato del capataz, *Fidos!* Son las doce y media… interrupción de una hora para almorzar.

Desando el camino hasta donde me esperan Max y Mac. Michel está disponiendo el almuerzo que ha empaquetado Dimitri. Comemos tajadas de cordero frío, más huevos duros, hojas de pan árabe y queso; el queso autóctono para Max y Mac: de cabra, muy sazonado, de color gris opaco y con pelillos. Para mí, la sofisticada variedad de gruyère sintético, envuelto en papel plateado dentro de su caja de cartón redonda. Max lo mira despectivamente. Después de la comida hay naranjas y té caliente en tazones esmaltados.

Luego vamos a ver el solar de nuestra casa.

Está emplazado unos cien metros más allá de la aldea y la casa del jeque, al sureste del montículo. La disposición de la casa ha sido trazada en el terreno; dudosa, le pregunto a Mac si las habitaciones no son muy pequeñas. La cuestión le parece divertida y me explica que mi impresión se debe al efecto del espacio abierto que la rodea. La vivienda tendrá una cúpula central; contará con una gran sala de estar y de trabajo en el medio, que dará paso a dos habitaciones a cada lado. Las dependencias de cocina estarán separadas. En la estructura principal podemos agregar habitaciones si la excavación se prolonga y las necesitamos.

Haremos prospecciones para un pozo nuevo no muy lejos de la casa, para no depender del agua del jeque. Max selecciona el lugar y vuelve al trabajo.

Me quedo un rato observando a Mac, que indica lo que debe hacerse por medio de gestos, movimientos de cabeza, silbidos… ¡todo excepto la palabra hablada!

Alrededor de las cuatro Max empieza a recorrer las cuadrillas y gratificar a los hombres. A medida que se acerca a cada uno, interrumpen lo que están haciendo, se ponen en fila y muestran los pequeños hallazgos del día. ¡Un canastero muy emprendedor ha limpiado su hallazgo con saliva!

Max abre su enorme cuaderno e inicia las operaciones.

—¿Qasmagi?

—Hassan Mohammed.

¿Qué ha encontrado Hassan Mohammed? Media vasija grande y rota, muchos fragmentos de alfarería, un cuchillo de hueso, uno o dos trozos de cobre.

Max revuelve la colección, tira despiadadamente lo que es basura —en general las cosas que han despertado las máximas esperanzas del piquero—, guarda los utensilios de hueso en una de las cajas pequeñas que lleva Michel, y los abalorios en otro, los fragmentos de cerámica van a parar a una de las canastas grandes que carga un niño pequeño.

Max anuncia el precio: dos peniques y medio, tal vez cuatro; lo consigna en el libro. Hassan Mohammed repite la suma en voz alta, almacenándola en su espaciosa memoria.

Al final de la semana nos espera un verdadero engorro aritmético. Cuando se han sumado las cifras diarias y añadido el jornal de cada día, se paga el total. ¡Generalmente el que cobra sabe con exactitud lo que ha de recibir! En algunas ocasiones dirá: «No es bastante… faltan doce peniques». Y con la misma frecuencia: «Me has dado demasiado; me debes cuatro peniques menos». Rara vez se equivocan. Alguna vez surgen errores debido a la similitud de sus nombres. Suele haber tres o cuatro Daoud Mohammed, a los que hay que diferenciar como Daoud Mohammed Ibraham o Daoud Mohammed Suliman.

Max pasa al siguiente.

—¿Tu nombre?

—Ahmad Mohammed.

No es mucho lo que tiene Ahmad Mohammed. En realidad, nada de lo que queremos; pero hay que estimularlos, por reducida que

sea la cifra, de modo que Max escoge unos fragmentos de cerámica, los arroja en la canasta y anuncia dos cuartos de penique.

Ahora, los canasteros. Ibrahim Daoud tiene un objeto muy atractivo que sólo resulta ser, ay, un fragmento de una pipa árabe tallada. Detrás va el pequeño Abdul Jehar ofertando, indeciso, unos diminutos abalorios y otro objeto que Max le arrebata con mirada de aprobación. Un sello cilíndrico, intacto, y de un período apreciado: un hallazgo auténticamente feliz. El pequeño Abdul es alabado y Max apunta cinco francos debajo de su nombre. Se oye un murmullo de emoción.

No hay duda de que para los trabajadores —todos ellos jugadores por naturaleza—, la incertidumbre del negocio es su principal atracción. ¡Y asombrosamente, de vez en cuando una racha de suerte acompaña a algunas cuadrillas! A veces, cuando se empieza a abrir un nuevo terreno Max dice: «Pondré a Ibrahim y su cuadrilla en este muro exterior; recientemente han encontrado muchas cosas. Y últimamente el pobre Rainy George no ha tenido suerte. Le adjudicaré un buen lugar».

¡Pero he aquí el resultado! En el terreno de Ibrahim, las casas del barrio más pobre de la antigua ciudad, aparece inmediatamente en una *cache* una vasija de terracota que contiene un montón de pendientes de oro, la dote, tal vez, de una hija de tiempos remotos. ¡Y aumenta la propina de Ibrahim! Rainy George excava la prometedora zona de un cementerio, en la que deberían abundar los hallazgos, pero los enterramientos son inexplicablemente escasos.

Los hombres que han sido gratificados reanudan el trabajo de manera poco metódica. Max sigue la ronda hasta llegar a la última cuadrilla.

Falta media hora para el crepúsculo. Suena el silbato. Todos gritan, «*Fidos! Fidos!*». Arrojan las canastas al aire, las recogen, corren con ímpetu colina abajo, chillando y riendo.

Ha pasado otra jornada. Los que vienen de aldeas que están a tres o cuatro kilómetros de distancia inician la caminata. Nuestros hallazgos, en sus canastas y cajas, son bajados y guardados con gran cuidado en el interior de *Mary*. Unos pocos trabajadores, cuyas casas están en nuestra ruta, trepan al techo del camión. Nos ponemos en camino. Ha transcurrido otro día.

Por una curiosa coincidencia, el pozo que hemos empezado a cavar resulta estar en el punto exacto en el que en la Antigüedad había un pozo. El hallazgo provoca un efecto tan resonante que unos días más tarde cinco caballeros solemnes y barbados aguardan a Max al pie de la colina.

Han venido desde sus aldeas, explican, que están a muchos kilómetros de distancia. Necesitan más agua. El Khwaja sabe dónde se esconden los pozos… esos pozos que tenían los romanos. Si les indica cuáles son esos lugares, le estarán eternamente agradecidos.

Max dice que tropezamos con el sitio donde antiguamente había un pozo por pura casualidad.

Los graves caballeros sonríen amablemente aunque incrédulos.

—Tienes gran sabiduría, Khwaja; eso es sabido. Los secretos de la antigüedad son para ti un libro abierto. Dónde estaban las ciudades, dónde había pozos, todas esas cosas sabes. Por tanto, indícanos los lugares acertados para excavar y recibirás obsequios.

No creen en las protestas de Max. Más bien lo miran como a un mago que guarda celosamente sus secretos. Sabe, murmuran, pero no quiere decirlo.

—¡Ojalá no hubiéramos dado con ese maldito pozo romano! —dice Max tristemente—. Me está causando infinitos sinsabores.

Surgen complicaciones cuando hay que pagar a los hombres. La moneda oficial del país es el franco francés. Pero en estos parajes el mejidi turco ha estado en uso tanto tiempo que los habitantes conservadores no consideran satisfactoria ninguna otra divisa. Los bazares comercian con esta moneda, pero los bancos no. Nuestros hombres se niegan de plano a que se les pague en otra moneda que no sea el mejidi.

Por consiguiente, una vez obtenida la moneda oficial en el banco, despachamos a Michel a los bazares para que la cambie por la moneda ilegal que es el *effectif* local.

El mejidi es una moneda grande y pesada. Michel llega con bandejas llenas, puñados, montones. Vuelca todo sobre la mesa. ¡Las monedas están sucias y huelen a ajo!

Antes del día de pago pasamos noches de pesadilla contando mejidis, casi asfixiados por el olor.

En muchos sentidos, Michel no tiene precio. Es honesto, puntual, sumamente escrupuloso. Aunque no sabe leer ni escribir, es capaz

de llevar las cuentas más complicadas en su cabeza; vuelve del mercado con una larga serie de compras, a veces hasta treinta artículos distintos, recitando el precio de cada uno y devolviendo el cambio exacto. Nunca comete un error de contabilidad.

Por otro lado, es exageradamente autoritario, exageradamente pendenciero con los mahometanos, muy obstinado, y tiene una mano desafortunadamente pesada con la maquinaria. *Forca!* dice con los ojos brillantes, e inmediatamente se oye el siniestro crujido.

Sus economías son aún más desastrosas. Le mortifica que no sepamos apreciar los plátanos podridos y las naranjas resecas.

—¿Entonces no había buenas?

—Sí, pero muy caras, éstas son más económicas.

Una palabra grandilocuente: *Economia!* A nosotros nos salen carísimas por su total desperdicio.

La tercera consigna de Michel es *Sawi proba*. (Prueba).

Lo dice con todos los matices de su voz: esperanzada, zalamera, ansiosa, confidencial, a veces desesperadamente.

El resultado suele ser lamentable.

Como nuestra lavandera tarda inexplicablemente en entregarme los vestidos de algodón, me aventuro a ponerme la falda y chaqueta de shantung estilo esposa de Fundador del Imperio, que anteriormente no he tenido el coraje de usar.

Max me echa un vistazo.

—¿Qué diablos te has puesto?

Digo, a la defensiva, que es un conjunto bonito y fresco.

—No puedes usar eso —dice Max—. Ve a cambiarte.

—Tengo que usarlo. Lo he comprado.

—Es horroroso. ¡Estás idéntica al tipo más ofensivo de *mensahib*… recién llegada de Pune!

Reconozco entristecida que sospechaba que ése sería el efecto. Max prosigue, a modo de aliciente:

—Ponte el de color ante amarillento con losanges de corrimientos de Tell Halaf.

—Me gustaría que no emplearas términos alfareros para describir mi vestimenta —digo, malhumorada—. ¡Es verde lima! Y losanges de corrimientos es una expresión repugnante… parece algo

romboidal medio chupado y abandonado por un mocoso en el mostrador de una tienda. No sé cómo se te ocurren descripciones tan nauseabundas para los diseños de cerámica.

Qué imaginación tienes, dice Max. Y agrega que losange de corrimiento es un diseño sumamente atractivo de Tell Halaf.

Me lo dibuja en un papel, digo que ya lo conozco y que es un diseño sumamente atractivo. Pero su descripción es revulsiva.

Max me mira compungido y mueve la cabeza de un lado a otro.

Al pasar por la aldea de Hanzir oímos la siguiente conversación.

—¿Quiénes son ésos?

—Los extranjeros que excavan.

Un anciano nos observa seriamente.

—Son hermosos —suspira—. ¡Nadan en dinero!

Una vieja se acerca precipitadamente a Max.

—¡Khwaja! Por piedad, intercede por mi hijo. Se lo han llevado a Damasco… a la cárcel. Es un hombre bueno, no ha hecho nada… ¡Nada de nada, te lo juro!

—¿Entonces por qué lo han encarcelado?

—Por nada. Es una injusticia. Sálvamelo.

—¿Pero qué ha hecho, madre?

—Nada. Lo prometo delante de Dios. ¡Delante de Dios, es la pura verdad! ¡Lo único que ha hecho es matar a un hombre!

Se plantea un nuevo motivo de inquietud. Varios hombres de Garabulus enferman. Están en tiendas, en Chagar Bazar. Tres guardan cama y surgen dificultades porque los demás no quieren acercarse a ellos. No les llevan agua ni alimentos.

Me llama la atención este rechazo hacia los enfermos. Claro que todo resulta extraño en una comunidad donde el valor de la vida humana no se considera importante.

—Se morirán de inanición si no les llevan comida —dice Max.

Sus compañeros de trabajo se encogen de hombros.

—*Inshallah*, si es la voluntad de Dios.

Los capataces, aunque a regañadientes, reivindican su trato con la civilización prestándoles algún servicio a pesar de sí mismos. Max

saca a colación, delicadamente, el tema del hospital. Puede arreglarlo con las autoridades francesas para que los dos que están gravemente enfermos sean admitidos en el hospital.

Yahya y Alawi ponen reparos. Sería una vergüenza ir al hospital, porque en el hospital ocurren cosas vergonzosas. Siempre es preferible la muerte a la vergüenza.

Instantáneamente pienso en diagnósticos erróneos, en negligencias…

—¿Cuáles son las cosas vergonzosas que han ocurrido? —pregunto.

Max profundiza en el tema. Después de una larga serie de preguntas y respuestas que no sigo, se vuelve y me lo explica todo.

Ingresaron a un hombre en el hospital y allí le pusieron un enema…

—¿Y? —digo, esperando la continuación.

Max me informa que eso es todo.

—¿Murió?

—No, pero habría preferido morir.

—¿Qué? —grito incrédula.

Max dice que es la pura verdad. El hombre volvió a su aldea humillado. Semejante indignidad dejó una huella indeleble en su alma. Para él habría sido preferible morir.

Acostumbrados como estamos a nuestras ideas occidentales sobre la importancia de la vida, es difícil adaptar los propios pensamientos a una escala de valores diferentes. Sin embargo, para la mentalidad oriental es muy sencillo. La muerte ha de llegar… es tan inevitable como el nacimiento, y corresponde a la voluntad de Alá que llegue antes o después. Y esa convicción, ese conformismo, suprime a la que se ha convertido en maldición de nuestro mundo actual: la angustia. Tal vez no estén libres de carencias, pero sin duda están eximidos del miedo. El ocio es un estado natural y bendito; el trabajo, una necesidad antinatural.

Pienso en un viejo mendigo con el que nos cruzamos en Persia. Tenía la barba blanca, el semblante digno y noble. Nos habló orgullosamente a pesar de la mano extendida:

—Dame de tu munificencia un poco, oh príncipe. Es menester que evite la muerte.

El problema de los dos enfermos se agudiza. Max va a Qamisliya y plantea su dilema al comandante francés. Los funcionarios del puesto siempre han sido amables y serviciales. Presentan a Max el médico militar francés, que va con él a la colina y examina a los pacientes.

Confirma nuestros temores de que estos hombres están realmente enfermos. Uno de ellos, dice, ya debía de estar grave cuando llegó aquí a trabajar y con toda probabilidad ni siquiera entonces había esperanzas de recuperación. Nos recomienda que ingresemos a ambos en el hospital. Después de persuadirlos son hospitalizados en el acto.

El médico francés también nos proporciona amablemente un poderoso laxante que, nos asegura, es apto para vaciar los intestinos de un caballo.

Un medicamento indispensable, porque los trabajadores constantemente acuden a Max con relatos gráficos de su estreñimiento y los laxantes corrientes no les hacen el menor efecto.

Uno de nuestros enfermos ha muerto en el hospital. El otro va camino de la recuperación. Nos enteramos del fallecimiento dos días después de acaecido y también nos informan que el hombre ya está enterrado.

Alawi viene a vernos con expresión preocupada.

Se trata de vuestra reputación, dice…

Se me cae el alma a los pies. La palabra reputación siempre preludia un desembolso de dinero.

Este hombre, prosigue, ha muerto lejos de su hogar.

Ha sido enterrado aquí. Eso, en Garabulus, será motivo de crítica para nosotros.

Pero no pudimos evitar que el hombre muriese, dice Max. Ya estaba enfermo cuando vino y hemos hecho todo lo posible.

Con un ademán, Alawi descarta el tema de la muerte. La muerte no es nada. Lo que importa no es *la muerte de ese hombre*. Se trata del *entierro*.

Porque… ¿cuál será la posición de las relaciones de ese hombre con su familia? Le han dado sepultura en un lugar extraño. Tendrán que dejar su aldea y venir aquí, donde está su tumba. Es una

desgracia que un hombre no vuelva a su tierra natal para ser enterrado.

Max dice que no ve qué puede hacer ahora al respecto. El hombre *está* enterrado. ¿Qué sugiere Alawi? ¿Un donativo en dinero a la afligida familia?

Eso será aceptable, sí. Pero lo que Alawi está sugiriendo, en realidad, es un desenterramiento.

—¿Qué? ¿Que lo exhumen?

—Sí, Khwaja. Envía el cuerpo a Garabulus. Así todo se hará de manera honorable y tu reputación no se verá afectada.

Max dice que no sabe si esto es posible. No le parece factible.

Finalmente vamos a Qamisliya y consultamos a las autoridades francesas. Resulta obvio que piensan que no estamos en nuestros cabales.

Inesperadamente, esto endurece la resolución de Max. Acepta que se trata de algo descabellado pero… ¿es *posible*?

El médico se encoge de hombros. ¡Sí, es *posible*! Habrá que rellenar formularios… montones de formularios.

—*Et des timbres, beaucoup de timbres.*

—¡Naturalmente, eso es inevitable! —contesta Max.

Todo se pone en marcha. Un taxista que en breve regresará a Garabulus accede entusiasmado a transportar el cadáver (convenientemente desinfectado). También viajará como responsable uno de los trabajadores que es primo del fallecido. Todo está planeado.

En primer lugar, la exhumación; después la firma de muchos formularios y el añadido de timbres; después la asistencia del médico militar armado con un gran rociador de formalina; la colocación del cadáver en el ataúd; más formalina; el ataúd es emplomado, el taxista lo pone alegremente en posición.

—¡Hola! —grita—. ¡Tendremos un viaje animado! ¡Debemos cuidar que nuestro hermano no se caiga por el camino!

Ahora todos los procedimientos adquieren esa intensa jocosidad sólo comparable al espíritu de un velatorio irlandés. El taxi arranca con el conductor y el primo entonando canciones con toda la fuerza de sus pulmones. ¡Percibes que ésta es una ocasión maravillosa para ambos! Disfrutarán del viaje.

Max suspira aliviado. Ha adherido el último timbre y ha pagado

las tasas finales. Y los formularios necesarios (un voluminoso fajo) han sido confiados al taxista.

—¡Bien, *eso* se acabó! —exclama Max.

Se equivoca. Del viaje del difunto, Abdullah Hamid, puede hacerse una saga poética. Todo indica que su cadáver nunca conocerá el reposo.

A su debido tiempo el muerto llega a Garabulus. Lo reciben con las correspondientes lamentaciones y, aparentemente, orgullosos por lo espléndido que ha sido su viaje. Hay una gran celebración, una comilona, en realidad. El taxista, invocando a Alá, sigue viaje a Alepo. Una vez que se ha ido se percatan de que los importantísimos «formularios» van con él.

Se produce el caos. Sin los formularios de rigor el cadáver no puede ser enterrado. ¿Será necesario, entonces, devolverlo a Qamisliya? Surgen acaloradas disputas por estas cuestiones. Despachan mensajes: a las autoridades francesas de Qamisliya, a nosotros, a la problemática dirección del taxista en Alepo. Todo se hace a la pausada manera árabe… y entretanto Abdullah Hamid sigue sin ser enterrado.

¿Cuánto tiempo dura el efecto de la formalina?, pregunto ansiosa a Max. Se obtiene una nueva serie de formularios (completos, con *les timbres*) y se envían a Garabulus. Corren rumores de que el cadáver está a punto de ser devuelto por tren a Qamisliya. Se intercambian cables urgentes.

De improviso todo tiene un final feliz. El taxista reaparece en Garabulus, esgrimiendo los formularios.

—¡Qué descuido! —exclama.

El funeral sigue su curso con orden y decencia. ¡Nuestra reputación, nos asegura Alawi, está a salvo! Las autoridades francesas siguen opinando que estamos locos. Y nuestros trabajadores aprueban seriamente. Michel está indignado… ¡qué falta de *economia*! A primera hora de la mañana, para desahogar su descontento, martillea *tutti* estruendosamente bajo las ventanas, hasta que lo obligamos a parar.

Tutti es el nombre genérico de todo manejo y tratamiento de los bidones de gasolina. ¡No sé qué haría Siria sin los bidones de gasolina! En ellos las mujeres van a buscar agua del pozo. Se cortan y clavan tiras de tutti en los tejados, y también sirven para reparar

casas.

En un arranque confidencial, Michel nos cuenta que aspira a tener una casa completamente hecha con tutti.

—Será bella —dice en tono soñador—, muy bella.

Fin de saison

Chagar Bazar va muy bien y B. viene de Londres como ayuda adicional para el último mes.

Es interesante observar a B. y a Mac trabajando juntos. El contraste es absoluto, B. es decididamente un animal sociable. Mac un animal insociable. Congenian, pero se miran mutuamente con perplejo desconcierto.

Un día, cuando decidimos ir a Qamisliya, B. expresa una repentina inquietud.

—¿No es un mal asunto dejar al viejo Mac solo todo el día? Quizá sea mejor que me quede a hacerle compañía.

—A Mac le gusta estar solo —le aseguro.

B. se muestra incrédulo. Va al salón de dibujo.

—Oye, Mac, ¿quieres que me quede? Debe de ser aburrido estar solo todo el día.

La mirada de Mac refleja incomprensión.

—Qué va —responde—, lo estoy deseando.

—Qué tipo más raro —dice B. mientras rebotamos de bache en bache camino de Qamisliya—. ¿Visteis el crepúsculo anoche? ¡Maravilloso! Subí al tejado para contemplarlo. Mac estaba allí. Yo estaba bastante entusiasmado, lo reconozco, pero el viejo Mac no dijo una sola palabra. Ni siquiera *contestó*. Sin embargo, supongo que subió para mirarlo.

—Sí, suele subir al anochecer.

—Entonces es extraño que no *diga* nada.

Imagino a Mac en el tejado, concentrado y callado, mientras B. parlotea entusiasmado a su alrededor.

Más tarde, sin lugar a dudas, Mac se sentará sobre la alfombra escocesa, en su habitación puntillosamente pulcra, para escribir su diario…

—Quiero decir, uno pensaría que… —continúa B., perseverante,

pero se ve interrumpido cuando Michel, zigzagueando con diabólicas intenciones, pisa a fondo el acelerador y carga hacia un grupo de árabes: dos ancianas y un hombre con un burro.

Se dispersan gritando y Max se supera a sí mismo echando pestes, furibundo contra Michel. ¿Qué demonios está haciendo? ¡Podría haberlos matado!

Parece que ésa era, más o menos, la intención de Michel.

—¿Acaso habría importado? —levanta ambas manos dejando que el coche siga su propio curso—. Son mahometanos, ¿no?

Después de anunciar este, según sus puntos de vista, sentimiento muy cristiano, vuelve a caer en el martirizado silencio de un incomprendido. ¿Qué clase de cristianos son éstos, parece decirse a sí mismo, débiles e indecisos en su fe?

Max dicta una regla que hará cumplir a rajatabla: impedirá toda tentativa de asesinato de mahometanos.

Michel masculla entre dientes:

—¡Sería mejor que *todos* los mahometanos estuvieran muertos!

En Qamisliya, aparte de nuestros acostumbrados trámites en el banco, las compras en la tienda de M. Yannakos y una breve visita a los franceses, B. tiene que atender sus asuntos; concretamente, recoger un paquete que le envían de Inglaterra y que contiene dos pijamas.

Hemos recibido la notificación oficial de que el paquete en cuestión espera en la oficina de Correos, de modo que a la oficina de Correos nos dirigimos.

El jefe no está a la vista, pero un subalterno de ojos desviados va a buscarlo para que cumpla las funciones de su cargo. El hombre llega bostezando, ataviado con un chillón pijama a rayas. Aunque obviamente recién salido de un pesado sopor, es amable y cordial, estrecha todas las manos que lo rodean, pregunta por los progresos de nuestras excavaciones: ¿hemos encontrado oro? ¿Beberemos una taza de café con él? Una vez satisfechas las normas de cortesía, derivamos al tema de la correspondencia. Ahora nuestras cartas llegan a la oficina de Correos de Amuda, sistema nada afortunado pues el anciano jefe de Amuda las considera tan preciosas y valiosas que con frecuencia las encierra bajo llave en la caja fuerte y olvida

entregárnoslas.

Pero el paquete de B. ha sido retenido en Qamisliya e iniciamos las gestiones para su entrega.

—Sí, el paquete está —dice el jefe de Correos—. Ha llegado de Londres, Inglaterra. ¡Qué gran ciudad debe de ser Londres! ¡Cuánto me gustaría verla! El destinatario es un tal Monsieur B.

Ah, ¿éste es Monsieur B., nuestro nuevo colega? Vuelve a estrechar la mano de B. y murmura unos afables cumplidos. B. responde atenta y amablemente en árabe.

Después de este interludio volvemos a la cuestión del paquete. Sí, dice el jefe de Correos, ha estado aquí… ¡aquí mismo! Pero ya no está. Fue confiado a la custodia de la aduana. Monsieur B. tiene que comprender que los paquetes están sujetos a derechos arancelarios.

B. dice que se trata de una prenda de uso personal.

El jefe de Correos no lo duda:

—Seguro, seguro. Pero eso es asunto de la aduana.

—¿Entonces tenemos que ir a la aduana?

—Ése será el procedimiento correcto —coincide el jefe de Correos. Aunque no servirá de nada que vayan hoy. Hoy es miércoles y los miércoles la aduana está cerrada.

—¿Mañana, entonces?

—Sí, mañana la aduana estará abierta.

—Lo siento —dice B. a Max—. Supongo que esto significa que tendré que volver mañana a buscar mi paquete. El jefe de Correos dice que indudablemente Monsieur B. tendrá que volver mañana, pero que ni siquiera mañana podrá recoger su paquete.

—¿Por qué? —quiere saber B.

—Porque después de cumplidas las formalidades aduaneras, el paquete tiene que pasar por la oficina de Correos.

—¿Quiere decir que tendré que venir aquí?

—Exactamente. Y eso no será posible mañana porque mañana Correos estará cerrado —dice el jefe con tono triunfal.

Entramos en detalles, pero la burocracia sale victoriosa en toda la línea. ¡Parece que ningún día de la semana están abiertas simultáneamente la aduana y la oficina de Correos!

Al instante nos dedicamos a hacer reproches al pobre B. y a preguntarle por qué demonios no trajo consigo sus condenados

pijamas en lugar de hacérselos enviar por correo.

—Porque son unos pijamas muy especiales —se defiende.

—¡Mejor que lo sean, teniendo en cuenta todas las molestias que nos causarán! —dice Max. Este camión se utiliza diariamente para ir y volver de la excavación, no para ir y volver de Qamisliya como servicio posta.

Intentamos convencer al jefe de Correos para que permita a B. firmar los formularios ahora, pero el hombre se muestra inflexible. Los requisitos de Correos siempre se cumplen *después* de los de la aduana. Derrotados, salimos tristemente de la oficina y con toda probabilidad el jefe de Correos vuelve a la cama.

Michel se acerca y exaltado nos dice que acaba de realizar una compra muy ventajosa. Ha adquirido doscientas naranjas a un precio muy económico. Como de costumbre, recibe un rapapolvo. ¿Cómo cree que podremos dar cuenta de doscientas naranjas antes de que se pongan malas… es decir, si ya no lo están?

Algunas, admite Michel, quizás estén un poco pasadas, pero son baratísimas y además le hicieron una buena rebaja por llevarse las doscientas. Max accede a inspeccionarlas e inmediatamente las rechaza. ¡La mayoría están cubiertas de moho verde!

Michel refunfuña: «*Economia*!». Al fin y al cabo *son* naranjas. Desaparece y vuelve con unas gallinas muy económicas, que como de costumbre lleva cabeza abajo, con las patas atadas. Concluidas las compras económicas y antieconómicas, volvemos a casa.

Le pregunto a Mac si ha pasado un buen día.

—¡Espléndido! —responde con un inconfundible entusiasmo.

B. dedica una mirada de incomprensión a Mac y se sienta en una silla inexistente. ¡El espléndido día de Mac se cierra con un broche de oro! ¡Nunca he visto a nadie reír tanto! A intervalos, durante la cena, vuelve a desternillarse de risa. ¡De haber sabido antes qué era lo que despertaba su sentido del humor, le habríamos procurado calladas diversiones a granel!

B. prosigue su ardua tarea de ser sociable. Los días que Max está en la excavación y nosotros tres nos quedamos en la casa, B. vagabundea como un alma perdida. Va al salón de dibujo y le habla a Mac, pero al no encontrar respuesta entra tristemente en el

despacho, donde estoy ante la máquina de escribir apuntando los sangrientos pormenores de un homicidio.

—Oh, ¿estás ocupada? —pregunta B.

—Sí —secamente.

—¿Escribiendo?

—Sí —más secamente.

—Se me ocurrió —dice esperanzado— que podría traer aquí las etiquetas y los objetos. No te molestaría, ¿verdad?

Tengo que mantenerme firme. Le explico con claridad que para mí es absolutamente imposible dedicarme a mi cadáver si cerca hay un cuerpo vivo que se mueve, respira y, con toda probabilidad, habla.

El pobre B. sale más triste aún, condenado a trabajar en soledad y silencio. Estoy convencida de que si alguna vez B. escribe un libro, lo hará con mayor facilidad si tiene a mano una radio y un gramófono encendidos, y diversos grupos conversando en la misma estancia.

Pero cuando llegan visitas, ya sea al montículo o a la casa, B. obtiene el éxito merecido.

Monjas, funcionarios franceses, arqueólogos visitantes, turistas: B. se ocupa de ellos con buena disposición y competencia.

—Acaba de detenerse un coche con varios ocupantes. ¿Bajo a ver quiénes son?

—¡Oh, *sí por favor*!

De inmediato llega la partida, hábilmente guiada, con B. charlando en el idioma que sea preciso. En estas ocasiones, como le decimos, B. vale su peso en oro.

—Mac no sirve de mucho, ¿verdad? —dice B., sonriendo al aludido.

—Mac —digo seriamente— no sirve de nada en estos casos. Ni siquiera lo *intentará*.

Mac nos dedica su amable y reservada sonrisa.

Descubrimos que Mac tiene una debilidad. Su debilidad es El Caballo.

Para solucionar el problema de su pijama, B. deja a Mac en el montículo y sigue viaje a Qamisliya en el coche. Mac debe volver a

casa a mediodía y Alawi sugiere que lo haga a caballo. El jeque tiene varios. A Mac se le ilumina instantáneamente la mirada. Desaparece su amable inexpresividad y el entusiasmo ocupa su lugar.

A partir de entonces, cada vez que se presenta la menor excusa, Mac vuelve a casa a caballo.

—El Khwaja Mac —dice Alawi— nunca habla: silba. Si quiere que el chico del poste vaya a la izquierda, silba; cuando quiere que el albañil se acerque, silba. ¡Ahora silba para llamar a un caballo!

Todavía no se ha dirimido la cuestión del pijama de B. ¡La aduana exige la exorbitante suma de ocho libras! B. aclara que cada pijama cuesta sólo dos libras y se niega a pagar. Entonces se crea una situación sumamente difícil. ¿Qué han de hacer, preguntan los aduaneros, con el paquete? Se lo devuelven al jefe de Correos. ¡Éste no se lo entregará a B., pero tampoco permitirá que salga del país! Perdemos varios días yendo a discutir a Qamisliya. Llaman al director del banco y a los funcionarios de los *Services Spéciaux*. Incluso interviene un alto dignatario de la Iglesia Maronita, que ha ido a visitar al director del banco; es un hombre impresionante, con su sotana purpúrea, una enorme cruz y el pelo formando un gran moño. El abatido jefe de Correos, aunque sigue con el pijama puesto, ¡apenas duerme! La cuestión se está convirtiendo, a pasos agigantados, en un incidente internacional.

Y cuando menos lo esperábamos, se soluciona. Se presenta en casa el aduanero de Amuda con el paquete. Las complicaciones se han resuelto: treinta chelines de aranceles. *Douze francs cinquante pour les timbres, et des cigarettes, pas?*
n'est
(Sus manos se llenan de cajetillas de cigarrillos).

—*Voilà, Monsieur!* —sonríe, B. sonríe, todos sonreímos.

Rodeamos a B. y lo observamos mientras abre su paquete. Sostiene en alto el contenido, orgulloso, y explica, como el Caballero Blanco, que se trata de un pijama especial inventado por él.

—Mosquitos —aclara—. Suprime los mosquiteros.

Max dice que jamás ha visto un mosquito por aquí.

—Claro que hay mosquitos —dice B.—. Es bien sabido. ¡Agua estancada!

Inmediatamente miro a Mac.

—Aquí no hay agua estancada —digo—. ¡Si la hubiera, Mac la habría visto!

B. dice triunfalmente que hay una charca de agua estancada justo al norte de Amuda.

Max y yo reiteramos que nunca hemos oído ni visto un mosquito. B. no nos presta la menor atención; se extiende en pormenores sobre su invento.

Los pijamas son de seda blanca lavable, de una sola pieza, con capucha y las mangas terminadas en guantes sin dedos. Se cierra por delante con una cremallera, de modo que las únicas partes del usuario expuestas al ataque de los mosquitos son los ojos y la nariz.

—Como aspiras y exhalas el aire por la nariz, mantienes alejados a los mosquitos —concluye jubiloso.

Max repite fríamente que aquí no hay mosquitos.

B. nos da a entender que cuando estemos todos doloridos y tiritando a causa de la malaria, lamentaremos no haber adoptado su idea.

De pronto Mac suelta una carcajada. Lo miramos inquisitivamente.

—Estoy pensando en el día que se sentó en una silla que no estaba —dice Mac y prolonga la risotada.

Esa noche estamos profundamente dormidos cuando estalla una barahúnda. Nos levantamos de un salto, pensando por un momento que han entrado ladrones. Todos vamos precipitadamente al comedor. Una figura blanca salta alocadamente de un lado a otro, se desgañita y brinca.

—¡Santo cielo, B.! ¿Qué ocurre? —grita Max.

Por un instante pensamos que B. se ha vuelto loco.

Pero las cosas se aclaran.

¡De alguna manera un ratón ha logrado introducirse en el pijama a prueba de mosquitos! La cremallera se ha atascado.

Cuando dejamos de reír ya es de día.

El único que no se divierte es B.…

La temperatura va en aumento. Brotan las más diversas flores. No entiendo de botánica y no conozco sus nombres y, francamente, no

quiero conocerlos. (¿Te proporciona algún placer saber cómo se llaman las cosas?). Pero las hay azules y malvas, como diminutos altramuces, y pequeños tulipanes silvestres; y doradas, como caléndulas, y delicados pinchos de tono pardo rojizo. Todos los montículos son un derroche de colores. Sin duda, ésta es la «fértil estepa». Entro en la sala antika y me llevo algunos cacharros de forma conveniente. Mac, que quiere dibujarlos, los busca infructuosamente. Están llenos de flores.

Ahora nuestra casa crece con rapidez. El maderamen de cimbra está levantado y lo están enyesando con ladrillo-adobe. El efecto será estupendo. Estoy junto a Mac en la colina; lo felicito.

—Esto es mucho mejor que mi retrete —digo.

El arquitecto muestra su acuerdo. No obstante, se queja amargamente de sus obreros que, dice, no tienen la menor idea de lo que es la *precisión*. Estoy segura de que así es, apunto. Mac comenta amargado que se ríen y piensan que no importa. Paso al tema de los caballos y Mac se alegra.

Con el aumento de la temperatura se van caldeando los ánimos de nuestros trabajadores. Max aumenta las multas por las cabezas rotas, y finalmente toma una decisión desesperada. Todas las mañanas los hombres deben entregar sus armas antes de empezar a trabajar. La decisión no es bien recibida, pero los trabajadores no tienen más remedio que aceptarla. Bajo la atenta mirada de Max entregan cachiporras, mazos y largos cuchillos de aspecto mortífero a Michel, quien los encierra dentro de *Mary*. Al atardecer todo es devuelto a sus propietarios. Es una pérdida de tiempo y el sistema resulta tedioso, pero los trabajadores se salvan de algo peor.

Un trabajador yazidí se queja de que está débil por falta de agua. No puede trabajar si no bebe agua.

—Pero aquí hay agua… ¿por qué no bebes?

—No puedo beber ese agua. Sale del pozo, y esta mañana el hijo del jeque dejó caer lechuga dentro.

En virtud de su religión, los yazidís nunca deben mencionar esta verdura ni tocar nada por ella contaminado, pues creen que en la lechuga reside Shaitan (Satán).

Max dice:

—Creo que te han dicho mentiras. Esta mañana vi al hijo del jeque en Qamisliya, y me dijo que llevaba dos días allí. Te han engañado.

Se lee a los trabajadores reunidos la Ley de orden público. Nadie debe mentir a los trabajadores yazidís ni perseguirlos.

—En esta excavación todos han de ser hermanos.

Un mahometano de ojos chispeantes da un paso al frente.

—Tú sigues a Cristo, Khwaja, y nosotros seguimos a Mahoma, pero los dos somos enemigos de Shaitan. Por lo tanto es nuestro deber perseguir a quienes adoran a Shaitan y creen que será repuesto.

—¡Entonces, en el futuro, cada vez que cumplas con tu deber te costará cinco francos! —dice Max.

Durante unos días no recibimos más quejas por parte de los yazidís.

Los yazidís son un pueblo curioso y singularmente bonachón; su culto a Shaitan corresponde a la naturaleza de una propiciación, una rehabilitación del ángel caído. Más aún, creen que este mundo ha sido encomendado a Shaitan por Dios… y que a la era de Shaitan sucederá la era de Jesús, a quien reconocen como un profeta que aún no ha llegado al poder. Nunca debe mencionarse el nombre de Shaitan ni ninguna palabra de sonido semejante.

Su santuario, Jeque 'Adi, está en las montañas curdas cercanas a Mosul, y lo visitamos cuando excavábamos en las proximidades. No creo que en todo el universo exista un lugar tan bello y pacífico. Te internas monte arriba entre robles y granados, siguiendo un riachuelo montañés. El aire es fresco, claro, límpido. Los últimos kilómetros han de hacerse a pie o a caballo. Se dice que en este retiro la naturaleza humana es tan pura que las mujeres cristianas pueden bañarse desnudas en los cursos de agua.

Y de improviso estás ante las blancas agujas del templo. Todo es paz y serenidad. Hay árboles, un patio, cauces de agua. Unos guardianes de rostro bondadoso te sirven refrescos y puedes sentarte a beber en la más perfecta armonía. En el patio interior se encuentra la entrada al templo, a cuya derecha hay una gran serpiente negra tallada. La serpiente es sagrada pues los yazidís creen que el Arca de Noé encalló en el Gabal Singiar y se agujereó. La serpiente se enroscó tapando el agujero y el Arca pudo seguir su

camino.

Después nos quitamos los zapatos y nos llevan al interior del templo; saltamos cuidadosamente el umbral, pues está terminantemente prohibido pisarlo. También está prohibido mostrar las plantas de los pies, hazaña harto difícil si estás sentado en el suelo con las piernas cruzadas.

Adentro está oscuro y fresco; chorrea agua del Manantial Sagrado, que según se dice comunica con La Meca. Los días de fiesta exhiben en este templo la imagen del Pavo Real. Se eligió esta ave como representante de Shaitan, dicen algunos, porque, entre todas las que conocían, era el término más diferente al Nombre Prohibido. Sea como fuere, es Lucifer, Hijo de la Mañana, el Ángel Pavo Real de la fe yazidí.

Salimos y permanecimos en el silencio fresco y beatífico del patio. Los dos somos reacios a abandonar este santuario montañés para retornar al mundanal bullicio…

Nunca olvidaré jeque Adi… ni tampoco la paz absoluta y la satisfacción que allí obtuvo mi espíritu…

El cabecilla de los yazidís o Mir visitó una vez nuestra excavación en Irak. Un hombre alto y de cara triste, vestido de negro de la cabeza a los pies. Es el Papa además del Jefe, aunque según la tradición local este Mir concreto fue totalmente «manejado» por su tía, la Jatun del templo de Jeque 'Adi y su madre, una mujer elegante y ambiciosa que, según los rumores, mantenía drogado a su hijo para poder ejercer la autoridad.

En un recorrido por el Gabal Singiar visitamos al jeque yazidí del Singiar, Hâmo Shero, un hombre longevo que, nos informan, tiene noventa años. Durante la Guerra del 14, cientos de refugiados armenios huyeron de los turcos y encontraron refugio en Singiar, salvando así su vida.

Otra furiosa disensión estalla con motivo del día de descanso. Siempre es fiesta el día siguiente al de la paga. Los mahometanos dicen que como hay más mahometanos que cristianos en la excavación, el día de descanso tendría que ser el viernes. Por su parte, los armenios se niegan a trabajar los domingos argumentando que ésta es una excavación cristiana y que el día de fiesta tendría

que ser el domingo.

Decretamos que la festividad será siempre los martes, día que, por lo que sabemos, no es festivo en ninguna religión específica.

Al anochecer los capataces vienen a la casa, beben café con nosotros y nos informan de las dificultades o problemas que surgen.

Esta noche el viejo Abd es Salaam se muestra particularmente elocuente. Eleva la voz en un largo y apasionado monólogo. No entiendo lo que dice aunque le presto toda mi atención. Sin embargo, su discurso es tan espectacular que despierta mi curiosidad. Cuando Abd es Salaam se interrumpe para coger aliento, le pregunto a Max de qué se trata. Max replica con una sola palabra:

—Estreñimiento.

Al percibir mi interés, Abd es Salaam se vuelve hacia mí y me confía más detalles retóricos de su estado.

—Ha tomado Eno, Beecham, laxantes vegetales y aceite de ricino —dice Max—. Está contando cómo han operado exactamente cada uno de estos medicamentos y haciéndote saber que ninguno de ellos ha producido el efecto deseado.

Obviamente, se impone la medicina caballuna del médico francés.

¡Max le administra una dosis tremenda! Abd es Salaam se retira esperanzado, ¡y todos rogamos para que el resultado sea feliz!

Ahora estoy muy ocupada. Además de reparar la cerámica, está la fotografía: me han adjudicado un «cuarto oscuro». De alguna manera me recuerda al «excusado» de la época medieval.

¡Allí no puedes sentarte ni estar de pie! Me arrastro a cuatro patas y revelo placas con la cabeza gacha. Salgo prácticamente asfixiada por el calor e imposibilitada de incorporarme; extraigo un gran placer detallando mis sufrimientos, aunque el público se muestra desatento: todo su interés reside en los negativos, no en la operadora.

De tanto en tanto Max se acuerda de decir, cálida y diplomáticamente aunque algo distraído:

—Opino que eres maravillosa, querida.

Nuestra casa está terminada. Desde la cumbre de la colina, con su gran cúpula que se alza, blanca, contra la tierra achicharrada por el sol, tiene un aspecto sagrado. El interior es muy agradable. La bóveda da sensación de amplitud y es fresca. Las dos estancias de un costado son, en primer lugar, la sala antika y, más allá, el dormitorio de Max y mío. Al otro lado está el salón de dibujo y luego un dormitorio que comparten B. y Mac. Este año sólo pasaremos aquí una o dos semanas. Ha empezado la cosecha y los hombres abandonan el trabajo para ir a la recogida. Las flores han desaparecido de la noche a la mañana porque los beduinos bajaron de las montañas, montaron sus tiendas pardas en derredor y su ganado pastorea mientras van lentamente hacia el sur.

Volveremos el año que viene… y será el retorno al hogar, porque ya sentimos que esta casa abovedada que se yergue en el páramo es nuestro hogar.

Con sus túnicas blancas como la nieve el jeque la recorre apreciativamente y sus ávidos ojillos centellean. En última instancia ésta será su herencia, y ya experimenta un prestigio añadido.

Tengo ganas de volver a ver Inglaterra. Me alegrará ver a los amigos y los verdes prados y los árboles altos. Pero también me alegrará regresar el próximo año.

Mac está haciendo un dibujo. Es un apunte del montículo… una visión sumamente formal pero admirable.

No hay seres humanos a la vista. Sólo líneas curvas y trazos. Me doy cuenta de que Mac no sólo arquitecto. Es un artista. Le pido que diseñe la sobrecubierta de mi nuevo libro.

Entra B. y se queja de que todas las sillas están embaladas; no hay donde sentarse.

—¿Para qué quieres sentarte? —le pregunta Max—. Aquí hay mucho que hacer.

Sale y B. me comenta con tono de reproche:

—¡Qué enérgico es tu marido!

Sé que quienes han visto a Max dormir la siesta en verano, en Inglaterra, no podrían creerlo…

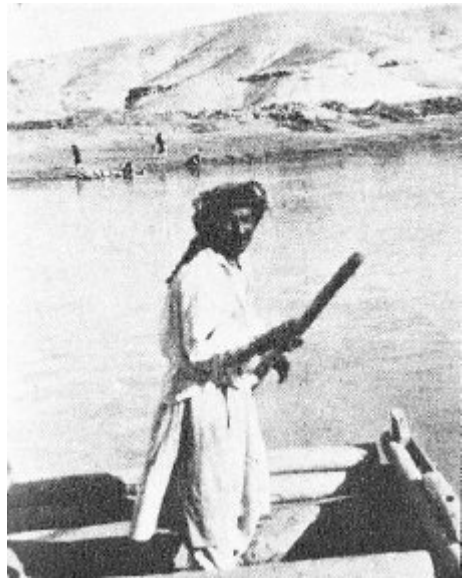
Empiezo a pensar en Devon, en las rocas rojas y el mar azul… Es hermoso volver al hogar: mi hija, el perro, cuencos rebosantes de crema de Devonshire, manzanas, baños de mar… Exhalo un suspiro de éxtasis.

El camión Queen Mary *se dispone a cruzar el Éufrates en transbordador.*

El coche atascado en un uad.

Chagar Bazar: la excavación en plena marcha.

Chagar Bazar: hoyo profundo, suelo virgen a 22,60 metros.



Barquero cruzando el Éufrates en Garabulus.

Canasteros trabajando.

Chagar Bazar: trabajadores árabes en el fondo de hoyo profundo.

Chagar Bazar: hoyo profundo visto desde el sudeste.

Final de viaje

Nuestros hallazgos han sido estimulantes y continuaremos excavando otra temporada.

Este año formaremos un equipo diferente.

Mac está en otra excavación en Palestina, pero espera pasar con nosotros las últimas semanas de la temporada.

Por lo tanto tendremos otro arquitecto. También habrá un miembro extra en el personal: el Coronel. Max espera combinar las excavaciones en Tell Brak con algunas en Chagar, y el Coronel puede estar a cargo de una de ellas mientras Max se encuentra en la otra.

Max, el Coronel y nuestro nuevo arquitecto viajarán juntos; yo los seguiré un par de semanas después.

Alrededor de una quincena antes de partir, nuestro arquitecto telefonea y pregunta por Max, que ha salido. Parece preocupado. Le pregunto si puedo hacer algo por él. Responde:

—Bien, se trata del viaje. Estoy en
Cook's
, tratando de reservar un coche-cama hasta donde me dijo Max, pero aquí me dicen que este lugar no existe.

Le tranquilizo.

—Es lo que dicen a menudo. Nadie suele ir a los lugares a los que vamos nosotros, y naturalmente no los han oído nombrar.

—Piensan que a donde realmente quiero ir es a Mosul.

—Pues no es así —le aseguro. Entonces caigo en la cuenta—. ¿Mencionó Qamisliya o Nisibin?

—¡Qamisliya! ¿No se llama así el lugar?

—Así se llama el *lugar*, pero la estación es Nisibin… está en el lado turco de la frontera. Qamisliya es la ciudad siria.

—Eso lo explica todo. Max no dijo que debiera llevar nada más, ¿verdad?

—No creo. Supongo que tendrá usted montones de lápices.

—¿Lápices? —su voz es de sorpresa—. Por supuesto.

—Los necesitará —digo.

Sin comprender del todo el siniestro significado de esto, cuelga.

Mi viaje a Estambul es pacífico y paso sin dificultades mi cuota de zapatos por la aduana turca.

En Haidar Pacha me entero de que me han asignado un compartimento con una voluminosa señora turca. Ésta ya tiene seis maletas, dos canastas de forma muy peculiar, algunas bolsas a rayas y diversos paquetes con provisiones. ¡En cuanto añado mis dos maletas y una sombrerera, no nos queda ni lugar para las piernas!

Una señora más delgada y vivaz ha ido a despedir a la voluminosa señora. La acompañante se dirige a mí en francés y conversamos amablemente. ¿Voy a Alepo? ¡Ah, su prima no llegará tan lejos! ¿Hablo alemán? Su prima habla un poco de alemán.

¡No, ay, no hablo alemán! ¿Y nada de turco? ¡Nada de turco!

¡Qué pena! ¡Su prima no sabe una palabra de francés! ¿Qué haremos? ¿Cómo nos las arreglaremos para conversar?

Tengo la impresión, digo, de que no podremos hablar.

—Una verdadera lástima —dice la prima vivaz—. Habría sido interesante para las dos. Pero antes de que arranque el tren, digamos todo lo que podamos. Está casada… ¿no? —admito que estoy casada—. ¿Hijos? Estoy segura de que tiene muchos. Mi prima sólo tiene cuatro hijos… pero —agrega orgullosa— tres de ellos son varones.

En aras del prestigio inglés, siento que no puedo reconocer que estoy perfectamente contenta con una sola hija. Miento con desfachatez sumando un par de varones.

—¡Excelente! —dice sonriente la prima—. ¿Y abortos? ¿Cuántos abortos ha tenido? Mi prima lleva cinco: dos a los tres meses y dos a los cinco meses, y un prematuro que nació muerto a los siete —dudo en inventar algún aborto para realzar nuestra amistad cuando, misericordiosamente, suena un silbato, la prima vivaz salta del compartimento y cruza el pasillo—. Se tienen que contar todos los pormenores por señas —grita.

La perspectiva es alarmante, pero logramos llevarnos muy bien

por medio de movimientos de cabeza, señales y sonrisas. Mi compañera me ofrece generosas porciones de su abundante provisión de comida muy condimentada; como muestra de reciprocidad le traigo una manzana al volver del vagón-restaurant.

¡Después de deshacer las canastas con alimentos aún queda menos lugar para nuestros pies, y el olor a comida y almizcle es abrumador!

Al caer la noche mi compañera de viaje se cerciora de que la ventanilla esté herméticamente cerrada. Me retiro a la litera de arriba y espero hasta que oigo unos ronquidos suaves y rítmicos desde la inferior.

Bajo con sigilo y subrepticiamente abro la ventanilla unos centímetros. Vuelvo a mi litera sin ser descubierta.

Grandes pantomimas de sorpresa por la mañana, al descubrir que la ventanilla está abierta. Con infinidad de gestos la señora turca intenta convencerme de que ella no tiene la culpa. Creía que la había cerrado.

Por medio de gestos le aseguro que ni por un solo instante se me ocurre culparla. Es, insinúo, una de esas cosas que ocurren.

Cuando llegamos a su estación, la señora turca se despide de mí con gran afabilidad. Sonreímos, inclinamos la cabeza y expresamos nuestro pesar porque la barrera lingüística nos ha impedido cambiar impresiones sobre los hechos fundamentales de la vida.

A mediodía me siento frente a una anciana norteamericana de aspecto bondadoso. Por la ventanilla observa pensativamente a las mujeres que trabajan en los campos.

—¡Pobrecillas! —suspira—. ¡Me pregunto si sabrán que ahora son libres!

—¿Libres? —me siento ligeramente perdida.

—Naturalmente; ya no usan velo. Mustafa Kemal ha puesto punto final a todo eso. Ahora son libres.

Miro pensativa a las campesinas. A mí no me parece que esta cuestión haya tenido el menor significado para ellas. Su vida se compone de una incesante ronda de trabajos pesados, y dudo mucho que alguna vez se hayan dado el gusto de cubrirse el rostro con un velo. Ninguna de las esposas de nuestros trabajadores locales lo llevan.

Pero no discuto.

La señora norteamericana llama al asistente y le pide un vaso de agua caliente.

—*Je vais prendre* —dice— *des remèdes*.

El hombre se queda perplejo. ¿Quiere café, dice, o té? Con dificultad le hacemos entender que sólo se le ha pedido agua caliente.

—¿Tomará unas sales conmigo? —dice mi nueva amiga con tono de camaradería, como quien invita a un cóctel. Le doy las gracias pero digo que no me gustan las sales—. Son *buenas* para su salud —me incita. Me resulta bastante difícil evitar que purgue drásticamente mi organismo.

Me retiro a mi coche, preguntándome cómo irá este año el estreñimiento de Abd es Salaam.

Interrumpo el viaje en Alepo, pues Max me ha pedido que consiga algunas cosas allí. Dado que cuento con un día libre hasta la llegada del próximo tren a Nisibin, acepto sumarme a una partida que irá a Kalaat Siman en automóvil.

La partida resulta ser un ingeniero de minas y un clérigo ancianísimo, casi sordo como una tapia. Por alguna razón, al clérigo se le mete en la cabeza que el ingeniero de minas —a quien no he visto en mi vida— es mi marido.

—Su marido habla muy bien el árabe, querida mía —observa al tiempo que me acaricia benignamente la mano cuando regresamos de nuestra expedición.

Grito, algo confundida:

—Lo habla muy bien pero no es…

—Oh, sí que lo es —dice con reprobación el clérigo—. Es un excelente erudito en arábigo.

—No es mi marido —digo a voz en grito.

—Por lo que veo su esposa no habla nada de árabe —comenta el clérigo dirigiéndose al ingeniero, que se sonroja.

—Ella no es… —empieza a decir en voz muy alta.

—No —coincide el clérigo—. Ya me di cuenta de que no es experta en arábigo. Tendrá que enseñarle.

Al unísono chillamos:

—¡No estamos casados!

La expresión del clérigo cambia, ahora se muestra adusto y desaprobador.

—¿Por qué? —quiere saber.

El ingeniero de minas me dice, desesperado:

—Me doy por vencido.

Reímos y entonces el rostro del clérigo se ve más relajado.

—Veo que me han tomado el pelo —dice.

El coche frena delante del hotel y el clérigo se apea con gran cuidado, desenrollando una larga bufanda de sus bigotes blancos. Se vuelve y nos sonríe benévolamente.

—Dios os bendiga —se despide—. ¡Espero que vuestra vida juntos sea larga y feliz!

¡Llegada triunfal a Nisibin! Como de costumbre, el tren para dejando un desnivel de metro y medio entre el escalón y una superficie de afiladas piedras sueltas. Un amable pasajero baja de un salto y despeja las piedras, lo que me permite saltar sin torcerme el tobillo. A lo lejos veo aproximarse a Max con nuestro chófer, Michel. Recuerdo las tres Palabras Poderosas de Michel: *Forca*, la aplicación de la fuerza bruta (en general con resultados desastrosos); *Sawi Proba* y *Economia*, el principio general de economía que con anterioridad nos ha dejado sin gasolina en medio del desierto.

Antes de reunirnos, un turco uniformado me dice severamente «Pasaporte», se lo lleva y vuelve a montar de un salto en el tren.

A continuación, los saludos. Estrecho la curtida mano de Michel, quien dice «*Bon jour*, ¿cómo está usted?». Agrega en árabe un «Dios sea alabado», porque he llegado sana y salva. Unos mozos aferran las maletas que el encargado de Wagon Lit ha arrojado por la ventanilla. Menciono mi pasaporte, que ha desaparecido de la vista junto con el turco uniformado.

Blue Mary —nuestro camión— aguarda lealmente. Michel abre la puerta trasera y mi mirada tropieza con una visión familiar. Varias gallinas atadas juntas, en posición incómoda; latas de gasolina, bultos de arpillera que, descubro finalmente, son seres humanos. Michel amontona mi equipaje encima de las gallinas y los humanos, y, a continuación, va buscar mi pasaporte. Con el temor

de que Michel aplique la *Forca* y provoque un litigio internacional, Max va tras él. Vuelve unos veinte minutos más tarde, triunfante.

Partimos… chirridos, bandazos, traqueteos, botes y rebotes. Cruzamos de Turquía a Siria. Cinco minutos después llegamos a este prometedor municipio que es Qamisliya.

Nos esperan unas cuantas tareas antes de emprender el camino a casa. Primero vamos a «Harrods»… o sea el establecimiento de M. Yannakos. Soy recibida con grandes saludos, me ofrecen la silla de detrás de la máquina registradora, preparan café para mí. Michel está haciendo tratos para la compra de un caballo que será enganchado al carro y trasladará agua del río Gaggag hasta nuestras excavaciones en Tell Brak. Michel ha encontrado, dice, un excelente caballo… un caballo sumamente *economia*.

—¿Cuánta economía? —pregunta Max suspicazmente—. ¿Es un buen caballo? ¿Un caballo grande? ¿Un caballo resistente? Es mejor un buen caballo que cueste un poco más que uno de calidad inferior aunque sea barato.

Uno de los bultos de arpillera ha bajado del camión y resulta ser el tunante que hará las veces de aguador… un hombre (según dice) muy versado en caballos. Acompañará a Michel e informará acerca del equino. Entretanto nosotros compramos, en la tienda de M. Yannakos, frutas enlatadas, botellas de un vino dudoso, tarros con mermelada de ciruela y manzana, además de otras exquisiteces. Luego vamos a Correos, donde encontramos a nuestro viejo amigo el jefe con un pijama sucio y sin afeitar. Tengo la impresión de que no se ha cambiado el pijama ni lo ha lavado desde el año pasado. Cogemos nuestros periódicos y un par de cartas; rechazamos tres, dirigidas, con caligrafía europea, a un tal Mr. Thompson, que el jefe de Correos quiere que nos llevemos, y seguimos nuestro recorrido hacia el banco.

El edificio del banco es de piedra: grande, frío, despoblado, muy tranquilo. Hay un banco en el medio, ocupado por dos soldados, un viejo con pintorescos harapos de colores y la barba teñida con henna, y un muchacho con una desharrapada indumentaria de estilo europeo. Están todos muy tranquilos, con la vista fija en el vacío, y de vez en cuando escupen. En un rincón hay una misteriosa cama con mantas mugrientas. El empleado que está detrás del mostrador nos recibe encantado. Max presenta el cheque al cobro y

nos acompañan al despacho de M. le Directeur. M. le Directeur es robusto, de color café y locuaz. Nos recibe con infinita amabilidad. Pide café para nosotros. Ha sustituido al *directeur* del año pasado y no está del todo contento. Viene de Alejandreta, dice, donde hay una *pequeña* vida. Pero aquí (levanta las manos), «*On ne peut même pas faire un Bridge!*». «*No*», agrega, cada vez más dolido, «*pas même un tout petit Bridge*». (Nota: ¿cuál es la diferencia entre un *Bridge* y *un tout petit Bridge*? Supongo que en ambos casos se necesitan cuatro jugadores).

Transcurre media hora en que conversamos sobre la situación política y las comodidades (o su ausencia) en Qamisliya. «*Mais tout de même on fait des belles constructions*», reconoce. Aparentemente vive en una de las nuevas construcciones. No hay luz eléctrica, ni artefactos sanitarios, ni ninguna comodidad civilizada, pero al menos es una *construction*… «*une construction en pierre, vous comprenez!* Madame la verá camino de Chagar Bazar».

Le prometo fijarme en su casa.

Hablamos sobre los jeques locales. Todos son iguales, dice. *«Des propiétaires… mais qui pas le sou!».*
n'ont
Siempre están endeudados.

Cada tanto, durante la conversación, entra el cajero con cinco o seis formularios que Max firma; también debe desembolsar pequeñas cifras de dinero, por ejemplo sesenta céntimos *pour le timbre*.

Llega el café y cuarenta minutos después reaparece el menudo cajero con los tres últimos documentos, y el pedido de «*Et deux francs quarante cinq centimes pour les timbres, vous plaît*
s'il
». Nos dan a entender que han concluido las ceremonias y que ahora pueden entregarnos el dinero. *« à dire, si nous avons de ici!».*
C'est
l'argent

Fríamente, Max señala que ha informado sobre su intención de cobrar el cheque hace una semana. El cajero se encoge de hombros, sonriente. «¡Bien, ya veremos!». Por fortuna todo sale bien, nos entregan el dinero, *les timbres* están pagados, podemos marcharnos. En los bancos sigue sentada la misma gente, todavía con la vista fija

en el vacío y escupiendo.

Regresamos a Harrods. El aguador curdo nos está esperando. Informa que el caballo de Michel… bueno, a eso no se le puede llamar caballo. No es un caballo. Es un cascajo… exactamente eso, un cascajo. ¡Vaya con la *economia* de Michel! Max va a examinar a la bestia y yo vuelvo a la silla detrás de la caja registradora.

M. Yannakos Junior me entretiene con una defectuosa conversación sobre los acontecimientos del gran mundo. *«Votre roi». «Votre roi… vous avez un nouveau roi».* Coincido en que tenemos un nuevo rey. M. Yannakos Junior se esfuerza por expresar pensamientos para los que no tiene palabras: «*Le Roi! d'Angleterre*», exclama. *«Grand roi… Plus grand roi dans tout monde… aller… comme ça».* Hace un gesto expresivo. *«Pour une femme!».* Escapa a su comprensión. *«Pour une femme!».* No, semejante cosa es increíble. ¿Es posible que en Inglaterra le adjudiquen una importancia tan extraordinaria a las mujeres? «*Le plus grand roi au monde*», repite, pasmado.

Entran Max, el curdo y Michel. Éste, fugazmente cabizbajo por el voto de censura a su caballo, recupera todo su aplomo. Ahora entrarán en negociaciones por una *mula*. Michel refunfuña que una mula será muy cara. El curdo dice que una mula siempre es valiosa. Los dos salen en busca de un hombre, el marido de cuya prima segunda conoce a un hombre que tiene una mula para vender.

Repentina aparición de nuestro estúpido criado Mansur. Me dedica una sonrisa de bienvenida y me estrecha efusivamente la mano. Fue necesaria toda una temporada para enseñarle a poner la mesa… y aún hoy es proclive a irrumpir con los tenedores a la hora del té. Hacer las camas exige el máximo de su capacidad mental. Sus movimientos son lentos, perrunos, de hecho todo lo que hace corresponde a la naturaleza de una monería bien aprendida por un perro.

¿Iremos a la casa de su madre (que, dicho sea de paso, es nuestra lavandera) a inspeccionar una colección de antikas?

Vamos. La estancia está impecable y muy adornada. Por tercera vez en dos horas tomo café. Nos traen las antikas: pequeños frascos romanos de cristal, fragmentos de vidriados y alfarería, algunas monedas, una buena cantidad de chatarra. Max divide todo en dos

grupos, rechaza uno y ofrece un precio por el otro. Entra una mujer, evidentemente parte interesada en la cuestión. Es discutible si cerrará la venta o antes parirá gemelos. Por el aspecto que tiene podrían ser quintillizos. Presta atención a la traducción de Mansur, mueve negativamente la cabeza.

Salimos y volvemos al camión. Ya iniciadas las negociaciones para la mula, vamos a ver los toneles de agua, que serán transportados en el carro tirado por la mula. Una vez más, Michel está en dificultades. Ha encargado un tonel de tan grandes dimensiones que no cabrá en el carro y que, en caso de caber, probablemente mataría a cualquier caballo o mula. «Pero», gime Michel, «es más *economia* hacer un gran tonel que dos pequeños, y contiene más agua». Se le dice que es un redomado idiota y que en el futuro sólo debe hacer lo que le ordenen. Murmura esperanzado: «*Sawi proba*?», pero ve defraudada esta esperanza.

Después nos encontramos con el jeque… nuestro jeque particular. Con su desbordante barba teñida con henna, se parece más que nunca a Enrique VIII. Lleva sus habituales túnicas blancas y un turbante verde esmeralda. Está de un humor estupendo, ya que en breve se propone visitar Bagdad aunque, naturalmente, faltan unas cuantas semanas para que su pasaporte esté listo.

—Hermano —dice a Max—, todo lo que tengo es tuyo. Por ti no he sembrado ninguna semilla en mi terreno este año, para que toda la tierra estuviera a tu disposición.

Mi marido replica:

—Me hace feliz saber que tanta nobleza de tu parte también ha sido ventajosa para ti. Este año están fracasando todas las cosechas. Los que han sembrado perderán dinero. Te felicito por tu perspicacia.

Satisfecho así el honor, se separan en los mejores términos.

Montamos en *Blue Mary*. Michel arroja una carga de patatas y naranjas encima de mi sombrerera, aplastándola; las gallinas alborotan; algunos árabes y curdos piden que los llevemos… dos son aceptados. Se meten entre las gallinas y las patatas y el equipaje; partimos hacia Chagar Bazar.

La vida en Chagar Bazar

Llena de exaltación, diviso Nuestra Casa. ¡Se alza, con su cúpula, semejante a un santuario consagrado a algún santo venerable!

El jeque, me cuenta Max, está muy orgulloso de ella. De vez en cuando él y sus amigos dan vueltas a su alrededor, admirándola; Max sospecha que ya está tratando de conseguir un préstamo sobre la vivienda, pretendiendo que es de *su* propiedad y que nosotros somos meros inquilinos.

Mary se detiene con la usual aplicación violenta de los frenos por parte de Michel (*Forca*), y todos salen precipitadamente de la casa para recibirnos. Hay rostros conocidos y otros nuevos.

Dimitri, el cocinero, es el mismo. Su cara alargada y bondadosa es, decididamente, maternal. Lleva pantalones largos de muselina floreada y sonríe satisfecho. Me toma la mano y la aprieta contra su frente, después muestra, orgulloso, una caja de madera con cuatro cachorros recién nacidos. Éstos serán nuestros futuros perros guardianes, dice. Alí, el chico, también estuvo con nosotros el año pasado. Ahora se siente algo superior, ya que han empleado a otro chico de menor categoría, llamado Ferhid, para ayudar en la cocina. Es poco lo que se puede decir de Ferhid, excepto que parece preocupado por algo. Pero éste, me informa Max, es el estado crónico de Ferhid.

También tenemos un nuevo criado: Subri. Es alto, fortísimo y parece muy inteligente. Sonríe dejando a la vista un surtido de dientes blancos y dorados.

El Coronel y Bumps tienen listo el té. El Coronel hace las cosas con precisión militar. Ya ha instituido la nueva costumbre de alinear a los hombres en formación militar a la hora de las propinas. A los trabajadores les parece graciosísimo. Pasa mucho tiempo ordenando. Cuando Max va a Qamisliya se presenta su gran oportunidad. La casa, anuncia orgulloso, está ahora tan pulida como

una insignia nueva. Todo lo que tiene lugar está en su lugar, y muchas cosas que no tenían un lugar ahora lo tienen. ¡De tal forma que surgirán todo tipo de inconvenientes!

Bumps es nuestro arquitecto. Su mote emana de una inocente observación que le hizo al Coronel durante el viaje. Al amanecer, mientras el tren se aproximaba a Nisibin, Bumps levantó la persiana y se asomó con interés al país donde pasaría los próximos meses.

—Curioso lugar éste —observa—. ¡Está lleno de *promontorios*[2]!

—¡Promontorios! —se escandaliza el Coronel—. ¿No comprendes, joven insolente, que cada uno de esos *promontorios* es una ciudad milenaria enterrada?

¡Y a partir de entonces Bumps será el nombre de nuestro colega!

Me muestran las recientes adquisiciones. En primer lugar, un Citroën de segunda mano que el Coronel bautizó con el nombre de *Poilu*[3]. *Poilu* resulta ser un caballero muy temperamental. Por alguna razón siempre decide portarse mal con el Coronel, negándose obstinadamente a arrancar, u organizando una avería en el lugar menos conveniente.

Un día se me ocurre la razón de este misterio y explico al Coronel que la culpa es suya.

—¿Qué significa eso de que *yo* tengo la culpa?

—No tendría que haberle puesto el nombre de *Poilu*. Al fin y al cabo, si nuestro camión empezó como *Queen Mary*, lo menos que podía hacer era bautizar al Citroën como *Emperatriz Josefina*. ¡En tal caso no le habría planteado sinsabores!

El Coronel, partidario de una disciplina rigurosa, afirma que en cualquier caso ahora es demasiado tarde. *Poilu* es *Poilu* y tendrá que comportarse correctamente. Miro de soslayo a *Poilu*, que parece observar al Coronel con aire disoluto. Tengo la certeza de que *Poilu* está reflexionando sobre el más grave de los delitos militares: la sublevación.

Después se apresuran a saludarme los capataces. Yahya se parece más que nunca a un enorme perro feliz. Alawi, como siempre, está guapísimo. El viejo Abd es Salaam se muestra, como de costumbre, parlanchín.

Pregunto a Max cómo va el estreñimiento de Abd es Salaam. Responde que han dedicado casi todas las veladas a hablar exhaustivamente de la cuestión.

Pasamos a la sala antika. El primer período de trabajo de diez días ha concluido con la abundante cosecha de casi un centenar de tablillas, por lo que todo el mundo está alborozado. La semana que viene iniciaremos las excavaciones en Tell Brak además de seguir con las de Chagar.

Una vez instalada en la casa de Chagar, tengo la impresión de que nunca me he alejado de allí, aunque en virtud de la pasión del Coronel por el método, me parece que la casa está mucho más ordenada que antes. Lo que me retrotrae a la lamentable historia de los quesos camembert.

Max había comprado seis quesos camembert en Alepo con la idea de que se puede tratar a un camembert como a un queso holandés, almacenándolo hasta que lo necesites. Habían comido uno antes de mi llegada y el Coronel, al encontrar los otros cinco en una de sus rondas, los apiló pulcramente en el fondo de un aparador del salón. Los quesos quedaron rápidamente tapados por papel de dibujo, papel para la máquina de escribir, cigarrillos, caramelo turco, etcétera, y languidecieron en la oscuridad… inadvertidos, invisibles pero, todo hay que decirlo, no *inodoros*.

Un par de semanas después todos olisqueábamos y aventurábamos conjeturas.

—Si *no* supiera que no tenemos alcantarillado… —dice Max.

—Y que la tubería de gas más cercana debe de estar a unos trescientos veinte kilómetros de distancia…

—Entonces supongo que *tiene* que ser un ratón muerto.

—¡Una rata muerta, como mínimo!

La vida de puertas adentro se vuelve intolerable y buscamos decididamente la hipotética rata en proceso de descomposición. Entonces, y sólo entonces, se descubre una pegajosa masa fétida que en otros tiempos fueron cinco quesos camembert y que, pasada la etapa *coulant*, ahora están *coulant* a la enésima potencia.

Miradas acusadoras se vuelven sobre el Coronel y los repelentes restos se confían a Mansur para su solemne entierro en un punto bien alejado de la casa. Con mucho tacto, Max explica al Coronel que esto confirma lo que siempre ha sabido: ¡el concepto de orden es un grave error! El Coronel justifica su actitud: guardar los quesos ordenadamente fue una buena idea; la culpa de todo la tiene la distracción de los arqueólogos que no recuerdan que tienen quesos

camembert en la casa. Yo digo que el auténtico error reside en comprar quesos camembert, hechos *en bloc*, para toda la temporada. Bumps acota que no entiende para qué hay que comprar quesos camembert. ¡*A él* nunca le gustó el camembert! Obediente, Mansur se lleva los horribles desperdicios y los entierra, pero como siempre está desconcertado. ¡Probablemente a los Khwajas les *gustan* estas cosas, ya que pagan por ellas un buen dinero! ¿Para qué destruirlas, entonces, si sus buenas cualidades son mucho más evidentes que antes? ¡Obviamente todo es parte integrante de la manera de ser de los patrones!

El problema del servicio en el Jabur es muy distinto al problema del servicio en Inglaterra. ¡Podría decirse que aquí es el servicio el que tiene el problema del empleador! ¡Nuestros caprichos, prejuicios y preferencias son fantásticos y para la mente lugareña no siguen ninguna pauta lógica!

Por ejemplo, se distribuyen varios paños de texturas ligeramente diferentes y con ribetes de distintos colores, que se supone deben usarse con diferentes propósitos. ¿Para qué tanta complicación?

¿Por qué, cuando Mansur está usando un paño del servicio de té con borde azul para limpiar el barro del radiador del coche, sale de la casa una Jatun sulfurada y lo reprende? El paño ha quitado perfectamente el barro. ¿Y por qué recibe una censura inmerecida cuando una visita a la cocina pone de relieve el hecho de que las cosas del desayuno, una vez fregadas, se están secando con una sábana?

—Pero —protesta Mansur, ansioso por reivindicar su conducta —, no estamos usando una sábana limpia. ¡Está sucia!

Incomprensiblemente, esto parece empeorar las cosas para él.

De igual manera, el civilizado invento de la cubertería supone un constante dolor de cabeza para un criado preocupado.

Más de una vez he observado, a través de una puerta abierta, a Mansur abocado al calvario de poner la mesa.

Primero acomoda el mantel… probándolo muy seriamente en ambos sentidos y retrocediendo para observar cuál de los dos efectos es más agradable artísticamente.

Resuelve, inevitablemente, poner el largo del mantel a lo ancho de la mesa, de modo que queda una graciosa caída a ambos lados y las cabeceras dejan ver unos centímetros de madera desnuda.

Asiente aprobadoramente; a continuación, mientras se va formando una arruga en su frente, registra con la mirada un antiguo cesto chapado, que compramos muy barato en Beirut, en el que reposa una diversidad de cubiertos.

He aquí el verdadero problema. Atentamente y con muestras de un gran esfuerzo mental, pone un tenedor sobre cada taza con platillo y un cuchillo a la izquierda de cada plato. Retrocede y estudia el efecto con la cabeza ladeada. Menea la cabeza y suspira. Algo parece indicarle que ésa no es la disposición correcta. También algo parece indicarle que nunca, ni siquiera al final de la temporada, dominará el principio que se oculta detrás de las diversas combinaciones de esas tres unidades: cuchillo, tenedor, cuchara. Ni siquiera con el té, el servicio más sencillo, sabemos apreciar su disposición de un solo tenedor. Por alguna inescrutable razón exigimos, en un momento en que no hay nada serio que cortar, ¡un cuchillo! Es un sinsentido.

Con un profundo suspiro, Mansur prosigue su compleja tarea. Hoy, al menos, está dispuesto a complacernos. Vuelve a mirar. Pone un par de tenedores a la derecha de cada plato y añade una cuchara o un cuchillo en lugares alternos. Respirando afanosamente, dispone los platos, se inclina y los sopla violentamente para quitar cualquier resto de polvo. Tambaleante a causa de la intensa tensión mental, va a informar al cocinero que todo está preparado para que éste saque la *omelette* del horno, donde la ha dejado veinte minutos para que se mantenga caliente, sabrosa, y se vuelva bien correosa.

Entonces envían a Ferhid a buscarnos. El chico llega con aspecto de preocupación, como si debiera anunciar alguna catástrofe, de modo que sentimos un profundo alivio cuando todo lo que dice es que la cena está lista.

Esta noche degustaremos todos los platos que Dimitri considera de gran categoría. Primero los *hors d'oeuvre*: huevos duros colmados de mayonesa picante, sardinas, judías finas y anchoas. A continuación la especialidad de Dimitri: una paletilla de cordero rellena con arroz, uvas pasas y especias. Un verdadero misterio. Ante todo hay que cortar un largo hilo de algodón. Después se obtienen fácilmente cantidades del relleno, pero la carne te elude y sólo al terminar el plato descubres, al dar la vuelta al

corte, el cordero propiamente dicho. Luego tomamos peras de lata, pues Dimitri tiene terminantemente prohibido preparar el único postre que conoce y que a todos nos repugna: concretamente, flan. Más adelante el Coronel anuncia, orgulloso, que ha enseñado a Dimitri la elaboración de una especialidad no dulce para terminar la comida.

Se distribuyen los platos. En ellos hay una pequeña tira de pan árabe, cubierto de grasa caliente, que sabe vagamente a queso. ¡Informamos al Coronel que su especialidad deja mucho que desear!

Luego ponen en la mesa caramelo turco y unas deliciosas frutas de Damasco en conserva; en ese preciso instante llega el jeque para hacernos una breve visita. Nuestra decisión de excavar en Chagar ha modificado su posición: de hombre en bancarrota sin paliativos, ha pasado a ser un hombre sobre el que puede caer una lluvia de oro en cualquier momento. Según los capataces, en base a ello ha tomado una nueva y elegante esposa yazidí y ha incrementado cuantiosamente sus deudas como resultado del crédito ampliado. Indudablemente está de muy buen humor. Como de costumbre, va armado hasta los dientes. Se quita descuidadamente el fusil y lo arroja a un rincón, explayándose sobre los méritos de una pistola automática que acaba de adquirir.

—Vea —dice, apuntando de lleno al Coronel—. El mecanismo es así… excelente y simple. Apoya el dedo en el gatillo… así… y sale una bala tras otra.

Con voz angustiada, el Coronel le pregunta si la pistola está cargada.

Claro que está cargada, responde sorprendido el jeque. ¿De qué serviría una pistola si no estuviera cargada?

El Coronel, que experimenta un acertado horror militar cuando le apuntan con un arma cargada, cambia de asiento inmediatamente; Max distrae al jeque de su nuevo juguete ofreciéndole caramelo turco. El jeque se sirve una ración abundante, se chupa los dedos apreciativamente y nos sonríe a todos.

—Ah, ¿su Jatun sabe leer? —dice al verme concentrada en el crucigrama del *Times*—. ¿También sabe escribir?

Max dice que así es.

—Una Jatun muy culta —dice apreciativamente—. ¿Y da

medicinas a las mujeres? En tal caso, alguna noche vendrán mis esposas y le hablarán de sus dolencias.

Max explica que las esposas del jeque serán bien recibidas, pero que lamentablemente su Jatun no entiende mucho el árabe.

—Ya nos arreglaremos… nos arreglaremos —concluye alegremente el jeque.

Max le pregunta por su viaje a Bagdad.

—No todo está listo —dice el jeque—. Hay dificultades… formalidades.

Todos albergamos la astuta sospecha de que las dificultades son financieras. Se rumorea que el jeque ya se ha gastado todo el dinero que ha recibido de nosotros, además de la tajada que ha obtenido de los trabajadores de su aldea.

—En los tiempos del Barón… —empieza a decir.

Pero sin darle tiempo a mencionar el anticipo en oro, Max lo distrae preguntándole dónde está el recibo oficial por las sesenta libras sirias que el jeque ya ha recibido.

—Lo solicitará el gobierno.

El jeque renuncia instantáneamente a la idea de un sablazo, y explica que afuera hay un querido amigo y pariente suyo que tiene mal un ojo. ¿Saldríamos a examinarlo y darle un consejo?

Salimos a la oscuridad y observamos el ojo con la ayuda de una linterna. Evidentemente es algo que escapa a nuestras posibilidades, pues sólo vemos una masa sanguinolienta. Ese ojo debe verlo un médico, dice Max. Lo antes posible, agrega.

El jeque mueve afirmativamente la cabeza. Su amigo irá a Alepo. ¿Le daremos una carta para el Dr. Altounyan? Max accede y la empieza de inmediato; levanta la vista para preguntar:

—Ese hombre es pariente suyo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo se llama? —dice Max, sin dejar de escribir.

—¿Cómo se llama? —el jeque está un tanto asombrado—. No sé. Tendré que preguntárselo.

Vuelve a salir y regresa con la información de que el nombre de su pariente es Mahmoud Hassan.

—Mahmoud Hassan —dice Max mientras lo escribe.

—¿O quieres el nombre de su *pasaporte*? —pregunta el jeque—. El nombre de su pasaporte es Daoud Suliman.

Max lo mira desconcertado e insiste en saber cómo se llama realmente el hombre.

—Ponle el nombre que quieras —dice generosamente el jeque.

El jeque recibe la carta, recupera sus pertrechos bélicos, nos bendice alegremente y parte con su misterioso seguidor.

El Coronel y Bumps inician una discusión sobre el rey Eduardo VIII y la señora Simpson. Pasan a otra sobre el tema del matrimonio en términos generales, lo que parece llevarlos, con toda naturalidad, ¡al tema del suicidio!

Llegados a este punto los abandono y me voy a acostar.

Esta mañana sopla un viento fuerte, que arrecia hasta convertirse prácticamente en una tormenta de polvo hacia mediodía. Bumps, que ha subido a la colina con el casco colonial, tiene dificultades bajo la rugiente ventolera; por último el casco se le enreda alrededor del cuello. Michel, siempre tan diligente, va en su auxilio.

—*Forca* —dice al tiempo que tironea con fuerza de una correa.

A Bumps se le suben los colores mientras es lentamente estrangulado.

—*Beaucoup forca* —dice Michel alegremente y tironea más fuerte. Bumps se pone negro. ¡Lo rescatan justo a tiempo!

Después del trabajo estalla una violenta disputa entre el temperamental Alawi y Serkis, nuestro carpintero. Se inicia por una bagatela, como siempre, pero alcanza niveles feroces.

Max se siente obligado a impartir una de sus filípicas, a las que da el nombre de «charla de colegio primario». Cada día, dice, está más capacitado para ser director de escuela. ¡Tan fácilmente emanan de él repugnantes sensiblerías morales!

La arenga es impresionante.

—¿Creéis que yo y el Khwaja Coronel y el Khwaja del Poste siempre pensamos lo mismo? —pregunta Max—. ¿Que nunca estamos en desacuerdo? ¿Pero acaso levantamos la voz, gritamos, sacamos cuchillos? ¡No! ¡Aplazamos nuestras diferencias hasta volver a Londres! Aquí ponemos por delante el Trabajo. ¡Siempre el Trabajo! ¡Nos controlamos!

Alawi y Ferhid están profundamente afectados, se reconcilian y su conmovedora amabilidad mutua en cuanto a cuál de los dos

pasará primero por la puerta es digna de admiración.

Se ha concretado la compra de una bicicleta… una bicicleta japonesa muy barata. El vehículo será la orgullosa posesión de Ali, que dos días por semana irá pedaleando a Qamisliya y recogerá la correspondencia.

Parte al amanecer, rebosante de autoestima y felicidad, y vuelve cerca de la hora del té.

Dudosa, le digo a Max que me parece un camino muy largo. Qamisliya está a cuarenta kilómetros de distancia.

—Cuarenta kilómetros de ida y otros tantos de vuelta —murmuro, y agrego consternada—: El chico no podrá hacerlo. Es demasiado para él.

Max dice (insensiblemente, a mi juicio):

—Oh, no creo.

—Tiene que estar agotado. —Salgo en busca de Ali, tan recargado de trabajo.

No aparece por ningún lado. Por fin Dimitri comprende de qué estoy hablando.

—¿Ali? Ali ha vuelto de Qamisliya hace media hora. ¿Que dónde está ahora? Ha ido en bicicleta a la aldea de Germayir, a ocho kilómetros de aquí, donde tiene un amigo.

Mis ansias por Ali se aplacan bruscamente, sobre todo cuando, durante la cena, ayuda a servir la mesa con expresión radiante y sin dar muestras de fatiga.

Max se mofa de mí y murmura enigmáticamente:

—¿Recuerdas a Swiss Miss?

Me pongo a pensar en Swiss Miss y su época.

Swiss Miss era una de los cinco cachorros de pura raza callejera de nuestra primera excavación en Arpasiyya, cerca de Mosul. Respondían (o consentían) a los nombres de Woolly Boy, Boujy, Whitefang, Tomboy y Swiss Miss. Boujy murió muy joven, de un atracón de *klechah*, que es una especie de pasta excepcionalmente pesada que comen las sectas cristianas en Pascua. Nuestros capataces cristianos nos trajeron algunas y en cierto modo su amabilidad se convirtió en un engorro. Después de sufrir personalmente sus efectos y de alterar gravemente la digestión de

una inocente niña invitada, que lo comió de buena gana a la hora del té, subrepticiamente le dimos el resto a Boujy. Incrédulo, Boujy se acomodó bajo el sol, engulló tan rica golosina e inmediatamente estiró la pata. Fue una muerte en pleno éxtasis… ¡y digna de envidia! Entre los restantes perros, Swiss Miss se alzó con el poder, ya que era la Favorita del Amo. Se arrimaba a Max al atardecer, cuando terminaba de trabajar, y él le quitaba aplicadamente las garrapatas. Después los perros hacían cola junto a la cocina, con Swiss Miss a la cabeza, y cuando oían sus nombres avanzaban uno a uno para recibir la cena.

Luego, en alguna de sus aventuras, Swiss Miss se rompió una pata; volvió a casa cojeando y muy enferma. Pero no murió. Cuando llegó el momento de nuestra partida, me sentí abrumada por el destino de Swiss Miss. Lisiada, ¿cómo sobreviviría cuando nos hubiéramos ido? Lo único que podemos hacer, argumenté, es sacrificarla. No podíamos abandonarla a una muerte por inanición. Sin embargo, Max no quiso ni oír hablar de ello. Me aseguró, con gran optimismo, que Swiss Miss se las arreglaría. Los otros… sí, dije, posiblemente podrán valerse por sí mismos, pero Swiss Miss es una inválida.

La discusión continuó, cada vez más apasionada por ambas partes. Finalmente Max ganó y nos marchamos, dejándole dinero al viejo jardinero y pidiéndole que «cuidara de los perros, especialmente a Swiss Miss», aunque sin muchas esperanzas de que lo hiciera. Los temores por el sino de Swiss Miss me obsesionaron los dos años siguientes, y constantemente me reprochaba no haberme mantenido firme. Cuando volvimos a pasar por Mosul, fuimos a echar un vistazo a nuestra vieja casa. Estaba abandonada… no había señales de vida por ninguna parte. En voz baja, dije a Max:

—Me pregunto qué habrá sido de Swiss Miss.

Entonces oímos un gruñido. En un peldaño había un perro… una perra feísima (ni siquiera de cachorro Swiss Miss había sido una belleza). Se levantó y noté que cojeaba. Gritamos «Swiss Miss» y meneó débilmente el rabo, aunque no dejó de gruñir. Entonces surgió entre los matorrales un cachorrillo que corrió hacia su madre. Swiss Miss debió de encontrar un marido de muy buena planta, porque el cachorro era precioso. Madre e hijo nos

contemplaron plácidamente, aunque sin auténtico reconocimiento.

—Ya ves —dijo Max con tono triunfal—, te dije que se las arreglaría. Y está bastante gorda. Swiss Miss tiene seso y, por eso, ha sobrevivido. ¡Piensa en los buenos momentos que se habría perdido si la hubiésemos sacrificado!

A partir de entonces, cuando doy rienda suelta a mi ansiedad, las palabras Swiss Miss mitigan mis inquietudes.

Al final, no se ha comprado la mula. Pero sí se ha comprado un caballo… un verdadero caballo; no un cascajo, sino un gran caballo, un príncipe entre los caballos. Y con el caballo, aparentemente inseparable de él, ha venido un circasiano.

—¡Qué hombre! —exclama Michel elevando la voz hasta un agudo gemido de admiración—. Los circasianos saben todo lo que hay que saber sobre caballos. Viven para los caballos. ¡Y qué cuidado, qué previsión tiene este hombre con su caballo! Se preocupa sin cesar por su bienestar. ¡Y qué amable es! ¡Qué buenos modales tiene… *conmigo*!

Max no se deja impresionar, remarcando que el tiempo dirá si ese hombre sirve para algo. Nos lo presentan. Tiene un aire alegre y botas altas; me recuerda a alguien salido de un ballet ruso.

Hoy recibimos la visita de un colega francés; de Mari. Lo acompaña su arquitecto. Como tantos arquitectos franceses, parece un santo de segunda categoría. Luce una de esas barbas raras e indescriptibles. No dice nada salvo «*Merci, Madame*», a modo de amable negativa cada vez que le ofrezco algo. M. Parrot explica que tiene problemas estomacales.

Concluida su visita de cortesía, se marchan. Admiramos su coche. M. Parrot dice tristemente:

—*Oui, une bonne machine, mais elle va trop vite. Beaucoup trop vite. dernière elle a tué deux de mes architectes!*
c'est
L'année
—agrega.

Suben al coche, el arquitecto con cara de santo coge el volante, y de pronto desaparecen en un remolino de polvo a cien por hora… traqueteando entre baches y lomas, zigzagueando a través de la

aldea curda. Es muy probable que otro arquitecto, sin dejarse intimidar por la suerte corrida por su predecesor, caiga víctima de la indomable velocidad de la máquina. ¡Evidentemente el culpable siempre es el automóvil! ¡Nunca el hombre que pisa el acelerador!

El ejército francés está ahora de maniobras. Un acontecimiento emocionante para el Coronel, cuyo interés marcial despierta instantáneamente. No obstante, sus entusiastas intervenciones son recibidas fríamente por los oficiales a quienes van dirigidas. Recelan de él.

Le digo que piensan que es un espía.

—¿Espía? ¿Yo? —pregunta el Coronel sumamente indignado—. ¿Cómo pueden pensar semejante infamia?

—Evidentemente lo piensan.

—Me limité a hacerles unas pocas preguntas sencillas. Estas cuestiones son técnicamente interesantes. Pero sus respuestas son muy imprecisas.

Todo es decepcionante para el pobre Coronel, que ansia hablar de asuntos profesionales y es contundentemente rechazado.

Las maniobras preocupan a nuestros trabajadores en un sentido muy distinto. Un hombre serio y barbudo aborda a Max.

—Khwaja, ¿los 'asker se entrometerán con mi oficio?

—No, indudablemente no; no se meterán para nada en la excavación.

—No me refiero al trabajo, Khwaja, sino a mi oficio.

Max le pregunta cuál es su oficio, y el hombre responde, orgulloso, que contrabando de cigarrillos.

El contrabando de cigarrillos con la frontera de Irak parece casi una ciencia exacta. El coche de la aduana llega un día a la aldea… y al día siguiente llegan los contrabandistas. Max pregunta si los aduaneros nunca vuelven a visitar una aldea por segunda vez. El hombre le dedica una mirada de reproche y responde que no, naturalmente no. Si lo hicieran, todo iría mal. ¡Tal como son las cosas, los trabajadores fuman dichosamente cigarrillos que les han costado a dos peniques el centenar!

Max interroga a algunos sobre cuánto les cuesta, exactamente, vivir. Casi todos llevan el saco de harina si vienen de alguna aldea

distante. Les dura unos diez días. En la aldea alguien les hace el pan, porque aparentemente desmerece su dignidad hornear el propio pan. En ocasiones comen cebollas, a veces un poco de arroz y, probablemente, leche cortada. Después de hacer unos cálculos descubrimos que cada hombre vive, aproximadamente, ¡a razón de dos peniques semanales!

Llegan dos trabajadores turcos y cuando les toca el turno se interesan, angustiados, por los 'asker.

—¿Nos plantearán problemas a *nosotros*, Khwaja?

—¿Por qué os plantearían problemas a vosotros?

Parece que los turcos no tienen ningún derecho a estar al otro lado de la frontera. Pero uno de nuestros piqueros los tranquiliza.

—No pasará nada —dice—; tú usa el *kefiyaed*.

Por aquí son remisos al uso de gorras y *kefiyaed*; árabes y curdos se mofan cuando señalan con dedo despreciativo y gritan: «Turki! Turki!» al desafortunado que por orden de Mustafa Kemal va tocado a la europea. «Inquieta va la cabeza del que lleva gorra», en estos parajes.

Esta noche, cuando terminamos de cenar, el ansioso Ferhid entra y en un tono desesperado anuncia que el jeque ha traído a sus esposas para pedirle consejo a la Jatun.

Me siento algo nerviosa. Aparentemente he alcanzado la fama por mi sabiduría médica, fama totalmente inmerecida. Aunque las mujeres curdas no se andan con rodeos para describir sus dolencias con todo detalle a Max antes de pasar a mí, las púdicas árabes sólo vendrán a verme si estoy sola. La escena que sigue es, en su mayor parte, pantomima. Los dolores de cabeza se comprenden en seguida y las pacientes aceptan una aspirina con respeto reverencial. Los ojos inflamados se ven, aunque me resulta más difícil explicar el empleo del ácido bórico.

—*Mai harr* —digo (agua caliente).

—*Mai harr* —repiten.

Entonces hago una demostración con ácido bórico.

—*Mithl hadha*.

Pantomima final del baño ocular.

La paciente responde con la pantomima de bebérselo de un trago. Muevo negativamente la cabeza. Aplicación *externa*… en los *ojos*. La paciente está un tanto desilusionada. Sin embargo, al día

siguiente nos enteramos por el capataz de que la esposa de Abu Suleiman ha mejorado mucho con la medicina de la Jatun. ¡Se bañó los ojos con ella y luego se bebió hasta la última gota!

El gesto más común es un expresivo frotamiento del abdomen.

Esto tiene dos significados: a) indigestión aguda; b) queja de esterilidad.

El bicarbonato de soda funciona de perlas en el primer caso y ha alcanzado una sorprendente reputación en el segundo.

—¡El polvo blanco de tu Jatun ha funcionado maravillas la temporada pasada! Ahora tengo dos hijos fuertes: ¡gemelos!

Pese a los triunfos pasados me acobardo un poco ante la dura prueba que me espera. Max me estimula con su acostumbrado optimismo. El jeque le ha dicho que su esposa tiene los ojos malos. Será un sencillo caso de ácido bórico.

Desde luego, y a diferencia de las mujeres de la aldea, las esposas del jeque llevan velo. En consecuencia, trasladan una lámpara a un pequeño depósito vacío en el que veré a la paciente.

El Coronel y Bumps hacen varias observaciones obscenas y tratan de ponerme nerviosa mientras me dirijo con cierta inquietud al consultorio.

Afuera, en la oscuridad, hay unas dieciocho personas. El jeque saluda a Max con un alegre rugido y señala a una figura alta con la cara cubierta por un velo.

Musito los saludos convencionales e inicio la marcha hacia el pequeño depósito. No me sigue una mujer, sino cinco. Todas van alborotadas, ríen y charlan.

La puerta se cierra a nuestras espaldas. Max y el jeque permanecen al otro lado para hacer de intérpretes en caso necesario.

Estoy un poco aturdida al ver a tantas mujeres. ¿Son *todas* esposas? ¿Y *todas* necesitan atención médica?

Se sueltan los velos. Una de ellas es joven y alta… muy bella. Imagino que es la nueva esposa yazidí recién adquirida con la renta anticipada de la tierra. La esposa principal es mucho mayor; aparenta unos cuarenta y cinco años y probablemente tiene treinta. Todas usan joyas, todas encajan en el tipo curdo alegre y elegante.

La mujer madura se señala los ojos y se palmea la cara. ¡Ay, no es un caso para recetar ácido bórico! Yo diría que padece alguna

forma virulenta de envenenamiento de la sangre.

Levanto la voz y hablo con Max. Se trata de un envenenamiento, digo, de la sangre, y debería acudir a un médico o a un hospital de Dair-az-Zor o Alepo, donde le pondrían las inyecciones apropiadas.

Max se lo transmite al jeque, que parece impresionado con el diagnóstico. Poco después Max grita:

—Está hondamente impresionado por tu inteligencia. Eso es exactamente lo que ya le ha dicho un médico de Bagdad. Éste también le dijo que necesitaba *des piqures*. Ahora que tú también lo dices, el jeque lo pensará seriamente. Más adelante, por cierto, llevará a su esposa a Alepo.

Apunto que sería bueno que lo hiciera cuanto antes.

Este verano, dice el jeque, o a más tardar en otoño. No antes. Todo será como ordene Alá.

Ahora las esposas inferiores o lo que sean estudian mis ropas en un arrebato de éxtasis. Doy a la paciente unas aspirinas para paliar su dolor, recomiendo aplicaciones de agua caliente, etc. No obstante, está mucho más interesada en mi aspecto que en su propio estado. Ofrezco caramelo turco; todas reímos, sonreímos y nos acariciamos mutuamente los vestidos.

Lamentablemente, después las mujeres se acomodan los velos y emprenden la retirada. Con los nervios de punta, regreso a la sala.

Pregunto a Max si cree que el jeque la llevará al hospital y me responde que probablemente no.

Hoy Michel va a Qamisliya con la colada y una larga lista de compras. Michel no sabe leer ni escribir, pero jamás olvida un solo artículo y siempre recuerda el precio exacto de cada uno. Es escrupulosamente honrado, lo que compensa sus múltiples características fastidiosas, que yo enumeraría en el siguiente orden:

1. Su gemido chillón.
2. Su tendencia a golpear tutti bajo las ventanas.
3. Sus ilusionadas tentativas de asesinato de musulmanes en los caminos.
4. Su aptitud polémica.

Hoy hay montones de fotografías y me introduzco en mi «cuarto

oscuro». Éste es, sin la menor duda, un gran progreso con respecto al «pequeño excusado» de Amuda. Puedo mantenerme erguida, y hay una mesa y una silla.

Pero se trata de un suplemento reciente, añadido pocos días antes de mi llegada; el ladrillo-adobe todavía está húmedo. Unos hongos extraños crecen en las paredes y si te encierras allí un día caluroso sales parcialmente asfixiada.

Max ha dado una barra de chocolate al chiquillo que lava la cerámica fuera de la casa; esta noche el crío lo acosa.

—Khwaja, te ruego que me digas el nombre de ese caramelo. Tan delicioso es que ya no me interesan los dulces del bazar. ¡Tengo que comprar este nuevo caramelo aunque me cueste un mejidi!

Le digo a Max que debería sentirse como si hubiera iniciado a un drogadicto. Evidentemente, el chocolate crea hábito.

Muy distinta actitud, observa Max, tuvo el anciano a quien el año pasado ofreció un trozo de chocolate. El viejo se lo agradeció cortésmente y lo envolvió entre los pliegues de su túnica. El entrometido Michel le preguntó si no lo comería. «Es bueno», dijo Michel. El anciano respondió, sencillamente: «Es *nuevo*. ¡Puede ser peligroso!».

Hoy es nuestro día libre y vamos a Brak a hacer preparativos. El montículo propiamente dicho está a poco más de un kilómetro y medio del Gaggag, y lo primero que debemos resolver es el problema del agua. Habíamos puesto a trabajar a un pocero local, pero el agua próxima al montículo resultó demasiado salobre para beber. Por ende, habrá que traerla desde el río; de ahí el circasiano, el carro y los toneles (y el caballo que no es un cascajo). También será necesario contratar un vigilante para que viva en las excavaciones.

Nosotros alquilaremos una casa en la aldea armenia, junto al río. Aquí casi todas las casas están deshabitadas. El poblado comenzó con considerables gastos pero, a juzgar por las apariencias, sin tener en cuenta que lo primero es lo primero. Las casas (¡aunque para la mirada occidental probablemente serían miserables, tugurios de ladrillo-adobe!) eran en realidad demasiado ambiciosas, más grandes y rebuscadas de lo necesario, en tanto la noria de la que dependía la irrigación y todo el éxito del asentamiento era una chapuza, pues no quedaba dinero suficiente para construirla como

es debido. La colonia se inició con una especie de base comunal. Las herramientas, animales, arados y otros elementos serían amortizados por la comunidad con sus beneficios. Pero lo que ocurrió fue que uno tras otro se hartaron de la vida en tierras vírgenes, sintieron el deseo de retornar a la ciudad y se largaron, llevándose sus herramientas y aperos. Resultado: todo había de ser constantemente reemplazado y la gente que siguió en la lucha notó, con gran desconcierto, que estaba cada vez más endeudada. Finalmente la noria dejó de funcionar y la colonia derivó a simple aldea… a simple aldea bastante contrariada, si a eso vamos. La casa abandonada que alquilamos es imponente, con un muro alrededor de un patio y una «torre» de dos plantas a un costado. De cara a la torre, al otro lado, hay una serie de habitaciones, cada una de las cuales da al patio. Ahora Serkis, el carpintero, se ocupa de reparar el maderaje de puertas y ventanas para dejar algunas habitaciones en condiciones de acampar.

Despachamos a Michel a un pueblo que está a unos tres kilómetros de distancia, a buscar al nuevo vigilante para el montículo, junto con una tienda.

Serkis informa que la habitación de la torre es la que se encuentra en mejor estado. Subimos unos peldaños, cruzamos una pequeña azotea y entramos en las dos habitaciones. Decidimos poner un par de catres de tijera en la interior y reservamos la exterior para comer, etc. Hay unos tablones con bisagras para cerrar las ventanas, pero Serkis pondrá cristales.

Regresa Michel e informa que el vigilante que le ordenaron transportar hasta el montículo tiene tres esposas, ocho hijos, muchos sacos de harina y arroz, además de bastante ganado. Imposible transportar todo esto en el camión. ¿Qué debe hacer?

Sale otra vez con tres libras sirias e instrucciones de traer lo que pueda; el excedente pagará pasaje en burro.

Aparece imprevistamente el circasiano, conduciendo el carro-aljibe. Va cantando y esgrime una gran fusta. El carro está pintado de azul y amarillo brillante, los toneles de agua son azules, el circasiano lleva botas altas y túnicas alegres. El conjunto se parece más que nunca al ballet ruso. El circasiano se apea, hace restallar la fusta y sigue cantando, tambaleante. ¡Está evidentemente borracho!

¡Otra de las iniciativas de Michel!

El circasiano queda despedido y ocupa su lugar un tal Abdul Hassan, un hombre serio y melancólico que, según dice, entiende a los caballos.

En el camino de regreso a casa nos quedamos sin gasolina a tres kilómetros de Chagar. Max echa pestes contra Michel.

Michel levanta las manos al cielo y deja escapar un quejido de inocencia herida.

Lo ha hecho exclusivamente por nuestro interés. Quería usar hasta la última gota de gasolina.

—¡Pedazo de imbécil! ¿No te he dicho que siempre debes llenar el depósito *y* llevar un bidón de repuesto?

—No habría habido lugar para la lata de repuesto y, además, podrían haberla robado.

—¿Y por qué no llenaste el depósito?

—Quería saber hasta dónde era capaz de llegar el camión con lo que teníamos.

—¡Idiota!

Para aplacar las iras Michel dice: «*Sawi proba*», lo que provoca en Max un bramido de furia. Todos nos sentimos inclinados a aplicarle *Forca* a Michel, que conserva su aspecto virtuoso: ¡un hombre inocente injustamente culpado!

¡Max se domina pero dice que comprende por qué son masacrados los armenios!

Por fin llegamos a casa, donde nos recibe Ferhid diciendo que desea «retirarse», porque él y Ali están siempre peleándose.

Chagar y Brak

La grandeza tiene un precio. De nuestros dos criados, Subri es incuestionablemente el mejor. Inteligente, rápido, adaptable y siempre alegre. Su aspecto general de ferocidad y el inmenso cuchillo atentamente afilado que guarda bajo la almohada por la noche, son puras majaderías. Lo mismo que el hecho de que cada vez que pide permiso para faltar se debe a que ha de visitar a algún pariente que está en la cárcel de Damasco, o en alguna otra, por asesinato. Estos asesinatos, explica seriamente Subri, han sido absolutamente *necesarios*. Siempre se cometieron por una cuestión de honor o de prestigio familiar. Lo que queda corroborado, dice, por el hecho de que ninguna de sus condenas es larga.

Entonces Subri es, con mucho, el criado más deseable; pero Mansur, por derecho de antigüedad en el servicio, es el principal. Aunque encaja perfectamente en la máxima de Max de ser demasiado estúpido para no ser honrado, a mi juicio Mansur es, para decirlo sin cortapisas, ¡un gaznápiro!

Y Mansur, como es el principal, atiende a las necesidades de Max y las mías, mientras el Coronel y Bumps, supuestamente de rango inferior, cuentan con los servicios del inteligente y alegre Subri.

¡A veces, a primera hora de la mañana, me invade una sensación de odio por Mansur! Entra en el dormitorio después de llamar unas seis veces, dudando de que el repetido «Adelante» esté realmente destinado a él. Entra respirando laboriosamente; sostiene en precario equilibrio dos tazas de té cargado. Muy lentamente, respirando entre estertores y arrastrando los pies, avanza y deja una taza sobre la silla que está al lado de mi cama, volcando casi todo el té en el platillo. Con él entra un penetrante aroma, en el mejor de los casos a cebolla, en el peor a ajo. Ninguno de los dos es apreciado en su justo valor a las cinco de la madrugada.

Haber derramado el té llena de desesperación a Mansur. Contempla fijamente la taza y el platillo, menea la cabeza toqueteándolos dubitativamente.

Con mi feroz voz de semidespierta, digo:

—¡Deja eso en paz!

Mansur se sobresalta, respira hondo y va arrastrando los pies hasta la cama de Max, donde repite la función.

Acto seguido dedica su atención al lavamanos. Coge la palangana esmaltada, la lleva con gran cautela hasta la puerta y la vacía afuera. Vuelve con ella, echa dentro unos dos centímetros y medio de agua, la repasa penosamente con un dedo. El proceso se prolonga alrededor de diez minutos. Luego suspira, sale, vuelve con una lata para queroseno llena de agua caliente, la deja en el suelo y sale lentamente con su arrastrar de pies, cerrando la puerta de tal manera que automáticamente se abre de par en par.

Entonces bebo el té frío, me levanto, limpio yo misma la palangana, tiro el agua, cierro la puerta correctamente y empiezo el día.

Después del desayuno, Mansur se ocupa de «hacer el dormitorio». Su primera tarea, después de salpicar una buena cantidad de agua en los alrededores del lavamanos, consiste en quitar el polvo muy aplicada y metódicamente. No lo hace mal, pero tarda una eternidad.

Satisfecho con la primera etapa de las faenas domésticas, Mansur sale, empuña una escoba indígena, vuelve con ella y empieza a barrer furiosamente. Después de levantar una auténtica polvareda, por lo que el aire se vuelve irrespirable, Mansur hace las camas… de manera tal que cuando te acuestas tus pies quedan inmediatamente expuestos o, si sigue el segundo método —que lleva consigo el que la mitad de la ropa de cama quede remetida debajo del colchón—, la mitad superior sólo te llega a la cintura. Paso por alto características secundarias como tender las sábanas y mantas en capas alternas o poner las dos fundas en una sola almohada. Estos vuelos imaginativos sólo tienen lugar los días que se cambia la ropa de cama.

Por último, moviendo la cabeza con aprobación, Mansur sale tambaleante, agotado por la tensión nerviosa y el arduo trabajo. Se toma muy en serio a sí mismo y sus obligaciones, y es sumamente

concienzudo. Su actitud ha causado una profunda impresión en el resto del personal, y Dimitri, el cocinero, le dice muy seriamente a Max:

—Subri es muy dispuesto e industrioso pero no tiene, por supuesto, el *conocimiento* y la *experiencia* de Mansur, que ha aprendido todas las costumbres de los Khwajas.

Para no subvertir la disciplina, Max se obliga a emitir unos sonidos de asentimiento, pero tanto él como yo miramos tiernamente a Subri cuando sacude y pliega alegremente la ropa del Coronel.

En una ocasión intenté, oficiosamente, inculcar a Mansur mis propias ideas de la rutina doméstica, pero fue un movimiento erróneo. Sólo logré confundirlo y avivar su obstinación natural.

—Las ideas de la Jatun no son prácticas —dijo apenado a Max —. Me pide que ponga hojas de té en el *suelo*. Pero las hojas de té deben ponerse en una *tetera* para *beberlas*. ¿Y cómo voy a quitar el polvo de las habitaciones *después* de barrer? Yo sacudo el polvo de las mesas y lo dejo caer al suelo, *luego* lo barro. Es lo más razonable.

Mansur es drástico en cuanto a lo que es razonable. Cuando el Coronel pidió mermelada para añadirla a su *leben* (leche cortada), encontró la reprobación instantánea de Mansur:

—¡No, no es necesario!

Algunos vestigios de tradición militar persisten en Mansur. Su respuesta inmediata a una llamada es: «*Présent!*». Anuncia el almuerzo y la cena con una fórmula sencilla: «*La Soupe!*».

Mansur está realmente en su elemento a la hora del baño, antes de cenar. Allí preside él y no tiene que hacer nada personalmente. Bajo su mirada dominante, Ferhid y Ali traen de la cocina grandes latas para queroseno llenas de agua hirviente y otras con agua fría (en su mayor parte barro) y disponen las bañeras… que son enormes redondeles de cobre semejantes a grandes bateas para conservas. Más tarde, todavía bajo la supervisión de Mansur, Ferhid y Ali salen tambaleantes con las bateas de cobre y las vacían, por lo general delante de la puerta principal, de modo que si sales desprevenido después de cenar, patinas sobre barro líquido y caes de bruces.

A Ali, desde su ascenso a cartero y la adquisición de la bicicleta, se le han subido los humos a la cabeza con respecto a las tareas

domésticas. Al preocupado Ferhid se le asigna la interminable tarea de desplumar aves de corral y el ritualista fregado de los platos, que supone una ingente cantidad de jabón y apenas agua.

En las raras ocasiones en que entro en la cocina para «mostrar» a Dimitri la preparación de algún plato europeo, instantáneamente se ponen en marcha los más altos niveles de higiene y pureza general.

Si cojo un cuenco que parece perfectamente limpio, de inmediato me lo quitan de las manos y se lo dan a Ferhid.

—Ferhid, limpia esto para que lo use la Jatun.

Ferhid aferra el cuenco, y mancha esmeradamente su interior con jabón amarillo, aplica un vigoroso pulido a la superficie jabonosa y me lo devuelve. Tengo el presentimiento de que un *soufflé* aromatizado con jabón no sabrá realmente bien, pero me reprimo y me obligo a seguir adelante.

Todo el proceso me tiene en vilo. En primer lugar, la temperatura de la cocina suele rondar los 37 grados e incluso para mantener ese frescor sólo hay una diminuta apertura que deja pasar la luz, por lo que el efecto general es de una penumbra bochornosa. A ella se suma la impresión dispersadora de la absoluta confianza y reverencia expresada en cada uno de los rostros que me rodean. Y me rodean una buena cantidad de rostros porque, además de Dimitri, el servil Ferhid y el altanero Ali, pueden presentarse a observar el producto: Subri, Mansur, el carpintero Serkis, el aguador y algún trabajador suelto que está haciendo algo en la casa. La cocina es pequeña, la multitud enorme. Forman un corro de ojos admirados y reverentes que observan hasta el último detalle de mis movimientos. Empiezo a ponerme nerviosa y siento que todo saldrá mal. Se me cae un huevo al suelo y se me rompe. ¡Tan plena es la confianza que depositan en mí que durante uno minutos todos interpretan que ello forma parte del ritual!

Sigo adelante, cada vez más acalorada y más desquiciada. Los cazos son distintos a todos los que conozco, el batidor de huevos tiene el mango inesperadamente desmontable, la forma o el tamaño de todo lo que uso es una rareza… Me recompongo y resuelvo a la desesperada que, cualquiera sea el resultado, fingiré que ésa era mi intención.

A decir verdad, los resultados fluctúan. La cuajada al limón es un éxito rotundo; la mantecada es incomible y la enterramos en

secreto; un *soufflé* de vainilla sale bien de milagro, en tanto un pollo Maryland (debido, comprendo más adelante, a la extrema frescura e increíble longevidad de los pollos) es tan duro que nadie puede hincarle el diente.

No obstante, ya sé qué puedo transmitir y qué debo dejar en paz. Cualquier plato que tenga que comerse inmediatamente después de cocinado es impensable en Oriente. *Omelette, soufflé* y patatas fritas se harán inevitablemente con una buena hora de anticipación y se pondrán a madurar en el horno; de nada sirven las protestas. Por otro lado, cualquier otra cosa, por elaborada que sea, que requiera una larga preparación anticipada y que pueda esperar, será un manjar. Con gran pesar borramos *soufflé* y *omelette* de la lista de Dimitri. Al mismo tiempo, ningún chef podría presentar regularmente, día tras día, una mayonesa más perfecta.

Hay otro aspecto digno de mención en la línea culinaria. Se trata del plato que conocemos familiarmente como «biftek». Una y otra vez el anuncio de esta exquisitez despierta nuestras esperanzas, esperanzas condenadas a la decepción cuando nos presentan una fuente que contiene algunos trocitos muy fritos de carne cartilaginosa.

—Ni siquiera *sabe* a carne de vaca —dice pesaroso el Coronel.

Y ésa es, naturalmente, la verdadera explicación: nunca hay carne de vaca.

La carnicería se sustituye mediante un procedimiento muy simple. De tarde en tarde Michel va con el camión a una aldea o tribu vecina. Regresa, abre la puerta trasera de *Mary*, ¡y caen ocho ovejas!

Estas ovejas son liquidadas de a una por vez, en la medida de nuestras necesidades. ¡Imparto órdenes estrictas de que *no* deben matarse justo delante de las ventanas del salón! También protesto cuando veo a Ferhid cargando sobre los pollos con un cuchillo largo y afilado en la mano. Estos remilgos de la Jatun son tratados con indulgencia por el personal, como una más de las peculiaridades occidentales.

Un día que excavábamos cerca de Mosul, nuestro viejo capataz se acercó a Max sumamente excitado.

—Mañana tienes que llevar a tu Jatun a Mosul —le dijo—. Habrá un gran acontecimiento. Habrá un *ahorcamiento*… ¡de una

mujer! ¡Tu Jatun disfrutará muchísimo! ¡No debe perdérselo por nada del mundo!

Mi indiferencia —mi repugnancia, por cierto— a su invitación lo dejó estupefacto.

—Pero es una *mujer* —insistió—. Muy rara vez se cuelga a una mujer. ¡Es una curda que ha envenenado a tres maridos! Por supuesto… ¡por supuesto la Jatun no querrá perderse *eso*!

Mi firme negativa a asistir me rebajó muchísimo ante sus ojos. Nos dejó tristemente y se fue solo a disfrutar del ahorcamiento de la mujer.

También me acometen inesperados melindres en otros sentidos. Aunque indiferente al destino de pollos y pavos (desagradables criaturas que gluglutean), compramos una vez un ganso bien cebado. Desgraciadamente, resultó ser muy sociable. Evidentemente había vivido en su aldea como un miembro más de la familia. La primera noche intentó, con gran tenacidad, compartir el baño de Max. Siempre empujaba alguna puerta y asomaba el pico con la esperanzada expresión de «Qué solo estoy». A medida que pasaron los días nos desesperamos. Nadie se resignaba a dar la orden de matar al ganso.

Por último se encargó de ello el cocinero. El ganso fue debidamente servido, sabrosamente relleno a la manera autóctona, con un aspecto y un aroma delicioso. ¡Pero ay, ninguno de nosotros logró probar bocado! Fue la comida más deprimente de nuestra vida.

Bumps cae en desgracia el día en que Dimitri nos sirve, orgulloso, un cordero: cabeza, pies, todo lo demás. Bumps le echa un vistazo y huye a toda velocidad de la habitación.

Pero volvamos al problema del «biftek». Después de matar y desmembrar una oveja, se la sirve en el siguiente orden: la espaldilla, o algo parecido, rellena con especias y arroz, todo bien cocido (la gran especialidad de Dimitri); después las patas; a continuación una fuente de lo que en la guerra solía denominarse «despojos comestibles»; más adelante una especie de guiso de arroz; y por último las ignominiosas porciones rechazadas de la oveja, indignas de inclusión en las mejores preparaciones, fritas y refritas durante un prolongado período hasta que se reducen de tamaño y adquieren una consistencia correosa… ¡el plato conocido como

«biftek»!

El trabajo en el montículo ha avanzado satisfactoriamente; la totalidad de la mitad inferior ha resultado ser prehistórica. Hemos cavado en una porción una «zanja profunda» desde lo alto hasta el suelo virgen. Ésta nos ha dado quince estratos de ocupaciones sucesivas. De ellos, los diez inferiores son prehistóricos. Después del 1500 A. C. el lugar fue abandonado, con toda probabilidad debido a que había comenzado la demudación y los niveles ya no eran provechosos. Como siempre, hay algunas sepulturas romanas e islámicas, que sólo son intrusas. Decimos a los trabajadores que son romanas para evitar toda susceptibilidad musulmana, pero ellos mismos son un hato de irrespetuosos. «¡Estamos desenterrando a *tu* abuelo, Abdul!», ríen. «No, ¡el tuyo, Daoud!», bromean libremente.

Hemos encontrado muchos y muy interesantes amuletos con animales tallados, todos de un tipo bastante conocido, pero de pronto empiezan a aparecer unas figuras curiosísimas. Un pequeño oso ennegrecido, la cabeza de un león y, finalmente, una rara figura humana primitiva. Max sospechaba que esos objetos existían, pero la figura humana es demasiado. Lo que hemos desenterrado es un forjador dedicado a su tarea.

—Y un individuo muy inteligente, además —dice Max mientras hace girar apreciativamente el oso—. Un trabajo interesante.

Prosigue el trabajo detectivesco. Los objetos aparecen en un rincón de la excavación y suelen ser encontrados por uno u otro de dos hermanos. Estos hombres vienen de una aldea que dista alrededor de diez kilómetros. Un día, en otra parte completamente distinta de la excavación, sale una «cuchara» embetunada de aspecto sospechoso. Ha sido «hallada» por un hombre de la misma aldea. Se distribuye la propina como de costumbre.

¡Pero el día de pago surge la gran revelación! Max expone los objetos, pronuncia un apasionado sermón de condena, denuncia la superchería, y los destruye públicamente (aunque ha guardado el oso como curiosidad). Los hombres que los han presentado son despedidos, y se marchan alegremente, aunque proclamando su inocencia a viva voz.

Al día siguiente los trabajadores ríen entre dientes en la

excavación.

—El Khwaja sabe —dicen—. Es muy sabio en antigüedades. No se le puede engañar.

Max está triste porque le gustaría saber exactamente cómo se realizaron las falsificaciones. Tan excelente artesanía merece su aprobación.

Ahora es posible imaginar cómo era Chagar entre tres y cinco mil años atrás. En tiempos prehistóricos debió de ser una ruta de caravanas muy frecuentada, que comunicaba Harran y Tell Halaf y atravesaba el Gabal Singiar hasta Irak y el Tigris, y de allí hasta la antigua Nínive. Era un punto de una red de grandes centros comerciales.

A veces se percibe un toque personal: un alfarero que ha dejado su marca en la base de su vasija, una *cache* en una pared donde hay un pequeño jarro lleno de pendientes de oro, la dote, quizás, de la hija de la casa. También el toque personal más cercano a nuestra época: una lámina de metal, con el nombre Hans Krauwinkel de Nuremberg, realizada alrededor del 1600 de nuestra era y colocada en un sepulcro islámico, evidencia de que en aquella época estas recónditas regiones y Europa estaban en contacto.

Remontándonos aproximadamente cinco mil años, hay unas encantadoras cerámicas incisas —a mis ojos auténticas bellezas—, todas hechas a mano.

De la misma época hay también Madonnas… figuras con turbante y pechos generosos, grotescas y primitivas, aunque evidentemente representan socorro y consuelo.

No olvidemos el fascinante desarrollo del *motif* «bukranium» en alfarería, que comienza como una sencilla cabeza de buey y se vuelve menos naturalista y más formal hasta el punto que no la reconocerías si no supieras nada de los pasos intermedios. (En realidad es, comprendí un tanto mosqueada, el simple diseño de un vestido de seda estampada que a veces uso. ¡Bueno, «bukranium» tiene un sonido mucho más agradable que «losanges de corrimiento»!).

Ha llegado el día de dar la primera palada en Tell Brak. Un momento de gran solemnidad.

Gracias a los esfuerzos combinados de Serkis y Ali disponemos de un par de habitaciones. El aguador, el augusto caballo que no es un cascajo, el carro, los toneles… todo está preparado.

El Coronel y Bumps van a dormir a Brak la noche anterior para estar en el montículo al alba.

Max y yo llegamos alrededor de las ocho. El Coronel, ¡ay!, ha pasado una mala noche luchando contra los murciélagos. Parece que la habitación de la torre está literalmente plagada de murciélagos: criaturas por las que el Coronel siente una desmesurada aversión.

Bumps informa que cada vez que se despertó durante la noche, vio al Coronel dando tumbos por la habitación, arremetiendo enloquecido con una toalla de baño.

Nos quedamos un rato observando las obras en la excavación.

El melancólico aguador vino a mi lado y me soltó una larga historia aparentemente referida a sus amargos infortunios. Cuando se acercó Max le pedí que averiguara de qué se trataba realmente.

Parece que el aguador tiene esposa y diez hijos en algún lugar cercano a Garabulus, y que su corazón no soporta su ausencia. ¿Podemos darle un anticipo para hacerlos venir?

Abogo por una respuesta favorable. Max alberga sus dudas. Una mujer en la casa, dice, planteará problemas.

En el camino de vuelta a Chagar encontramos a muchos de nuestros trabajadores andando a campo traviesa hacia la nueva excavación.

—*El hamdu lillah!* —gritan—. ¿Habrá trabajo para nosotros mañana?

—Sí, habrá trabajo.

Alaban una vez más a Dios y siguen andando.

Pasamos dos días en casa, sin incidentes, y ahora nos toca el turno en Brak. Aún no se ha encontrado nada importante pero el lugar promete mucho; la casa y demás son del período que corresponde.

Hoy sopla un fuerte viento del sur… el más detestable de los vientos. Te crispa y te saca de quicio. Partimos preparados para lo peor, con botas de caucho, impermeables e incluso paraguas. No nos tomamos muy en serio la insistencia de Serkis en asegurarnos

que ha remendado el tejado. Esta noche será, como diría Michel, un caso de *Sawi proba*.

La ruta a Brak es a campo traviesa, sin camino. Estamos a mitad de trayecto cuando adelantamos a dos de nuestros trabajadores que van a pie hacia «la obra». Como en *Mary* queda sitio, Max se ofrece a llevarlos, lo que provoca una gran algarabía. Un perro con un trozo de cuerda raída alrededor del cuello va pisándoles los talones.

Los hombres suben y Michel se dispone a arrancar. Max les dice que también llevaremos a su perro. *No es su perro*, dicen. Apareció de improviso en medio del desierto.

Miramos más atentamente al perro. Aunque de ninguna raza conocida, es, con toda evidencia, una mezcla europea. Por su forma se asemeja a un Skye, con colorido de Dandy Dinmont y no poco de Terrier peludo. Es larguísimo, tiene brillantes ojos ambarinos y un morro pardo claro bastante corriente. No parece desgraciado ni triste ni asustadizo… a diferencia del perro común de Oriente. Cómodamente sentado, nos estudia con sus ojillos alegres y menea ligeramente el rabo. Max dice que lo llevaremos con nosotros, y ordena a Michel que lo recoja y lo meta en el camión.

Michel vacila.

—Me morderá —dice, dubitativo.

—Sí, sí —dicen los dos árabes—. ¡Querrá comer tu carne! ¡Mejor déjalo aquí, Khwaja!

—¡Levántalo y mételo dentro, maldito imbécil! —dice Max a Michel. Michel se arma de coraje y avanza sobre el perro, que vuelve la cabeza hacia él y lo mira con simpatía.

Michel retrocede rápidamente. Pierdo la paciencia, bajo de un salto, levanto al perro y vuelvo a montar en *Mary* con él. Le asoman las costillas a través del pellejo. Seguimos camino a Brak, donde se entrega el recién llegado (mejor dicho la recién llegada) a Ferhid con instrucciones de que le sirva una buena comida. También discutimos su nombre y nos decidimos por Miss Ostapenko (porque estoy leyendo *Tobit transplanted*). No obstante, y debido sobre todo a Bumps, a Miss Ostapenko sólo se la conocerá como Hiyou[4]. Hiyou resulta ser un personaje sorprendente. Ávida de vida, es decididamente intrépida y no teme a nada ni a nadie. Siempre está de buen humor y absolutamente resuelta a hacer, en todo momento, exactamente lo que le venga en gana. Es obvio que posee las siete

vidas generalmente atribuidas a los gatos. Si está encerrada, se las arregla para salir. Si la dejamos afuera, logra entrar… en una ocasión practicando un agujero de sesenta centímetros en una pared de ladrillo-adobe. Asiste a todas las comidas y es tan insistente que no puedes resistirte. No pide; exige.

Estoy convencida de que alguien se llevó a Hiyou con una piedra sujeta al cuello mediante una cuerda e intentó ahogarla, pero Hiyou, decidida a gozar de la vida, mordisqueó la cuerda, nadó hasta la orilla y empezó alegremente a atravesar el desierto, escogiendo seguir a esos dos hombres por su instinto infalible. Para confirmar mi teoría, Hiyou viene con nosotros siempre que la llamamos, excepto si vamos al Gaggag. En esos casos se mantiene firme en el sendero, menea un poco la cabeza y vuelve a la casa. «No, gracias», dice. «¡No me gusta que me ahoguen! ¡Es un plomo!».

Nos alegramos de saber que el Coronel ha pasado mejor la noche. Serkis ha expulsado a la mayoría de los murciélagos al reparar el tejado y, además, el Coronel ha improvisado un artilugio robinsoniano que incluye un inmenso cuenco con agua, en el que terminan por caer los murciélagos y ahogarse. El mecanismo, según nos explicó el Coronel, es muy complicado, y sus preparativos cercenaron sus horas de sueño.

Subimos al montículo y almorzamos en un sitio protegido del viento. Aun así, con cada mordisco ingerimos una buena dosis de arena y polvo. Todo el mundo se muestra alegre y hasta el melancólico aguador muestra cierto orgullo al conducir el carro ida y vuelta al Gaggag para traer el agua de los trabajadores. Lo lleva hasta el pie del montículo y desde allí los burros suben el agua en cántaros. Todo está rodeado de una atmósfera bíblica que resulta fascinante.

Cuando llega el *Fidos* nos despedimos; el Coronel y Bumps van con *Mary* a Chagar y nosotros iremos a cumplir nuestro turno de dos días en Brak.

La habitación de la torre es bastante atractiva. Hay esteras en el suelo y un par de alfombras. Tenemos jarra y palangana, una mesa, dos sillas, dos catres, toallas, sábanas, mantas e incluso libros. Las ventanas están fijadas con cierta inestabilidad; nos vamos a acostar

después de una comida más bien peculiar, servida con preocupación por Ferhid y cocinada por Ali. Es en su mayor parte espinaca muy líquida, con minúsculas islas que, sospechamos, son de «biftek».

Pasamos una buena noche. Sólo se materializa un murciélago y Max lo ahuyenta con una linterna. Resolvemos decirle al Coronel que sus historias de cientos de murciélagos son una grosera exageración probablemente originada en la bebida. A las cuatro y cuarto despiertan a Max con el té y se marcha al montículo. Yo vuelvo a dormirme. A las seis me llaman con el té. Max viene a desayunar a las ocho. Nos sirven el desayuno con gran fasto: huevos pasados por agua, té, pan árabe, dos tarros de mermelada y una lata de polvo para preparar flan (!) Minutos después nos presentan un segundo plato: huevos revueltos.

Max murmura: «*Trop de zèle*» y por miedo a la inminente llegada de una *omelette* hace avisar al invisible Ali que lo que hemos tomado es suficiente. Ferhid suspira y va a transmitir el mensaje. Vuelve; su frente es un muestrario estriado de perplejidad y angustia. Tememos una importante catástrofe… pero no es así, y se limita a preguntar:

—¿Queréis que os suban naranjas con el almuerzo?

Bumps y el Coronel llegan al mediodía. Bumps pasa bastantes apuros con su casco colonial debido al fuerte viento. El comedido Michel se acerca a aplicar la *Forca* pero, al recordar lo ocurrido la última vez, Bumps lo elude hábilmente.

Nuestro almuerzo usual se compone de carne fría y ensalada, pero el alma ambiciosa de Ali se ha elevado vertiginosamente a otras alturas y comemos rodajas de berenjenas fritas, tibias y cocidas a medias, grasosas patatas fritas frías, pequeños discos de «biftek» demasiado fritos y ensalada aliñada horas atrás, de modo que el conjunto es una cornucopia de grasa verde y fría.

Max dice que lamentará mucho tener que desalentar los bienintencionados esfuerzos de Ali, pero que no tendrá más remedio que poner freno a su imaginación.

Descubrimos que Abd es Salaam emplea la hora del almuerzo para obsequiar a los trabajadores con una larga conferencia moral de carácter francamente nauseabundo.

—¡Mirad lo afortunados que sois! —grita mientras agita los brazos—. ¿No se hace todo por vosotros? ¿No se os tiene todo tipo de consideraciones? ¡Se os permite traer aquí la comida y comerla en el patio de la casa! ¡Los salarios son desorbitados… sí, tanto si encontráis algo como si no, os dan dinero! ¡Qué generosidad, qué nobleza! ¡Y eso no es todo! ¡Además de tan inmenso pago, recibís más dinero por todo lo que encontráis! ¡El Khwaja os cuida como un padre e incluso evita que os hagáis daño en el cuerpo! ¡Si tenéis fiebre, os da medicinas! ¡Si tenéis las tripas cerradas, os da medicinas de gran poder para abrirlas! ¡Cuánta suerte tenéis! ¡Y más generosidad aún! ¿Acaso os deja trabajar con sed? ¿Tenéis que traer el agua que bebéis? ¡No! ¡De ninguna manera! ¡Aunque no tiene ninguna obligación, por su enorme generosidad, *trae* el agua gratuitamente para vosotros hasta el montículo, desde el Gaggag! ¡Agua traída con grandes gastos en un carro tirado por un *caballo*! ¡Pensad en los gastos, en los desembolsos! ¡Qué maravillosa fortuna os acompaña al estar empleados por un hombre como él!

Nos escabullimos; Max comenta, reflexivo, que no entiende cómo alguno de los trabajadores no asesina a Abd es Salaam. *Él* lo haría, si fuese uno de ellos. Bumps opina, por el contrario, que los trabajadores se tragan todo esto con gusto. Es cierto. Los hombres intercambian murmullos apreciativos.

—Lo que dice es razonable. Nos trae el agua. Sí, aquí impera la generosidad. Tiene razón. Somos afortunados. Este Abd es Salaam es un sabio.

Bumps dice que le indigna ver cuánto disfrutan con el discurso. Yo discrepo con él. ¡Recuerdo la avidez con la que de niña absorbía los cuentos provistos de una gran carga moral! Y los árabes tienen algo de ese enfoque *naïf* de la vida. Prefieren al sentencioso Abd es Salaam antes que al más moderno y menos mojigato Alawi. Además, Abd es Salaam es un gran bailarín y por las noches, en el patio de la casa de Brak, los hombres, dirigidos por el viejo capataz, danzan largas e intrincadas cadencias —o algo más semejante a un *dibujo*—, a veces hasta altas horas. Es un misterio cómo pueden hacerlo y estar en el montículo a las cinco de la mañana. ¡Claro que también es un misterio el que los hombres de aldeas distantes tres, cinco y diez kilómetros lleguen todos los días a la hora en punto, al amanecer! No tienen relojes y deben salir de sus casas a horarios

que oscilan entre veinte minutos y más de una hora antes de la salida del sol, pero se presentan. No llegan tarde ni temprano. También sorprende verlos al *Fidos*, cuando concluye el trabajo (media hora antes del ocaso), arrojar sus canastas al aire, reír, echarse los picos al hombro y *correr*… sí, *correr* alegremente los diez kilómetros que los separan de sus casas. Su único descanso ha consistido en media hora para desayunar y una hora para almorzar, y según nuestras pautas siempre han estado desnutridos. Es verdad que trabajan de una manera que podríamos calificar de pausada, con escasos arrebatos de frenesí en excavar o en correr cuando los acomete una oleada de regocijo, pero el trabajo es realmente duro. Quizás el piquero se lleva la mejor parte, porque una vez que ha limpiado la superficie de su área se sienta a gozar de un cigarrillo mientras el palero llena las canastas. Los canasteros no tienen reposo, excepto el que logran birlar por su cuenta. Pero son diestros en ello, yendo en cámara lenta hasta el vertedero o tardando un buen rato en registrar sus canastas.

En un sentido general son un grupo de gente maravillosamente sana. ¡Hay bastantes ojos doloridos y están muy preocupados por el estreñimiento! Creo que hoy en día está difundida la tuberculosis, un aporte de la civilización occidental. Pero su capacidad de recuperación es extraordinaria. Un hombre le abre la cabeza a otro, dejando una herida de aspecto horrible. El damnificado nos pide que la curemos y vendemos, pero se desconcierta ante la sugerencia de que abandone el trabajo y vuelva a su casa. «¿Por esto? ¡No es más que un dolor de cabeza!». Y un par de días más tarde, todo ha cicatrizado a pesar del tratamiento indudablemente antihigiénico que el hombre se aplicó a sí mismo en cuanto llegó a su casa.

Max mandó a su casa a un trabajador con un gran furúnculo doloroso en la pierna, pues obviamente tenía fiebre.

—Te pagaremos lo mismo que si estuvieras aquí.

El hombre protestó pero se marchó. Pero esa misma tarde Max lo encontró trabajando.

—¿Qué haces aquí? Te mandé a casa.

—Fui a casa, Khwaja —ocho kilómetros—. Pero todo estaba aburrido. ¡Ninguna conversación! Sólo las mujeres. Entonces volví. ¡Y ha sido *bueno*, la hinchazón se ha roto!

Hoy regresamos a Chagar y los otros dos se trasladan a Brak. Al volver a casa experimento una sensación de lujo. A nuestra llegada descubrimos que el Coronel se ha dedicado a pegar letreros por todas partes, ¡en su mayoría de índole insultante! Asimismo ha ordenado todo con tanto celo que somos incapaces de encontrar lo que necesitamos. ¡Planeamos las represalias! Finalmente recortamos fotos de la señora Simpson de unos periódicos viejos y las pinchamos en la habitación del Coronel.

Hay que sacar y revelar muchas fotografías; como el día es caluroso, salgo del cuarto oscuro sintiéndome yo misma como un hongo de la pared. El personal se ocupa de proporcionarme agua relativamente pura. Primero se escurre el barro más denso y luego se filtra el agua en diversos cubos, a través de algodón en rama. En el momento de usarla para los negativos sólo contiene partículas de arena y polvo del aire, y los resultados son satisfactorios. Uno de los trabajadores le pide a Max permiso para ausentarse cinco días.

—¿Por qué?

—¡Tengo que ir a la cárcel!

Hoy ha sido un día memorable por un salvamento. Durante la noche llovió y esta mañana la tierra seguía empapada. Alrededor de las doce llegó un jinete de aspecto delirante, con el desenfreno y la desesperación de quien lleva la buena nueva de Aquisgrán a Gante. De hecho, trae malas noticias. El Coronel y Bumps habían emprendido camino para reunirse con nosotros y se han quedado empantanados. El jinete desanda el camino llevando dos palas y nosotros disponemos una partida de rescate en el *Poilu*. Parten cinco hombres al mando de Serkis. ¡Llevan palas y tablas adicionales, y salen cantando vocingleramente!

Max les grita que espera no se queden ellos también atascados. Y eso es exactamente lo que ocurre, aunque afortunadamente a pocos cientos de metros de donde *Mary* ha sufrido su desgracia. Tiene el eje trasero enterrado en barro y su tripulación está muy fatigada, pues intentaron desenterrarlo durante cinco horas seguidas. Exasperados casi hasta la demencia por las exhortaciones y órdenes bienintencionadas de Michel, que imparte con su habitual gemido en falsete chillón, consistentes principalmente en el grito de

«*Forca!*» mientras rompe tres gatos, uno tras otro. Con auxilio de los duros (seleccionados por su robustez), y bajo las más aptas instrucciones de Serkis, *Mary* acepta salir del barro, lo que hace repentinamente, bañando a todos de la cabeza a los pies y dejando tras de sí un hoyo enorme al que el Coronel bautizó con el nombre de «Fosa de *Mary*».

Ha caído mucha lluvia durante nuestro último período en Brak y el tejado de Serkis no ha soportado tanto esfuerzo. Para colmo, los tablones de la ventana se abren de par en par y por allí se cuelan en la habitación ráfagas de viento y lluvia. Por suerte la precipitación más intensa cae en nuestro «día libre», de modo que no entorpece el trabajo, aunque debemos suspender nuestra proyectada excursión al volcán Kawkab.

Dicho sea de paso, estuvimos a un tris de sufrir un motín por esta razón, ya que el período de diez días termina en sábado y Abd es Salaam, encargado de anunciar a los hombres que no se trabajará al día siguiente, como el chapucero acabado que es, dice con voz quejumbrosa:

—Mañana es domingo… ¡*en consecuencia*, no se trabaja!

¡Al instante se arma un jaleo! ¿Qué? ¿Tantos buenos caballeros musulmanes serán insultados y sacrificados en nombre de veinte desgraciados armenios que son cristianos? Un bravío caballero de nombre Abbas 'Id intenta organizar una huelga. Entonces Max pronuncia un discurso, estableciendo que si él quiere tomarse libre un domingo, lunes, martes, miércoles, viernes o sábado, día libre será. ¡En cuanto a Abbas 'Id, jamás debe volver a asomar la cara por allí! Dice a los armenios —que incitan al crimen con sus risillas triunfantes— que se muerdan la lengua. Luego se inicia la distribución de la paga. Max se instala en el *Mary*, Michel sale bamboleante de la casa con sacos de dinero (que ya no son mejidis, gracias a los cielos, pues los han declarado ilegales y ahora es *de rigueur* la moneda siria) que traslada al camión. La cara de Max aparece ante la ventanilla del asiento del conductor (a la manera de un empleado de taquilla ferroviaria), Michel mete una silla en el camión y asume el control del efectivo, apilando las monedas y suspirando profundamente al contemplar cuánto dinero va a parar a manos musulmanas.

Max abre un voluminoso Libro Mayor y comienza la diversión.

Cuadrilla tras cuadrilla desfilan al oír su nombre, suben y reciben lo que se les debe. Hemos realizado tremendas proezas aritméticas hasta altas horas de la noche anterior, ya que se cotejan las propinas diarias de cada hombre y se suman a los jornales.

Las desigualdades del destino son muy marcadas los días de pago. Algunos sacan abundantes gratificaciones y otros casi nada. Los hombres intercambian bromas y pullas, y todos se muestran alegres, incluso aquellos a quienes la Fortuna dejó de lado. Una curda alta y guapa se precipita hacia su marido, que está contando lo que acaba de recibir.

—¿Cuánto tienes? ¡Muéstramelo! —Sin el menor reparo le arrebata todo el dinero y se bate en retirada.

Dos árabes de estampa refinada giran la cara por la impresión que les causa semejante espectáculo de conducta tan poco femenina (y tan poco masculina).

La curda vuelve a salir de su choza para insultar al marido por la forma en que desata a un burro. El curdo, un hombre robusto y guapo, suspira tristemente. ¡A quién le gusta ser un marido curdo!

Según reza un dicho, si un árabe te roba en el desierto, te pegará pero te dejará con vida; si te roba un curdo, te matará por el mero placer de matarte.

¡Tal vez ser tiranizado en el ámbito hogareño estimula la ferocidad fuera de casa!

Al cabo de dos horas cada uno ha recibido lo suyo. Se ha zanjado un nimio malentendido entre Daoud Suleiman y Daoud Suleiman Mohammed, para satisfacción de todos. Abdullah vuelve sonriente y explica que por error se le han asignado diez francos con cincuenta. El pequeño Mahmoud protesta estridentemente por cuarenta y cinco céntimos: «¡Dos abalorios, un borde de cerámica y un poquitín de obsidiana, Khwaja, y fue el jueves pasado!». Todas las reclamaciones, contrarreclamaciones y otras hierbas han sido analizadas y resueltas. Se pide información sobre quiénes seguirán trabajando y quiénes se irán. Casi todos se marchan.

—Pero después del próximo período… ¿Quién puede saberlo, Khwaja?

—Sí —dice Max—, cuando te hayas gastado todo el dinero.

—Como tú digas, Khwaja.

Intercambian amistosos saludos y despedidas. Esa noche hay

canciones y danzas en el patio.

Otra vez en Chagar, un encantador día caluroso. El Coronel ha estado farfullando rabioso por el comportamiento de *Poilu*, que en Brak lo ha dejado todos los días en la estacada. En cada una de estas ocasiones ha llegado Ferhid, afirmando que el coche está perfectamente, que nada funciona mal y, como demostración de este hecho, *Poilu* arranca al instante. El Coronel lo considera un insulto adicional.

Llega Michel y explica, con su voz aguda, que sólo es necesario limpiar el carburador… una tarea muy sencilla, le hará una demostración al Coronel. A continuación Michel representa su diablura predilecta: chupa gasolina, se hace gárgaras con ella y por último se la traga. El Coronel lo observa con expresión de frío asco. Michel menea la cabeza, sonríe feliz y dice persuasivamente al Coronel: «*Sawi proba?*». Entonces enciende un cigarrillo. Contenemos la respiración suponiendo que saldrán lenguas de fuego de la garganta de Michel, pero no pasa nada.

Surgen diversas complicaciones de poca monta. Despiden a cuatro trabajadores que pelean constantemente. Alawi y Yahya disputan y ahora no se dirigen la palabra. Han robado una alfombra de casa. El jeque está indignadísimo y ha reunido un tribunal de investigación en el llano. Tenemos el placer de observar la ceremonia desde lejos: un corro de hombres barbudos con ropajes blancos, sentados con las cabezas muy juntas.

—Lo celebran allí —explica Mansur— para que nadie pueda oír los secretos que dicen.

Los procedimientos ulteriores son muy orientales. El jeque se acerca a nosotros, nos asegura que ya sabe quiénes son los malhechores, que se ocupará de todo y que recuperaremos nuestra alfombra.

Pero lo que ocurre en la realidad es que el jeque aporrea a seis de sus enemigos personales y con toda probabilidad chantajea a otros tantos. La alfombra no reaparece pero el jeque está de un humor estupendo y aparentemente vuelve a disponer de dinero a manos llenas.

Abd es Salaam aborda sigilosamente a Max.

—*Yo* te diré quién robó la alfombra. Fue el cuñado del jeque, el jeque yazidí. Es un hombre maligno, pero su hermana es muy buena.

La mirada de Abd es Salaam se ilumina con la esperanza de perseguir a los yazidís, pero Max declara que dará por perdida la alfombra y que no debe hablarse más del tema.

—En el futuro —dice Max mirando severamente a Mansur y a Subri— debéis tener más cuidado y no dejar las alfombras al sol fuera de la casa.

Se produce otro incidente lamentable: llegan unos funcionarios de la aduana y detienen a dos de nuestros trabajadores por fumar cigarrillos iraquíes de contrabando. ¡Muy mala suerte tienen esos dos, ya que de hecho doscientos ochenta hombres (nuestra plantilla actual), fuman cigarrillos iraquíes de contrabando!

El aduanero solicita una entrevista con Max.

—Es un delito muy grave —le dice—. Por deferencia contigo, Khwaja, nos hemos abstenido de arrestarlos en tu excavación. No sería digno de tu honor.

—Agradezco vuestra amabilidad y delicadeza —replica Max.

—Sugerimos, no obstante, que debes despedirlos sin pagarles, Khwaja.

—No puede ser. No me corresponde *a mí* hacer cumplir las leyes de este país. Soy un extranjero. Estos hombres trabajan para mí y yo me he comprometido a pagarles. No puedo negarles lo que les debo.

Finalmente se liquida la cuestión (con el consentimiento de las partes culpables) descontando dos multas del salario de los hombres y entregándole el dinero al funcionario de aduanas.

—*Inshallah!* —dicen los hombres, se encogen de hombros y vuelven al trabajo.

Max tiene el corazón blando y esa semana es excesivamente generoso con las propinas que da a los dos culpables. El día de pago se muestran muy alegres. Ni se les pasa por la cabeza que Max esté haciendo beneficencia; atribuyen su buena suerte a la infinita compasión de Alá.

Hemos hecho otra excursión a Qamisliya, paseo que ahora contiene toda la emoción de una visita a París o a Londres. La rutina es

prácticamente la misma de siempre: Harrods, una conversación inconexa con M. Yannakos, prolongadas sesiones en el banco, aunque esta vez animadas por la presencia de un dignatario supremo de la Iglesia Maronita, con su cruz tachonada en piedras preciosas, el pelo exuberante, el hábito morado. Max me da un codazo para que ofrezca mi silla a *Monseigneur*, lo que hago a regañadientes, sintiéndome profundamente protestante. (Nota: en circunstancias similares, ¿ofrecería la única silla al arzobispo de York si por casualidad estuviera sentada en ella? Pienso que aunque yo lo hiciera, ¡él no la aceptaría!). El archimandrita o gran muftí o lo que sea, la acepta; se hunde en el asiento con un suspiro de satisfacción y me dedica una mirada benigna.

¡Michel, huelga decirlo, pone a prueba nuestra paciencia! Hace compras ridículas de carácter sumamente económico. También va con Mansur para hacer averiguaciones sobre la compra de otro caballo; Mansur, encendido de pasión equina, monta el animal y embiste la barbería local, donde Max se está cortando el pelo.

—¡Fuera, estúpido! —chilla Max.

—¡Es un caballo hermoso —grita Mansur— y muy manso!

En ese momento el caballo se encabrita y todos los que están en la barbería, amenazados por dos colosales cascos delanteros, se agachan buscando refugio.

Mansur y el caballo son expulsados, Max vuelve a sentarse para que terminen de cortarle el pelo y aplaza para más tarde todo lo que quiere decirle a Mansur.

Tomamos un almuerzo delicioso y exquisito con el comandante francés del cuartel, invitamos a algunos oficiales a hacernos una visita y regresamos a Harrods para ver cuáles son las últimas bestiezas de Michel. Parece que va a llover, por lo que decidimos volver a casa en seguida.

Se concreta la compra del caballo y Mansur ruega que se le permita volver montado a casa. Max dice que en tal caso nunca llegará.

Yo opino que es una excelente idea y le pido que permita a Mansur volver a caballo.

—Tendrás tantas agujetas que no podrás moverte —le advierte Max.

Mansur responde que jamás tiene agujetas cuando monta.

Acordamos que Mansur regresará a caballo al día siguiente. La correspondencia se ha retrasado un día, de modo que podrá recogerla y llevarla consigo.

Llueve durante el trayecto (vamos acompañados por los acostumbrados pollos y deshechos humanos). Pegamos unos patinazos impresionantes pero llegamos a casa antes de que la ruta se vuelva impracticable.

El Coronel acaba de llegar de Brak y ha tenido montones de problemas con los murciélagos. Ha sido todo un éxito atraerlos con una linterna eléctrica hasta la palangana, pero como se ha pasado toda la noche entretenido en eso no ha pegado ojo. ¡Le informamos fríamente que *nosotros* nunca vemos ningún murciélago!

¡Entre nuestros trabajadores hay uno que sabe leer y escribir! Se llama Yusuf Hassan y es uno de los más holgazanes de la excavación. Ni una sola vez llegué al montículo y encontré a Yusuf trabajando. Siempre acaba de terminar su parcela o está a punto de empezarla, o ha hecho una pausa para encender un cigarrillo. Está orgulloso de su cultura y un día se divierte con sus amigos escribiendo en una cajetilla de cigarrillos vacía: «Saleh Birro se ha ahogado en el Gaggag». ¡Todos festejan con alegría tanta erudición e ingenio!

Y la cajetilla vacía se enreda con una bolsa de pan vacía, que guardan en un saco de harina; a su debido tiempo el saco vuelve a su lugar de origen: la aldea de Hanzir. Allí alguien ve la inscripción. Se la lleva a un hombre instruido, que la lee. En el acto envían la noticia a la aldea de Germayir, tierra natal de Saleh Birro. Resultado: el miércoles siguiente llega a Tell Brak un nutrido desfile de deudos: hombres, mujeres llorosas, niños gimoteantes.

—¡Ay, ay! —gritan—. ¡Nuestro amado Saleh Birro se ha ahogado en el Gaggag! Hemos venido a buscar su cuerpo.

Lo primero que ven es a Saleh Birro propiamente dicho, que excava dichoso y escupe en el hoyo de tierra que tiene asignado. Anonadamiento, explicaciones, e inmediatamente Saleh Birro, enloquecido de ira, intenta saltarle la tapa de los sesos a Yusuf Hassan con su pico. Interviene un amigo de cada una de las partes. Sale el Coronel, les ordena que pongan punto final a la reyerta (¡vana esperanza!) y trata de averiguar qué ocurre.

Max reúne un tribunal de investigación y se pronuncia el fallo.

Saleh Birro es despedido por un día: a) por pelear, b) por no dejar de pelear cuando se le ordenó. Yusuf Hassan debe ir andando hasta Germayir (cuarenta kilómetros), dar allí las explicaciones correspondientes y disculparse por su singular ocurrencia de mal agüero. Además, lo multan con dos jornales.

Y la verdadera moraleja es —señala después Max a su círculo selecto— ¡que resulta muy peligroso saber leer y escribir!

Mansur, que se ha quedado aislado tres días en Qamisliya debido al mal tiempo, llega montado en el caballo, imprevistamente más muerto que vivo. No sólo no puede tenerse en pie, sino que ha añadido a su malestar el infortunio de haber comprado en Qamisliya un pescado grande y delicioso que durante la forzosa espera se le echó a perder. ¡Por algún motivo que no sabemos apreciar lo ha traído consigo! Lo hacemos enterrar con premura y Mansur se va a acostar quejoso. No volvemos a verlo en tres días. En el interín, disfrutamos de los inteligentes servicios de Subri.

Por fin hacemos la proyectada expedición al Kawkab. Ferhid, con más aire de concentración que nunca, se ofrece como guía, ya que «conoce el país». Cruzamos el Gaggag por un puente de aspecto precario y nos abandonamos al triste liderazgo de Ferhid.

Al margen de que Ferhid está a punto de morir de ansiedad en el camino, no nos va tan mal. El Kawkab está siempre a la vista, lo que resulta útil, pero la tierra pedregosa que debemos atravesar es espantosa, especialmente a medida que nos acercamos al volcán extinguido.

La atmósfera en casa era muy tensa antes de la partida, pues una apasionada rencilla por una pequeña pastilla de jabón había irritado a todo el personal. Los capataces dicen fríamente que prefieren no sumarse a la expedición, pero el Coronel los obliga a participar. ¡Montan en *Mary* desde lados opuestos y se sientan dándose la espalda! Serkis se agazapa como una gallina en el fondo y no habla con nadie. No es fácil saber exactamente quién ha reñido con quién. Sin embargo, al coronar el ascenso del Kawkab todo ha caído en el olvido. Esperábamos una suave elevación sobre un terreno

alfombrado de flores pero, cuando estamos allí, descubrimos que subir es semejante a escalar una pared y que el suelo es de resbaladizas cenizas negras. Michel y Ferhid se niegan terminantemente siquiera a empezar, pero los demás lo intentamos. En breve me doy por vencida y me instalo para disfrutar del espectáculo de los demás resbalando, resollando, trepando. ¡Abd es Salaam sube casi todo el tiempo a cuatro patas!

Hay un cráter más pequeño y almorzamos en el reborde. Abundan las flores y pasamos un momento inolvidable. El entorno, con las montañas del Gabal Singiar no muy distantes, es un portento. La paz absoluta es maravillosa. Me invade una oleada de felicidad y comprendo cuánto amo este país, lo completa y satisfactoria que es esta vida…

La llegada de Mac

La temporada está a punto de concluir. Ha llegado el momento de que Mac se reúna con nosotros y tenemos ganas de verlo. Bumps hace muchas preguntas acerca de él y muestra incredulidad ante algunas de mis manifestaciones. Hace falta otra almohada y en Qamisliya compramos la mejor que encontramos, aunque indudablemente es dura como una piedra.

—El pobre tipo no podrá dormir con *eso* —observa Bumps.

Le aseguro que a Mac le da igual dónde duerme.

—Las pulgas y las chinches no le pican, aparentemente no lleva equipaje ni desparrama sus posesiones personales —agrego, reminiscente—: Sólo su manta escocesa y su diario.

Bumps no me cree.

Es el día de la llegada de Mac. Como coincide con nuestro día libre organizamos una compleja expedición. El Coronel sale con *Poilu* hacia Qamisliya a las cinco de la madrugada; combinará el encuentro con Mac con un corte de pelo (algo que debe hacer con mucha frecuencia, ya que insiste en llevarlo al rape, al estilo militar).

Desayunamos a las siete y a las ocho partimos hacia Amuda, donde el *rendez-vous* con los demás; después iremos todos a Ras-al-Ain con la idea de empezar a examinar algunos montículos en las inmediaciones. (¡Siempre nos pasamos los días festivos trabajando!).

Subri y el apacible Dimitri también participan en esta expedición. Van exquisitamente ataviados, con botas brillantes, sombreros de fieltro flexible y trajes de color púrpura demasiado ceñidos para ellos. Michel, advertido por amargas experiencias anteriores, se ha puesto su ropa de trabajo, aunque ha agregado

polainas islámicas para señalar el sentido festivo.

Amuda está tan inmunda como de costumbre, con un despliegue de más reses lanares en estado de descomposición de las que recuerdo. Mac y el Coronel todavía no han aparecido y aventuro la opinión de que *Poilu*, como siempre, ha defraudado al Coronel.

Pero llegan enseguida y después de los saludos y unas pocas compras (principalmente pan: el pan de Amuda es muy bueno) nos disponemos a partir, sólo para descubrir que *Poilu* ha recaído en su mala conducta y tiene un pinchazo. Michel y Subri lo solucionan deprisa, mientras a su alrededor se reúne una multitud que avanza cada vez más, a empujones… inveterada costumbre de los habitantes de Amuda.

Finalmente emprendemos el viaje, pero una hora más tarde *Poilu* repite su mal comportamiento y pincha otro neumático. Más reparaciones; ahora parece que ninguno de los artículos de tocador de *Poilu* está en condiciones. El gato es defectuoso y la bomba un fiasco completo. Subri y Michel hacen maravillas agarrándose a porciones de tubería con uñas y dientes.

Perdemos una hora de nuestro precioso tiempo y volvemos a partir. Más adelante llegamos a un uad inesperadamente lleno de agua, algo inusual en fecha tan prematura. Hacemos un alto para discutir si podemos abalanzarnos y atravesarlo. Michel, Subri y Dimitri sustentan la opinión de que podemos, naturalmente si Dios quiere y es piadoso. Teniendo en cuenta que si el Todopoderoso no quiere y está poco dispuesto a levantar el chasis de *Poilu* mediante un milagro nos quedaremos atascados y probablemente no volveremos a salir, nos decidimos muy disgustados por la prudencia.

La aldea local está tan decepcionada por nuestra decisión que sospechamos que se ganan el sustento izando coches sumergidos. Michel vadea el uad para probar la profundidad del agua y todos nos sentimos fascinados ante la revelación de su ropa interior. ¡Hacen su aparición unas prendas de algodón blanco atadas con cintas alrededor de los tobillos… semejantes a los perniles de una señorita victoriana!

Resolvemos almorzar junto al uad. Después de comer, Max y yo chapoteamos un rato; la sensación es deliciosa hasta que asoma una serpiente y nos disuade de seguir chapoteando.

Se acerca un anciano. Después de los saludos, el habitual silencio prolongado.

Luego nos pregunta cortésmente si somos franceses. ¿Alemanes? ¿Ingleses?

¡Ingleses!

Mueve la cabeza de un lado a otro.

—¿Ahora este país pertenece a los ingleses? No logro recordarlo. Sé que ya no es de los turcos.

—No —confirmamos—. Los turcos no están aquí desde la guerra.

—¿Una guerra? —dice el anciano, asombrado.

—La guerra que se libró hace veinte años.

Medita.

—No recuerdo una guerra… Ah, sí, más o menos en la época que mencionan, muchos 'asker iban y venían en ferrocarril. ¿Ésa era la guerra, entonces? No nos dimos cuenta de que era una guerra. A nosotros no nos tocó por aquí.

Otra larga pausa, se incorpora, se despide amablemente y desaparece.

Regresamos pasando por Tell Baindar, donde han montado miles (eso parece) de tiendas negras. Son los beduinos que se dirigen al sur, para el pastoreo, a medida que avanza la primavera. Hay agua en el Uad Wajh y todo bulle de vitalidad. Con toda probabilidad, dentro de dos semanas estará seco y callado una vez más.

Recojo un hallazgo en las cuestas de Tell Baindar. Parece una pequeña concha, pero al examinarla atentamente veo que está hecha de arcilla y tiene huellas de pintura. Me intriga, y especulo en vano en cuanto a quién la hizo y por qué. ¿Adornaba un edificio, o una caja de cosméticos, o un plato? Es una concha *marina*. ¿Quién pensaba en el mar o lo conocía aquí, tan tierra adentro, miles de años atrás? ¿Qué orgullo de la imaginación y la alfarería influyó en su creación? Invito a Max a especular conmigo, pero responde cautamente que no tenemos datos; agrega amablemente que buscará paralelos para ver si en algún otro sitio se han encontrado objetos del mismo tipo. Ni siquiera espero que Mac especule… no corresponde a su naturaleza y la cuestión no despierta el menor interés en él. Bumps es mucho más servicial y acepta de buena gana jugar conmigo. Las «variaciones sobre el hallazgo de una concha de

cerámica» se prolongan un buen rato, pero terminamos uniéndonos todos para caer sobre el Coronel, que se ha puesto romano puro con nosotros (tremebunda indelicadeza en una excavación como la nuestra). Aflojo lo suficiente para acceder a tomarme la molestia de fotografiar una fíbula romana que ha quedado entre nuestros (desdeñados) hallazgos e incluso le adjudico una placa entera.

Llegamos a casa de excelente humor y el jeque se precipita a saludar a Mac.

—¡Ah, el Khwaja ingeniero! —Lo abraza calurosamente y lo besa en ambas mejillas.

Risillas sofocadas por parte del Coronel; Max le advierte:

—El año próximo *tú* serás recibido así.

—¡Yo no permitiré que me bese ese viejo asqueroso!

Hacemos apuestas. El Coronel permanece rígido y con expresión digna. Max, nos informa, fue saludado como Hermano y sometido a un enérgico abrazo; «pero *a mí* no me ocurrirá», dice firmemente el Coronel.

Embelesados, los capataces saludan a Mac. Hablan sin parar en árabe y Mac, como de costumbre, responde en inglés.

—¡Ah, el Khwaja Mac! —suspira Alawi—. ¡Todavía tendrá que silbar para conseguir lo que desea!

En un abrir y cerrar de ojos se materializa una abundante cena y después, cansados y muy a gusto, con exquisiteces especiales en honor de la fiesta y de la llegada de Mac (caramelo turco, berenjenas en conserva, barras de chocolate y cigarros), nos sentamos a charlar, por una vez, de temas ajenos a la arqueología.

Tocamos por encima la cuestión de las religiones… ¡asunto peliagudo en estos parajes, pues Siria está llena de muy distintas sectas ferozmente fanáticas, cada una de ellas dispuesta a degollar a la otra por su justa causa! Después hablamos sobre la historia del buen samaritano. Por aquí todos los relatos de la Biblia y del Nuevo Testamento adquieren una realidad particular y un gran interés. Se expresan de forma encubierta en el lenguaje y la ideología que flotan diariamente a nuestro alrededor, y a menudo me choca la forma en que se desplaza el énfasis de lo que para nosotros era normalmente aceptado. Baste un somero ejemplo: se me ocurrió de repente que en la historia de Jezabel, su cara pintada y sus cabellos teñidos son los que acentúan, en los ambientes protestantes

puritanos, lo que representa exactamente una «Jezabel». Pero aquí no se pone el acento en los cosméticos y en la tintura —porque todas las mujeres virtuosas se pintan la cara (o se hacen tatuajes) y se aplican henna en el pelo—, sino en el hecho de que Jezabel *se asomara a la ventana*: ¡un acto decididamente impúdico!

El Nuevo Testamento está muy próximo cuando le pido a Max que me repita el meollo de largas conversaciones que mantiene con el jeque, pues sus intercambios verbales se componen casi totalmente de parábolas. Para ilustrar tus deseos o tus demandas, cuentas una historia que viene al caso, el otro contraataca con otra historia que te devuelve la pelota, y así sucesivamente. Nunca se expresa nada en lenguaje directo.

Aquí la historia del buen samaritano tiene una realidad que no podría tener en una atmósfera de calles atestadas, policías, ambulancias, hospitales y asistencia pública. Si un hombre estuviera caído al borde del camino en el curso del extenso desierto entre Hasaka y Dair-az-Zor, la historia podría repetirse hoy, ilustrando el enorme valor que otorgan a la caridad las gentes del desierto.

¿Cuántos de nosotros, pregunta de pronto Max, socorrerían realmente a otro ser humano en condiciones en las que no hubiese testigos, ni influencia de la opinión pública, ni conocimiento o censura del hecho de no haber prestado ayuda?

—Todos, por supuesto —dice firmemente el Coronel.

—¿Seguro? —insiste Max—. Un hombre está caído, agonizante. Recuerda que aquí la muerte no tiene mucha importancia. Vas deprisa. Tienes que ocuparte de tus asuntos. No quieres sufrir demoras ni molestias. El hombre no significa nada para ti. Y nadie se enterará si sigues tu apremiante camino, diciéndote que al fin y al cabo no es asunto tuyo, que en seguida llegará otro, etcétera… etcétera…

Todos nos apoyamos en el respaldo del asiento para pensar y todos estamos, creo, un tanto confundidos… ¿Estamos tan seguros, después de todo, de nuestra esencial humanidad innata?

Después de una larga pausa Bumps declara, lentamente:

—*Creo* que yo lo haría… Sí, creo que eso haría. Seguiría adelante y luego, tal vez, me sentiría avergonzado y retrocedería.

El Coronel muestra su acuerdo.

—Eso es; uno no se sentiría *cómodo*.

Max dice que cree que *él* también lo haría, pero que no está ni remotamente tan seguro de sí mismo como quisiera estarlo, y yo coincido con él.

Luego guardamos silencio un rato y entonces noto que, como de costumbre, Mac no ha aportado su opinión.

—¿Qué haría usted, Mac?

Se sobresalta un poco y vuelve de donde estaba placenteramente ensimismado.

—¿Yo? —su tono es de ligera sorpresa—. Seguiría mi camino. No me detendría.

—¿No? ¿Categóricamente?

Todos miramos interesados a Mac, que mueve negativamente la cabeza.

—Aquí cunde la muerte. Uno siente que morir antes o después no tiene importancia. Realmente, no esperaría que nadie se detuviera *por mí*. —Es cierto, Mac no lo esperaría. Agrega, con su dulce voz—: Es mucho mejor, creo, seguir adelante con lo que uno está haciendo, sin dejarse desviar continuamente por personas y factores externos.

Persiste nuestra mirada de interés. Súbitamente se me ocurre algo.

—Pero supongamos, Mac —digo—, que se tratara de un *caballo*.

—¡Ah, un caballo! —Se vuelve inesperadamente humano, vivaz y nada distante—. ¡Sería del *todo diferente*! Naturalmente, haría todo lo que pudiera por el caballo.

Nos partimos de risa, lo que parece sorprenderle.

Hoy ha sido, sin duda alguna, el Día del Estreñimiento. La salud de Abd es Salaam fue, durante unos días, el tema candente. Le han administrado todo tipo de laxantes. En consecuencia ahora está, dice, «muy debilitado».

—Me gustaría ir a Qamisliya, Khwaja, para que me pinchen con una aguja y me devuelvan las fuerzas.

Más alarmante aún es el estado de un tal Saleh Hassan, cuyas tripas han resistido todo tratamiento, desde un suave comienzo con Eno hasta medio frasco de aceite de ricino.

Max ha recurrido al remedio para caballos del médico de

Qamisliya. Después de administrarle una dosis cuantiosa, Max se dirige al paciente para decirle que si sus tripas «se mueven antes de que se ponga el sol», recibirá una considerable propina.

Al instante se reúnen a su alrededor amigos y parientes. Se pasan la tarde paseándolo en torno al montículo, lanzando gritos de estímulo y exhortaciones, con la mirada clavada en el ocaso.

Por los pelos, pero un cuarto de hora después del Fidos oímos vítores y aplausos. ¡La buena nueva se propaga como un reguero de pólvora! ¡Se han abierto las compuertas! ¡Una entusiasta multitud rodea al alicaído doliente y lo acompaña a casa para recibir la prometida recompensa!

Subri, que cada día se arroga mayor autoridad, ha tomado seriamente en sus manos la vivienda de Brak, considerando que no es lo bastante espléndida. ¡Él, como todos los demás, se preocupa por nuestra «reputación»! Persuade a Michel de que abjure de la *economia* y compre cuencos para sopa en el bazar de Qamisliya. Éstos y una inmensa sopera hacen su aparición todas las noches, ocupando demasiado lugar en la única mesa, que es pequeña, de modo que todo lo demás queda en precario equilibrio sobre la cama. La idea de Ferhid de que puedes servir y comer todos los platos con cuchillo también ha sido desbancada, ahora contamos con un desconcertante surtido de cubiertos. Además Subri baña a Hiyou y deshace sus enredos con un gran peine (comprado a regañadientes por Michel) e incluso le rodea el cuello con un lazo barato de raso color rosa. ¡Hiyou lo adora!

Ha llegado la mujer del aguador con tres de sus diez hijos. («Tu obra», me dice Max admonitoriamente). Es una mujer quejica, bastante antipática y los niños son singularmente repulsivos. Sus narices dan asco, francamente. ¿Por qué será que sólo a las crías humanas les chorrean las narices cuando se las deja en estado natural? ¡Los cachorros de gatos, perros y burros no parecen aquejados de este achaque!

Los agradecidos padres han dado instrucciones a sus hijos para que besen las mangas de sus benefactores siempre que les sea posible, y ellos obedecen sumisamente, sustrayéndose a todos nuestros esfuerzos para esquivar la ceremonia. ¡Después sus narices

lucen mucho mejor, y noto que Max se observa la manga con evidente desconfianza!

En estos días distribuimos una buena cantidad de aspirina para los dolores de cabeza. Hace mucho calor y el tiempo es tormentoso. Los trabajadores aprovechan tanto la ciencia oriental como la occidental. Después de tragarse nuestras aspirinas corren precipitadamente a ver al jeque, que consideradamente les aplica discos de metal al rojo vivo en la frente, «para alejar al espíritu del mal». ¡No sé quién se lleva el mérito de la curación!

Esta mañana Mansur descubre una serpiente en nuestro dormitorio, cuando entra a hacer su «servicio». Se ha enroscado en el cesto que está debajo del lavamanos. Gran revuelo. Todos corren y participan en la matanza. Me paso las tres noches siguientes atenta a sus característicos silbidos. Después la olvido.

Una mañana, durante el desayuno, pregunto a Mac si no le gustaría tener una almohada más blanda, y miro de reojo a Bumps.

—Me parece que no —dice Mac y lo noto sorprendido—. ¿Qué tiene de malo la mía?

Dedico a Bumps una mirada triunfal y él sonríe.

—No le creí —me confiesa después—. Pensé que me estaba contando un cuento sobre Mac, pero es realmente increíble. Nada de lo que tiene o usa parece ensuciarse, romperse o desordenarse. Y como usted dice, no hay *nada* en su habitación excepto la manta y el diario. Ni siquiera un libro. ¡No sé cómo se las arregla!

Echo una ojeada a la mitad que corresponde a Bumps de la habitación que comparte con el Coronel, y que está sembrada de señales de su exuberante y desbordante personalidad. Sólo un encarnizado esfuerzo por parte del Coronel impide una intromisión en *su* mitad.

De pronto Michel empieza a golpear a *Mary* con un enorme martillo junto a la ventana y Bumps sale volando como un cohete para detenerlo.

Ahora que ha llegado la canícula, Max y Bumps ofrecen un marcado contraste en su vestimenta. Bumps se ha quitado todo lo que es posible quitar. Max, siguiendo la costumbre árabe, se ha puesto encima todo lo disponible. Va pesadamente vestido, con un

grueso abrigo de tweed levantado alrededor del cuello y no parece reparar en la existencia del sol.

¡Caemos en la cuenta de que Mac ni siquiera está bronceado!

Se nos viene encima el momento trágico de «La División». Al finalizar cada temporada, el director de los *Services des Antiquités* sube o envía a un representante para dividir todos los hallazgos.

En Irak se hacía la división objeto por objeto y el proceso solía durar varios días.

Pero en Siria el sistema es mucho más sencillo.

Max debe arreglar todo lo encontrado en dos partes exactamente iguales, como le venga en gana. Cumplido este requisito llega el representante sirio, examina las dos colecciones y elige la que se quedará en Siria. Luego se embala la otra, que será despachada al Museo Británico. Todos los objetos especialmente interesantes o las piezas únicas que estén en la mitad siria, nos las prestan para poderlas estudiar, exhibir, fotografiar, etcétera, en Londres.

Hacer las dos colecciones supone una verdadera angustia. Estás condenado a perder ciertas cosas que deseas desesperadamente. Bien, entonces tienes que equilibrarlas en el otro lado. Max nos pide auxilio a medida que se ocupa de cada clase de objetos. Dos lotes de hachas prehistóricas, dos lotes de amuletos, dos cacharros, abalorios, objetos de hueso, obsidiana. Más tarde vuelve a llamarnos, ahora uno a uno.

—¿Cuál de estos dos escogerías? ¿A o B?

Pausa mientras estudio ambas pilas.

—Elegiría la B.

—¿Sí? Muy bien. Envíame a Bumps.

—Bumps, ¿A o B?

—B.

—¿Coronel?

—Decididamente, A.

—¿Mac?

—Creo que B.

—Evidentemente la mitad B está demasiado favorecida —dice Max.

Pasa de B a A un delicioso amuleto de piedra de tamaño

pequeño que representa la cabeza de un caballo, lo reemplaza por una oveja más bien informe y hace unas cuantas alteraciones más.

Volvemos a entrar. Esa vez todos votamos por A.

Max se tironea del pelo.

Finalmente perdemos el sentido del valor y de la apariencia.

Entretanto todo es febril actividad. Bumps y Mac dibujan como locos y corren a la colina para hacer proyectos de casas y edificios. El Coronel se queda levantado hasta bien entrada la noche, clasificando y etiquetando los objetos que aún no están organizados. Voy a ayudarlo y disentimos violentamente con respecto a la nomenclatura.

«Cabeza de caballo… esteatita, tres centímetros».

Yo: «Es un *carnero*».

«No, no, mire el *frenillo*».

«Ése es el *cuerno*».

«Mac, ¿qué es esto?».

Mac: «Una gacela».

Coronel: «Bumps, ¿cómo llamarías a esto?».

Yo: «Un carnero».

Bumps: «Parece un *camello*».

Max: «Entonces no había camellos. Los camellos son animales bastante modernos».

Coronel: «Bien, ¿qué dirías *tú* que es?».

Max: «¡Bukranium estilizado!».

Y así seguimos, clasificando diversos amuletos desconcertantes que representan riñones, y varios oscuros y ambiguos que etiquetamos discretamente con el conveniente nombre de «objeto culto».

Estoy revelando y positivando y tratando de mantener fresca el agua. Hago casi todo alrededor de las seis de la mañana. Más entrado el día hace demasiado calor.

Nuestros trabajadores se largan día tras día.

—Ahora es la cosecha, Khwaja. Tenemos que irnos.

Hace mucho que desaparecieron las flores, engullidas por el ganado de pastoreo. En el montículo ahora todo es de un apagado amarillo uniforme. Alrededor, en el llano, hay trigo y cebada. Este año las cosechas son buenas.

Es el día fatídico. Esta tarde llegarán M. Dunand y su esposa.

Son viejos amigos nuestros y los vimos en Biblos cuando estuvimos en Beirut.

Cae la tarde; ha sido preparada una cena soberbia (o lo que nosotros consideramos una cena soberbia). Hiyou está lavada. Max hecha una última mirada de dolor a las dos porciones exhibidas en largas mesas.

—Creo que están equilibradas. Si bien perderemos ese encantador amuleto con la cabeza de caballo y el rarísimo sello cilíndrico (¡la mar de interesante!), nos quedaremos con la mejor Madre Diosa de Chagar y el amuleto de doble hacha, y esa finísima vasija incisa… Claro que del otro lado está ese primitivo jarrón pintado… ¡Demonios, ahora tendrá que quedar así! ¿Cuál escogeríais *vosotros*?

Formando un frente de común humanidad, nos negamos a seguir jugando. Respondemos sencillamente que no podríamos decidirnos. Max murmura tristemente que Dunand es un juez muy astuto.

—Se llevará la mejor parte.

Lo alejamos de allí por la fuerza.

Pasan las horas. Es de noche. Ni noticias de los Dunand.

—Me pregunto qué puede haberles ocurrido —musita Max—. Aunque naturalmente, como todo el mundo por aquí, conducen a ciento cuarenta. Espero que no hayan tenido un accidente.

Las diez en punto, las once. Los Dunand no dan señales de vida.

Max se pregunta si no habrán ido a Brak en vez de a Chagar.

—No, seguro que no. Saben que vivimos aquí.

A medianoche abandonamos y nos vamos a acostar. En estas regiones la gente no suele andar en coche después que oscurece.

Dos horas más tarde oímos el sonido de un coche. Los chicos salen corriendo y nos llaman, exaltados. Saltamos de la cama, nos ponemos cualquier cosa y vamos al salón.

Son los Dunand, que por error han ido a Brak. Al salir de Hasaka preguntaron cómo se llegaba a «la excavación de antigüedades», y un hombre que siempre había trabajado en Brak los orientó hacia allí. Se perdieron y tardaron bastante en encontrar el lugar. Una vez allí, un guía los acompañó a campo traviesa para mostrarles el camino a Chagar.

Han viajado todo el día pero están alegres e imperturbables.

—Tenéis que comer algo —dice Max.

Madame Dunand responde amablemente que no es necesario. Una copa de vino y un bizcocho serán suficientes.

En ese instante entra Mansur, seguido por Subri, ¡y presentan una cena completa de cuatro platos! No sé cómo se las arregla aquí la servidumbre para hacer cosas de este mismo calibre. Parece un milagro. Descubrimos que los Dunand no habían probado bocado y tienen un hambre canina. Comemos y bebemos hasta la madrugada, con Mansur y Subri de pie al lado nuestro, sonrientes.

Cuando nos vamos a dormir Max dice ensoñadoramente que le gustaría llevarse a Subri y a Mansur a Inglaterra.

—Son tan útiles y serviciales.

Digo que a mí también me gustaría contar con Subri.

En la pausa imagino el impacto que haría Subri en una casa inglesa: su gran cuchillo, su suéter manchado de aceite y su mentón sin afeitar, su resonante carcajada. ¡El uso fantástico que adjudica a los paños de limpieza!

En Oriente los criados son semejantes a geniecillos. Aparecen por arte de magia y te están esperando cuando llegas.

Nunca avisamos de nuestra venida, pero con toda seguridad al llegar Dimitri estará esperándonos. Se ha trasladado desde la costa para recibirnos.

—¿Cómo sabías que vendríamos?

—Es sabido que hay que excavar otra vez este año —y agrega agradecido—: Bienvenido sea el trabajo. Ahora tengo que mantener a la familia de dos de mis hermanos; en una hay ocho niños y en la otra diez. Comen mucho. Es bueno ganar dinero. «Mira», le digo a la mujer de mi hermano, «Dios es bueno. Este año no moriremos de hambre; estamos salvados. ¡Los Khwajas vendrán a excavar!».

Dimitri se aleja a pasos quedos, exhibiendo sus pantalones de muselina floreada. Su bonancible expresión meditabunda deja en mal lugar a la de la Madonna de Chagar. Le gustan los perritos, los mininos y los niños. Es el único miembro del servicio que jamás pelea. Ni siquiera *posee* un cuchillo, excepto para usos culinarios.

¡Se acabó! «La División» se ha consumado. M. y Mme. Dunand han examinado, manipulado, reflexionado. Nosotros observábamos con la acostumbrada ansiedad. A M. Dunand le lleva alrededor de una

hora decidirse. Y luego alarga una mano en un rápido gesto galo.

—*Eh bien*, me quedaré con *éste*.

Leales a nuestra naturaleza humana, cualquiera sea la mitad que elija, instantáneamente lamentamos que no haya sido la otra.

No obstante, superada la incertidumbre, la atmósfera se descarga. Estamos alegres y la reunión se transforma en una fiesta. Vamos a la excavación, examinamos los planos y dibujos de los arquitectos, nos trasladamos en el coche a Brak, hablamos del trabajo que ha de hacerse la próxima temporada y así sucesivamente. Max y M. Dunand discuten en cuanto a las fechas y secuencias exactas. Mme, Dunand nos entretiene a todos con sus agudas observaciones. Hablamos en francés, aunque sospecho que ella habla inglés bastante bien. Se divierte muchísimo con Mac y su obstinada limitación de la conversación a un «*oui*» o un «*non*».

—*Ah, votre petit architecte, il ne sait pas parler? Il a tout de même intelligent!*

l'air

Repetimos sus palabras a Mac, que se mantiene impávido.

Al día siguiente los Dunand se preparan para la partida. Aunque no hay mucho que preparar: se niegan a llevar comida o bebida.

—¡Tenéis que llevar *agua*! —exclama Max, educado en el principio de que nunca se debe viajar por estos sitios sin agua.

Niegan con la cabeza, despreocupadamente.

—¿Y si tuvierais una avería?

M. Dunand ríe y menea la cabeza.

—¡Oh, eso no ocurrirá!

Embraga y el coche se embala en el habitual estilo francés desértico. ¡A casi cien por hora!

¡Ya no nos causa extrañeza la elevada tasa de mortalidad de arqueólogos que vuelcan en estas regiones!

Y ahora, a liar los petates; ¡días enteros! Cajones y cajones que llenar, cerrar y marcar.

A continuación, los preparativos para nuestra partida. Desde Hasaka iremos, por una ruta muy poco transitada que atraviesa el desierto, hasta la ciudad de Raqqa, en el Éufrates, donde cruzaremos este río.

—Y podremos —dice Max— echar un vistazo al Balij.

Dice la palabra Balij con la misma entonación con que solía

decir Gaggag, y percibo que está haciendo planes para divertirse un poco en la región del Balij antes de abandonar por completo las excavaciones en Siria.

—¿El Balij? —pregunto inocentemente.

—Desmesurados tells a todo lo largo de su curso —dice Max con tono reverencial.

Rumbo a Raqqa

¡Allá vamos! ¡En marcha!

Toda la casa está siendo cegada y Serkis clava los últimos tablones a través de puertas y ventanas. El jeque observa, hinchado de importancia personal. ¡Todo estará a buen resguardo hasta nuestro regreso! ¡El hombre más fiable de la aldea será nuestro guardián! La cuidará, dice el jeque, noche y día.

—No temas, hermano —grita—. Aunque tuviera que pagarle de mi bolsillo, el vigilante guardará esta casa.

Max sonríe, sabiendo perfectamente que la mayor parte de la generosa remuneración ya acordada con el vigilante irá a parar a manos del jeque vía comisión.

—Todo estará seguro bajo tu supervisión, lo sabemos —contesta —. El contenido de la casa no se deteriorará fácilmente; en cuanto al exterior, para nosotros será un gran placer entregártelo en buenas condiciones cuando llegue el momento.

—¡Que ese día esté lejano! —dice el jeque—. Porque cuando llegue, no volverás, y me sentiré muy triste. ¿Quizás excavarás únicamente otra temporada? —agrega esperanzado.

—Una o dos… ¿quién puede saberlo? Depende del trabajo.

—Es lamentable que no hayas encontrado oro… sólo piedras y cacharros.

—Para nosotros esas cosas tienen el mismo interés.

—Pero el oro siempre es oro —los ojillos del jeque destellan codiciosos—. En tiempos del Barón…

Max lo interrumpe hábilmente:

—Y cuando regresemos la próxima temporada, ¿qué regalo personal puedo traerte de la ciudad de Londres?

—Nada… nada en absoluto. No quiero nada. Un reloj de oro es un objeto agradable.

—Lo recordaré.

—¡No hablemos de obsequios entre hermanos! Mi único deseo es servirte a ti y al Gobierno. Aunque salga perdiendo… bien, perder dinero de esta manera es honorable.

—Nuestros corazones no conocerían la paz si no estuviéramos seguros de que ganancias, y no pérdidas, serán, para ti, el resultado de nuestro trabajo aquí.

En ese momento llega Michel de donde estaba regañando y mangoneando a todo el mundo, para informarnos que todo está en orden y podemos partir.

Max controla la gasolina y el aceite, se asegura de que Michel lleve los bidones de repuesto como le ha indicado, de que no hayan triunfado repentinos remordimientos de *economia*. Las provisiones, el agua, nuestro equipaje, el del personal… sí, no falta nada. *Mary* está a punto de reventar tanto por el techo como en el interior; en medio de todas las cosas se han encaramado Mansur, Ali y Dimitri. Subri y Ferhid retornarán a Qamisliya, que es donde viven; los capataces irán en tren a Garabulus.

—Adiós, hermano —grita el jeque, apretando imprevistamente al Coronel entre sus brazos y besándole las mejillas.

¡Gran jolgorio de toda la expedición!

El Coronel se pone rojo como un tomate.

El jeque repite el saludo con Max y estrecha calurosamente la mano de los «ingenieros».

Max, el Coronel, Mac y yo vamos en el *Poilu*. Bumps va con Michel en el *Mary* para reprimir cualquier «ocurrencia» que Michel pudiera tener *en route*. Max reitera las instrucciones a Michel. Debe seguirnos, pero *no* a una distancia de un metro. Si Michel intenta atropellar a cualquier grupo de burros y viejas por el camino, se le descontará la mitad de su salario.

Entre dientes Michel murmura «¡Mahometanos!», pero inclina la cabeza y dice en francés:

—*Très bien*.

—Entonces, andando. ¿Estamos todos?

Dimitri tiene dos cachorros. Hiyou acompañará a Subri.

—Estará espléndida para vosotros el año que viene —grita Subri.

—¿Dónde está Mansur? —chilla Max—. ¿Dónde está ese maldito estúpido? ¡Nos marcharemos sin él si no aparece! ¡Mansur!

—¡Presente! —jadea Mansur al tiempo que aparece. Arrastra dos

descomunales y apestosas pieles de oveja.

—No puedes llevar eso. ¡Puaj!

—¡Me darán dinero por ellas en Damasco!

—¡Qué pestazo!

—El sol las secará si las extendemos encima del *Mary*, y después no olerán.

—Son asquerosas. ¡Déjalas!

—Tiene razón. Valen dinero —interviene Michel. Trepa al techo del camión y ata las pieles precariamente con cuerdas.

—Cuando el camión vaya detrás, no nos llegará el olor —dice resignado Max—, y de cualquier manera se caerán antes de que lleguemos a Raqqa. ¡Mansur hizo personalmente uno de los nudos!

—¡Ja, ja! —ríe Subri, echando la cabeza hacia atrás y mostrando sus dientes blancos y dorados—. Tal vez Mansur quiere hacer el viaje a caballo.

Mansur baja la cabeza. El personal no ha dejado de tomarle el pelo desde su retorno hípico de Qamisliya.

—Es bueno tener —dice el jeque con voz reflexiva— dos relojes de oro. Así se le puede prestar uno a algún amigo.

Max se apresura a dar la señal de partida.

Atravesamos lentamente el poblado y salimos al camino de Qamisliya-Hasaka. Muchedumbres de críos gritan y saludan con la mano.

Al pasar por el pueblo siguiente, Hanzir, unos hombres salen corriendo de las casas, nos saludan con la mano y gritan. Son nuestros trabajadores.

—Volved el año próximo —dicen.

—*Inshallah!* —responde Max.

Avanzamos por el camino a Hasaka y volvemos la vista para dedicar una última mirada al montículo de Chagar Bazar.

Hacemos un alto en Hasaka, compramos pan y fruta, vamos a despedirnos de los funcionarios franceses. Un joven funcionario que acaba de llegar de Dair-az-Zor se interesa por nuestro viaje.

—¿Así que vais a Raqqa? Os diré algo. No hagáis caso del poste indicador cuando lo encontréis. Tomad el camino de la derecha y luego el que se bifurca a la izquierda. Tendréis una ruta recta y fácil de seguir. El otro camino es muy confuso.

El Capitaine, que ha estado escuchando, lo interrumpe para

decir que nos aconseja resueltamente que vayamos hacia el norte hasta el Ras-al-Ain, y luego a Tell Abiad para después tomar el frecuentado camino de Tell Abiad a Raqqa. De ese modo no podemos equivocarnos.

—Pero es mucho más largo, con grandes rodeos.

—Puede resultar más corto, en última instancia.

Le damos las gracias, pero nos empeñamos en seguir nuestro derrotero original.

Michel ha hecho las compras necesarias y partimos, siguiendo el puente que cruza el Jabur.

Nos atenemos al consejo del joven funcionario cuando llegamos a un cruce de caminos con un par de postes indicadores. Uno dice Tell Abiad, otro Raqqa, y entre ambos hay uno sin letrero. Debe de ser ése.

Un poco más adelante el camino se divide en tres.

—A la izquierda, supongo —dice Max—. ¿O se refería al del medio?

Cogemos el camino de la izquierda, que más allá se divide en cuatro.

Ahora el panorama es sólo matorrales achaparrados y campos rodados. Evidentemente hay que tomar una decisión.

Max vuelve a inclinarse por la izquierda.

—Tendríamos que haber seguido el de la extrema derecha —opina Michel.

Nadie le presta la menor atención, pues nos ha llevado por más caminos erróneos de los que podemos contar.

Corro un tupido velo sobre las cinco horas siguientes. Estamos perdidos; perdidos en un lugar del mundo donde no hay aldeas ni cultivos ni pastoreos beduinos: nada.

Las huellas se deterioran hasta que son prácticamente indetectables. Max intenta seguir las que conducen aproximadamente en la dirección correcta, o sea un poquitín al oeste del sudoeste, pero las sendas son perversas. Se retuercen y giran, en general regresando obstinadamente hacia el norte.

Nos detenemos un rato para almorzar y beber té, que prepara Michel. El calor es sofocante, el progreso es pésimo. Los traqueteos, el calor y la intensa luminosidad me provocan un atroz dolor de cabeza. Todos estamos algo preocupados.

—Bien, de todos modos tenemos agua en abundancia —comenta Max—. *¿Qué está haciendo ese maldito imbécil?*

Nos volvemos. Mansur —el maldito imbécil— vuelca dichoso nuestra preciosa agua para lavarse las manos y la cara.

¡Paso por alto el vocabulario de Max! Mansur parece sorprendido y un tanto agraviado. Suspira. Qué difícil es, parece pensar, complacer a esta gente. El acto más sencillo puede fastidiarlos.

Nos ponemos otra vez en camino. Las huellas giran y se retuercen más que nunca. A veces se borran por completo.

Con la frente arrugada, Max murmura que vamos demasiado orientados hacia el norte.

Ahora, cuando las huellas se dividen, dan la impresión de dirigirse al norte y al noreste. ¿No deberíamos desandar lo andado?

Se acerca el atardecer. Bruscamente mejora la calidad del terreno, se esfuman los matorrales, las piedras son menos abundantes.

—Tenemos que llegar a algún sitio —dice Max—. Creo que ahora podemos ir recto a campo través.

—¿Adónde te diriges? —pregunta el Coronel.

Max responde que al oeste en busca del Balij. Si alguna vez damos con ese río, encontraremos la ruta principal Tell Abiad-Raqqa y por ella bajaremos.

Seguimos adelante. *Mary* tiene un pinchazo y perdemos un tiempo precioso. El sol va cayendo.

De pronto vemos un paisaje grato: delante van unos hombres de andar cansino. Max deja escapar un «hurra». Frena junto a ellos, saluda, hace preguntas.

¿El Balij? El Balij está allá delante. En una máquina como la nuestra, llegaremos en diez minutos. ¿Raqqa? Estamos más cerca de Tell Abiad que de Raqqa.

Cinco minutos después vemos una franja verde: la vegetación que bordea el río. Se perfila un vasto tell.

Max dice, extático:

—¡El Balij! ¡Miradlo! ¡Tells por todas partes!

A decir verdad, los tells son imponentes… grandes, formidables y de aspecto sólido.

—Tells desmesurados —repite Max.

Disgustada y con mi peor tono, pues mi cabeza y mis ojos han alcanzado un nivel de dolor casi insoportable, digo:

—*Min Ziman er Rum.*

—Probablemente tienes razón —reconoce Max—. Ahí está la pega. Esa solidez significa albañilería romana… un encadenamiento de fuertes. Lo que buscamos está más abajo, no tengo la menor duda, pero resultaría tan distante y costoso…

Me siento plenamente desinteresada por la arqueología. Quiero un sitio donde tumbarme, montones de aspirinas y una taza de té.

Llegamos a una ancha senda que va al norte y al sur; giramos al sur, en dirección a Raqqa.

Estamos a gran distancia y tardamos una hora y media en divisar la ciudad que se extiende más allá. Es de noche. Llegamos a las afueras. Se trata de una ciudad totalmente autóctona… no hay estructuras europeas. Preguntamos por los *Services Spéciaux*. El funcionario es muy amable, pero le preocupa nuestra comodidad. Aquí no hay alojamiento para viajeros. ¿Por qué no vamos hacia el norte, hasta Tell Abiad? Si conducimos velozmente en dos horas estaremos realmente cómodos.

Pero nadie, y menos que nadie mi sufriente yo, tolera la idea de otras dos horas traqueteando y saltando. El amable funcionario dice que hay dos habitaciones —muy exiguas, nada europeas—, pero que tenemos que llevar nuestra propia ropa de cama… ¿Y nuestros criados?

Llegamos a la casa, oscura como la boca de un lobo. Mansur y Ali corren de un lado a otro con linternas y encienden el calentador, extienden las mantas y tropiezan entre sí. Echo de menos al rápido y eficaz Subri. Mansur es increíblemente lento y torpe. Minutos más tarde entra Michel y critica lo que está haciendo Mansur. Éste interrumpe la tarea y discuten. Les espeto todo el árabe que sé. Mansur parece asustado y reanuda las operaciones.

Trae un rollo de sábanas y mantas; me dejo caer pesadamente encima. De pronto Max está a mi lado, con la ansiada taza de té. Me pregunta alegremente si me siento mal. Respondo que sí, cojo la taza y trago cuatro aspirinas. El té me sabe a néctar. ¡Nunca, nunca, *nunca* he disfrutado tanto de algo! Me hundo, se me cierran los ojos.

—Madame Jacquot —murmuro.

—¿Qué? —Max está asombrado. Se agacha—. ¿Qué has dicho?

—Madame Jacquot —repito.

La asociación es clara —sé lo que quiero decir— pero la frase se me escapa. Max pone expresión de enfermera de hospital: ¡no hay que contradecir a la paciente por ningún motivo!

—Madame Jacquot no está aquí en este momento —dice con tono tranquilizador.

Lo fulmino con una mirada de exasperación. Los ojos se me cierran dulcemente. Aún hay mucho bullicio. Están preparando la comida. ¿A quién le importa? Yo voy a dormir… dormir…

Y justo cuando empiezo a amodorrarme… llega la frase. ¡Por supuesto!

—*Complètement knock out!* —digo, satisfecha.

—¿Qué? —pregunta Max.

—Madame Jacquot —digo y me vence el sueño.

Lo mejor de dormirse fatigada y postrada de dolor es la maravillosa sorpresa que te llevas cuando despiertas sintiéndote bien y llena de energías a la mañana siguiente.

Abro los ojos, dinámica y muerta de hambre.

—Creo, Agatha —dice Max—, que anoche tuviste fiebre. Delirabas. No dejabas de nombrar a una tal Madame Jacquot.

Lo miro despectivamente y hablo en cuanto puedo, ya que de momento tengo la boca llena de huevos muy fritos.

—¡No digas disparates! —replico finalmente—. ¡Si te tomaras la molestia de *prestar atención* habrías sabido exactamente a qué me refería! Pero supongo que tu mente estaba tan ocupada con los tells del Balij…

—Sería interesante, sabes —dice Max, instantáneamente entusiasmado—, abrir una o dos zanjas de prueba en alguno de esos tells…

Aparece Mansur, sonriendo con toda su cara estúpida y honrada, y pregunta cómo se siente la Jatun esta mañana.

Respondo que muy bien. Parece que Mansur está desconsolado porque anoche, cuando sirvieron la sopa, yo estaba tan dormida que nadie quiso despertarme. ¿Tomaré ahora otro huevo?

—Sí —digo después de haber comido cuatro. Y esta vez será suficiente si Mansur lo fríe sólo durante cinco minutos.

Salimos hacia el Éufrates cerca de las once. Aquí el río es muy ancho, el campo pálido, llano y brillante, el aire nebuloso. Algo así como una sinfonía en lo que Max describiría como «ante rosado» si estuviera describiendo cerámica.

Para cruzar el Éufrates en Raqqa hay que valerse de un transbordador muy primitivo. Nos unimos a otros coches y nos preparamos alegremente para una espera de una o dos horas hasta la llegada del transbordador.

Unas mujeres bajan a llenar latas de queroseno con agua. Otras lavan ropa. El espectáculo es semejante al diseño de un friso: las figuras alargadas y vestidas de negro, la mitad inferior de la cara cubierta, las cabezas muy erguidas, las grandes latas que gotean agua. Las mujeres van arriba y abajo, lentas y pausadas.

Pienso con envidia que debe de ser agradable tener la cara cubierta por un velo. Te debe de hacer sentir muy misteriosa, muy secreta; sólo tus ojos miran al mundo… tú lo ves, pero el mundo no te ve a ti…

Saco el espejo del bolso y abro la polvera. Sí, reflexiono, no estaría de más que un velo disimulara *tu* cara.

La proximidad de la civilización se agita en mi interior. Empiezo a pensar en cosas: un champú, un secador lujoso, la manicura, una bañera de porcelana con grifos. Sales de baño. Luz eléctrica… ¡Más zapatos!

—¿Qué te ocurre? —quiere saber Max—. Te he preguntado dos veces si notaste el segundo tell que pasamos anoche cuando volvíamos de Tell Abiad.

—No.

—¿No?

—No. Anoche no estaba en condiciones de notar *nada*.

—No era tan sólido como los demás. Está afectado por la demudación en el lado este. Me pregunto si…

Digo clara y firmemente:

—¡Estoy harta de tells!

—¿Cómo dices? —Max me mira con el horror que debería sentir un inquisidor medieval al oír una blasfemia especialmente escandalosa—. ¡No es posible!

—Estoy pensando en otras cosas. —Recito de un tirón la lista completa, empezando por la luz eléctrica.

Max se pasa la mano por la nuca y dice que no le molestaría un buen corte de pelo.

Todos coincidimos en que es una lástima no poder ir directamente de Chagar a, digamos, ¡el Savoy! Tal como hay que hacer las cosas, el penetrante placer del contraste se pierde. Atravesamos una etapa de comidas indiferentes y comodidades parciales, de modo que el placer de encender una luz eléctrica o abrir un grifo queda desdibujado.

Ha llegado el transbordador. *Mary* sube cuidadosamente por las tablas inclinadas. La sigue *Poilu*.

Ahora estamos en el caudaloso Éufrates. Raqqa retrocede. Se ve hermosa con su ladrillo-adobe y sus formas orientales.

—Ante rosado —digo en voz baja.

—¿Te refieres a la vasija a rayas?

—No —digo—, a Raqqa…

Y repito suavemente el nombre, como un adiós, antes de volver al mundo donde impera la luz eléctrica…

Raqqa…

Adiós a Brak

¡Caras nuevas y viejas caras!

Ésta es nuestra última temporada en Siria. Ahora estamos excavando en Tell Brak, después de haber cerrado definitivamente Chagar.

Nuestra casa, la casa de Mac, ha sido entregada (con grandes ceremonias) al jeque. Éste ya ha tomado préstamos sobre la misma tres veces seguidas; no obstante, muestra un claro orgullo por ser un propietario. Ser dueño de la casa resultará bueno, creemos, para su «reputación».

—Aunque probablemente le romperá la crisma —dice Max reflexivamente. Ha explicado al jeque con todo detalle e insistencia que es necesario revisar el tejado de la casa anualmente y repararlo como corresponde.

—¡Naturalmente, naturalmente! —contesta el jeque—. *Inshallah*, nada se estropeará.

—Demasiado *Inshallah* al respecto —dice Max—. ¡Mucho *Inshallah* y nada de reparaciones! Eso es lo que ocurrirá.

Excluyendo el arriendo y la indemnización por las cosechas, el jeque ha recibido como regalo la casa, un llamativo reloj de oro y un caballo.

No sabemos con certeza si el jeque está satisfecho o desilusionado. Es pura sonrisa y extravagantes declaraciones de afecto, pero hace sus tentativas para obtener una compensación extra por «estropicio del jardín».

—¿De qué jardín hablas? —pregunta el funcionario francés, divertido.

¿De cuál, por cierto? Cuando se le pide que muestre indicios de haber tenido alguna vez un jardín, y también de saber qué *es* un jardín, el jeque se desdice.

—Tenía la intención de crear un jardín —dice austeramente—,

pero la excavación frustró mi deseo.

Durante un tiempo el «jardín del jeque» es nuestro hazmerreír.

Este año tenemos con nosotros en Brak al ineludible Michel, al alegre Subri, Hiyou, con una camada de cuatro horribles cachorros, Dimitri, que suspira tiernamente por los cachorros, y Ali. ¡Mansur, el N.º 1, el chico principal, el criado especializado en servicio europeo, ha entrado, El hamdu lillah, en la policía! Un día viene a visitarnos, resplandeciente con su uniforme y sonriendo de oreja a oreja.

Esta primavera Guilford nos acompañó como arquitecto y ahora está otra vez con nosotros. Se ha ganado mis respetos por haber sido capaz de cortarle las uñas a un caballo.

Guilford tiene el rostro largo, claro y serio; una vez, al comienzo de su primera temporada, se mostró muy exigente y delicado con respecto a la cuidadosa esterilización y aplicación de vendajes a los cortes y heridas de los lugareños. No obstante, después de ver lo que ocurre con el vendaje cuando los hombres llegan a casa, y de haber observado cómo un tal Yusuf Abdullah se quitaba el esmerado vendaje y se tendía en el rincón más mugriento de la excavación dejando que entrara arena en su herida, Guilford da unos buenos toques de solución de permanganato (¡muy apreciada por su vivo matiz!) y se limita a explicar que es de uso externo y que no debe beberse.

El hijo de un jeque local, que probaba un coche como quien doma un potrillo, volcó en un uad y se presentó ante Guilford con un enorme boquete en la cabeza, para que lo tratara. Horrorizado, Guilford lo llena prácticamente de yodo, y el joven se pasea de un lado a otro haciendo eses a causa del dolor.

—¡Ah! —jadea cuando está en condiciones de hablar—. ¡Eso es fuego! ¡Qué maravilla! En el futuro siempre acudiré a ti… nunca a un médico. ¡Sí… fuego, fuego de verdad!

Guilford insta a Max a que le diga que vaya a ver al médico, ya que la herida es realmente grave.

—¿Qué… *esto*? —pregunta despectivamente el hijo del jeque—. ¡Sólo es un dolor de cabeza! Aunque muy interesante —añade reflexivamente—. Si me aprieto la nariz y soplo… así… ¡me sale un gargajo por la herida!

Guilford se pone verde y el hijo del jeque se larga, riendo.

Vuelve cuatro días después para seguir el tratamiento. La herida cicatriza con increíble rapidez. Se decepciona porque Guilford no le aplica más yodo; sólo le pone una solución limpiadora.

—Esto no quema —dice descontento.

Se presenta ante Guilford una mujer con un crío barrigón, y cualquiera haya sido la verdadera dolencia, está muy satisfecha con los resultados de los suaves medicamentos recetados. Regresa para bendecir a Guilford «por haber salvado la vida de mi hijo» y agrega que le entregará a su hija mayor en cuanto la chica tenga edad suficiente. Guilford se ruboriza violentamente y la mujer sale, riendo alegremente y haciendo unas cuantas observaciones finales impublicables. ¡Ni que decir tiene que era una curda y no una árabe!

Ahora estamos haciendo una excavación otoñal para completar nuestro trabajo. Esta primavera terminamos Chagar y nos concentramos en Brak, donde encontramos muchos objetos interesantes. Estamos finalizando Brak y pondremos punto final a la temporada con un mes o seis semanas de excavaciones en Tell Jidle, un montículo sobre el Balij.

Un jeque local, cuyo campamento está montado cerca del Gaggag, nos invita a un banquete de gala y aceptamos. El día señalado se presenta Subri con todo el esplendor de su ceñido traje morado, los zapatos lustrados, sombrero de fieltro flexible. Lo han invitado por ser nuestro criado más antiguo y hace las veces de mensajero, informándonos acerca de los progresos del festín en la cocina y puntualizando cuál debe ser el momento exacto de nuestra llegada.

El jeque nos recibe con dignidad bajo el amplio toldo marrón de su tienda abierta. Lo acompaña un numeroso séquito de amigos, parientes y acólitos.

Después de intercambiar corteses saludos, los importantes (nosotros, los capataces, Alawi y Yahya, el jeque y sus amigos íntimos) nos sentamos formando un círculo. Se acerca un anciano elegantemente ataviado, con una cafetera y tres tazas pequeñísimas. Vierte en cada una de ellas una gota de café muy negro. *Me* da la primera… prueba de que el jeque está familiarizado con la (¡extraordinaria!) costumbre europea de servir antes a las mujeres. Las otras dos corresponden a Max y al jeque. Bebemos. A su debido

tiempo el anciano sirve otra diminuta gota en cada taza y seguimos bebiendo. Luego se lleva las tazas, vuelve a servir, y les toca el turno a Guilford y los capataces. Y así sucesivamente hasta dar toda la vuelta al círculo. A corta distancia hay una considerable multitud de los que son de segunda categoría. Desde atrás de la división de la tienda, muy cerca de mí, llegan ahogadas risillas y murmullos. El mujerío del jeque espía y escucha.

El jeque da una orden, uno de sus acólitos sale y vuelve con una percha en la que está posado un magnífico halcón, que instala en medio de la tienda. Max felicita al jeque por tener un ave tan espléndida.

A renglón seguido aparecen tres hombres con un gran caldero de cobre, que sitúan en medio del círculo. Está lleno de arroz y cubierto de trozos de cordero. Todo está condimentado, humeante, y huele de maravilla. Nos invitan amablemente a comer. Con la ayuda de hojas de pan árabe y nuestros dedos nos servimos de la fuente.

En un momento dado (permítaseme decir que el lapso no es breve) se consideran satisfechos el hambre y la urbanidad. El gran caldero, ya sin los mejores bocados pero todavía con más de la mitad del contenido, pasa un poco más allá, donde un segundo círculo (incluido Subri) espera para comer.

A nosotros nos distribuyen dulces y nos sirven más café.

Después que los comensales de segunda categoría han satisfecho su apetito, instalan el caldero —cuyo contenido ahora consiste principalmente en arroz y huesos— ante un tercer grupo. Allí comerán los completamente inferiores y los indigentes que han venido «a sentarse a la sombra del jeque». Se lanzan sobre la comida y cuando alguien recoge el caldero, está vacío.

Nos quedamos un rato; de vez en cuando Max y el jeque intercambian comentarios sobre temas serios. Nos levantamos, agradecemos su hospitalidad al jeque y partimos. Max entrega una generosa remuneración al anciano que nos sirvió café; los capataces señalan a ciertos individuos misteriosos, dignos de nuestra *largesse*.

Hace calor y vamos andando a casa, pletóricos de arroz y cordero. Subri está muy satisfecho con la recepción. Considera que todo se ha llevado a cabo con absoluta corrección y decoro.

Hoy, una semana más tarde, somos nosotros quienes recibimos. Nuestro visitante no es otro que el jeque de la tribu Shammar… un gran hombre, por cierto. Lo asistían los jeques locales y llegó en un cochazo gris.

Es un hombre elegante y refinado, de cara delgada, tez oscura y hermosas manos.

¡Nuestra comida europea fue la mejor que supimos elaborar y la emoción del personal como consecuencia de la visita fue desbordante!

Cuando el jeque se despidió nos sentimos como si hubiéramos recibido, como mínimo, a la familia real.

Hoy ha sido un día catastrófico.

Max va con Subri a Qamisliya, de compras y para realizar unas operaciones en el banco; Guilford proyectará edificios en el montículo y los capataces se quedarán a cargo de los trabajadores.

Guilford vuelve a casa a almorzar. Cuando terminamos de comer y está a punto de volver al trabajo con *Poilu*, notamos que los capataces corren atropelladamente hacia la casa, con muestras de inquietud y desolación.

Entran precipitadamente al patio y hablan a toda prisa, con gran exaltación, en árabe.

Guilford no entiende nada y yo sólo logro comprender una palabra de cada siete.

—Alguien ha muerto —informo a Guilford.

Alawi repite expresivamente su relato. Ahora entiendo que han muerto cuatro personas. Al principio supongo que hubo una pelea y los hombres se mataron entre sí, pero Yahya mueve la cabeza negativamente ante mis vacilantes preguntas.

¡Me maldigo por no haber aprendido su idioma! Mi árabe se compone casi exclusivamente de frases como «Esto no está limpio. Hazlo así. No uses ese paño. Trae el té» y otras órdenes domésticas. Este recital de muerte violenta está fuera de mi alcance. Salen Dimitri, el chico y Serkis a ver qué pasa. Comprenden lo que ha ocurrido, pero como no saben ningún idioma europeo, Guilford y yo seguimos sin enterarnos.

—Lo mejor será que suba a ver qué pasa —dice Guilford y

avanza hacia el *Poilu*.

Alawi lo coge de la manga y habla vehementemente, con la evidente intención de disuadirlo. Alarga la mano y señala en actitud dramática. Flanqueando Brak, a kilómetro y medio de distancia, avanza decidida y amenazadoramente un tropel de figuras abigarradas y blancas. Veo que los capataces parecen asustados.

—Estos tipos han huido —dice Guilford seriamente—. Ojalá entendiera cuál es el problema.

¿Habrá matado Alawi (de genio tan vivo) a un trabajador con un pico? ¿O Yahya? Parece harto improbable e indudablemente no pueden haber matado a *cuatro*.

Otra vez sugiero que han peleado e ilustro mi sugerencia con una pantomima. La respuesta es enfáticamente negativa. Yahya hace gestos, como si algo cayera sobre su cabeza.

Miro al cielo. ¿Las víctimas han sido alcanzadas por un rayo?

Guilford abre la puerta de *Poilu*.

—Subiré a ver; estos tipos tienen que venir conmigo.

Les hace señas de que suban, autoritariamente. La negativa es inmediata y decidida. No irán.

Guilford asoma su agresiva barbilla australiana.

—¡*Tienen* que venir!

Dimitri menea su cabeza grande y bondadosa.

—No, no —dice—. Es muy malo.

—¿*Qué* es muy malo?

—Allá arriba hay algún problema —dice Guilford y monta en el coche. Observa a la turba cada vez más próxima y consternado vuelve bruscamente la cabeza hacia mí. Leo en sus ojos una mirada que podríamos describir como «las mujeres y los niños primero».

Se apea como si no pasara nada y dice en tono elaboradamente festivo:

—¿Qué tal si vamos al encuentro de Max? No estaría mal, ya que de cualquier manera no se trabaja. Coja el sombrero o lo que quiera.

¡Queridísimo Guilford, qué bien lo hace! No quiere alarmarme.

Digo tranquilamente que acepto su invitación y le pregunto si conviene que lleve el dinero. Los fondos de la expedición se guardan en una caja, debajo de la cama de Max. Si realmente atacara la casa una muchedumbre enfurecida, sería una pena que

encontraran el dinero y lo robaran.

Guilford, que insiste en su intento de «no alarmarme», finge que he hecho una insignificante sugerencia cotidiana.

—¿Podría darse prisa?

Entro en el dormitorio, cojo mi sombrero de fieltro, saco la caja y la subimos al coche. Guilford y yo montamos en el asiento delantero, hacemos señas a Dimitri, a Serkis y al chico para que suban al de atrás.

—Los llevaremos a ellos pero no a los capataces —dice Guilford, todavía condenando la actitud de los capataces por haber huido.

Me da pena Guilford, que obviamente se muere de ganas por ir a enfrentarse a la multitud y tiene que ocuparse de mi seguridad. Al mismo tiempo me alegro de que no tenga que encarar a los trabajadores. Tiene muy poca autoridad sobre ellos y, de cualquier manera, no entenderá una sola palabra de lo que dicen, por lo que fácilmente podría empeorarlo todo. Lo que debemos hacer es poner a Max al tanto de todo y averiguar qué ha *ocurrido* realmente.

El plan de Guilford de salvar a Dimitri y a Serkis, dejando que los capataces asuman sus responsabilidades, se ve instantáneamente burlado por Alawi y Yahya, que empujan a Dimitri y montan en el coche. Guilford está furioso y trata de echarlos. Ellos no ceden.

Dimitri mueve plácidamente la cabeza y señala la cocina. Vuelve hacia allí y Serkis va con él, con expresión un tanto desdichada.

—No veo por qué razón estos tipos… —empieza a decir Guilford.

Lo interrumpo.

—Sólo podemos ir cuatro en el coche… y por lo que parece, si esos hombres quieren matar a alguien, los elegidos son Alawi y Yahya, por lo que opino que será mejor llevarlos. No creo que tengan nada contra Dimitri y Serkis.

Guilford levanta la vista y ve que la turba está demasiado cerca para seguir discutiendo. Mira con el entrecejo fruncido a Yahya y a Alawi, arranca rápidamente a través del patio y rodeando la aldea llegamos a la huella que conduce al camino de Qamisliya.

Max ya debe de haber emprendido el regreso pues tenía la intención de estar temprano en el trabajo esta tarde, de modo que tendríamos que cruzarnos con él en seguida.

Guilford exhala un suspiro de alivio y le digo que lo hizo muy

bien.

—¿Qué?

—Su indiferente sugerencia de dar un agradable paseo para ir al encuentro de Max y todo lo que hizo para no alarmarme.

—¿Se dio cuenta de que quería alejarla de allí? —pregunta.

Lo miro compasivamente.

Vamos a toda velocidad y un cuarto de hora más tarde nos encontramos con Max, que vuelve con Subri en el *Mary*. Muy sorprendido al vernos, frena. Alawi y Yahya se apean del *Poilu* y corren hacia él; un torrente de palabras en árabe llena el aire a medida que Max hace preguntas en un cortante *staccato*.

¡Por fin sabemos de qué se trata!

Llevamos varios días encontrando una buena cantidad de hermosísimos amuletos con tallas de animales en piedra y marfil, en cierta parte de la excavación. Los hombres han recibido generosas propinas por sus hallazgos, y con el propósito de descubrir el mayor número posible han estado socavando el pozo donde están, ya que los amuletos se encuentran en un nivel descendente.

Ayer Max decidió poner fin a esta tarea, ya que se estaba volviendo peligrosa, y mandó a las cuadrillas a trabajar otra vez a lo alto para hacer cortes hacia abajo desde allí. Los hombres protestaron porque esto significaba que tendrían que excavar durante un par de días niveles poco interesantes hasta llegar nuevamente al estrato de los amuletos.

Los capataces quedaron de guardia para ocuparse de que obedecieran la orden y los trabajadores, aunque algo resentidos, hicieron lo que debían y empezaron a trabajar desde lo alto con todas sus fuerzas.

Así estaban las cosas cuando pararon el trabajo para almorzar. Entonces tiene lugar una historia de baja traición y codicia. Los hombres se dispersaron en la ladera, cerca de los cántaros de agua. Una cuadrilla que había estado trabajando del otro lado se alejó arrastrándose, rodeó furtivamente el montículo hasta el punto donde estaban las riquezas y empezó a excavar con gran ímpetu en el lugar ya socavado. Pensaban robar en la parcela de los otros hombres y luego hacer aparecer los objetos birlados en su propio terreno.

Entonces intervino Némesis. ¡Excavaron demasiado y los niveles

superiores cayeron encima de ellos!

Los gritos de uno que logró escapar atrajeron a todos al lugar. Al instante ellos y los capataces comprendieron lo que había ocurrido y tres piqueros se dedicaron a excavar a toda prisa para sacar a sus compañeros. Uno de los hombres estaba con vida, pero había cuatro muertos.

Se desató una violencia incontenible. Gritos, lamentaciones al cielo y un incontenible deseo de culpar a alguien. No es fácil saber si los capataces se pusieron nerviosos y decidieron huir, o si fueron materialmente atacados. Pero el resultado fue que los hombres salieron en tropel en actitud amenazadora.

Max supone que los capataces tenían los nervios tan crispados que ellos mismos metieron en la cabeza de los trabajadores la idea de atacarlos, pero no pierde un minuto en recriminaciones. Salimos a toda velocidad en dirección a Qamisliya, donde Max plantea la cuestión al funcionario de los *Services Spéciaux* que está a cargo de la seguridad.

El teniente es rápido en comprender y tomar medidas. Reúne a cuatro soldados en su coche y todos regresamos a Brak. Ahora los trabajadores están en el montículo, pululando de un lado a otro como hormigas. Se apaciguan cuando ven llegar a la autoridad. Subimos la colina en procesión. El teniente despacha su coche con uno de los soldados y sube personalmente a la escena de la tragedia.

Pregunta por los hechos concretos y los hombres a quienes les corresponde ese lugar explican que no fueron ellos sino una cuadrilla rival la que intentó robar lo que no era suyo. Luego interroga al sobreviviente, que confirma lo ocurrido. ¿Están todos los de esa cuadrilla? ¿Un ileso, un herido y cuatro muertos? ¿Es posible que alguno siga enterrado? No.

En ese momento vuelve el coche del teniente con el jeque local de la tribu a que pertenecen los trabajadores fallecidos. El jeque y el teniente se hacen cargo de todo conjuntamente. Van y vienen preguntas y respuestas.

Por último el jeque levanta la voz y se dirige a la muchedumbre. Absuelve de toda culpa a la expedición. Esos hombres estaban excavando fuera de horas de trabajo y, peor aún, intentaron robar a sus compañeros.

Han sido castigados por su desobediencia y codicia. Ahora todos

deben irse a casa.

El sol se ha puesto y cae la noche.

Volvemos a casa con el jeque y el teniente (comprobamos aliviados que Dimitri cocina plácidamente y Serkis sonríe).

Prosiguen las consultas durante una hora. El incidente es lamentable. El teniente apunta que esos hombres tienen familias y aunque no hay ninguna obligación es indudable que sabrán apreciar un donativo. El jeque dice que la generosidad es el sello de una naturaleza noble y dará realce a nuestra reputación.

Max dice que está dispuesto a hacer un donativo a las familias si queda claro que se trata de un donativo y no de una indemnización en ningún sentido. El jeque evidencia su acuerdo con un gruñido. Eso será puesto por escrito por el funcionario francés, dice. Además, promete ocuparse personalmente de transmitirlo de palabra. Sigue pendiente la cuestión de la cifra. Una vez decidida, y después de tomar unos refrescos, el jeque y el teniente se marchan. En el montículo quedan dos soldados para custodiar el funesto lugar.

Cuando vamos a acostarnos, muy fatigados, Max dice:

—Mañana alguien tendrá que vigilar ese lugar durante el almuerzo si no queremos que se repita lo ocurrido.

Guilford no puede creerlo.

—¡No ahora que conocen el peligro y han visto lo que sucedió!

Con voz macabra, Max dice:

—¡Ya verás!

Al día siguiente él mismo espera, sin hacerse notar, detrás de un muro de ladrillo-adobe. Y por cierto, mientras los demás almuerzan, tres hombres rodean a hurtadillas la cuesta del montículo y escarban con brío la porción contigua de la excavación, a sesenta centímetros de donde encontraron la muerte sus compañeros.

Max avanza a zancadas y pronuncia un terrible discurso. ¿No se dan cuenta de que lo que están haciendo atraerá a la muerte?

Uno de los hombres murmura «*Inshallah!*».

Son formalmente despedidos por haber intentado robar a sus compañeros.

El lugar sigue vigilado después del Fidos hasta el momento en que, a la tarde del día siguiente, los niveles superiores quedan cortados.

Guilford dice, horrorizado:

—A estos tipos no parece importarles la vida. ¡Y son absolutamente insensibles! ¡Esta mañana, mientras trabajaban, se reían y hacían burla de los muertos!

Max repite que aquí la muerte no es importante.

Suena el silbato de los capataces por el Fidos y los trabajadores bajan el montículo a la carrera, cantando:

—*Yusuf Daoud estaba con nosotros ayer… ¡hoy está muerto! ¡Nunca volverá a llenar su tripa! ¡Ja, ja, ja!*

Guilford está profundamente impresionado.

’Ain el ’Arus

Mudanza de Brak al Balij.

La última tarde bajamos andando hasta el Gaggag y experimento cierta melancolía. He llegado a sentir un gran afecto por ese estrecho cauce de embarradas aguas pardas.

Sin embargo, Brak nunca ha tenido en mis sentimientos el ascendiente que tiene Chagar. La aldea de Brak es triste, está medio abandonada y semiderruida; los armenios, con sus desastradas ropas europeas desentonan con el entorno. Elevan sus voces reprensivas y aquí no se palpa la alegría de vivir curda y árabe. Echo de menos a las curdas que atravesaban el campo; esas grandes flores multicolores con sus dientes blancos y sus rostros risueños, su porte orgulloso y elegante.

Hemos alquilado un desvencijado camión para trasladar los muebles que necesitaremos. Es el tipo de camión en el que hay que atar todo con cuerdas. Se me ocurre que casi todo se habrá caído cuando hayamos llegado a Ras-al-Ain.

Por fin está todo cargado y partimos; Max, Guilford y yo en el *Mary*, Michel y los criados en el *Poilu*, con Hiyou.

A mitad de camino de Ras-al-Ain paramos a almorzar, y encontramos a Subri y Dimitri riendo a carcajadas.

—¡Hiyou —explican— ha viajado todo el tiempo mareada y Subri le sostenía la cabeza!

El interior del *Poilu* da elocuente testimonio de lo que dicen. Es una suerte, pienso, que se lo tomen a risa.

Por primera vez desde que la conozco, Hiyou se muestra derrotada. «Puedo enfrentar», parece decir, «un mundo hostil con los perros, la enemistad de los musulmanes, la muerte por ahogo, el hambre, los golpes, patadas y piedras. No le tengo miedo a nada. Soy amistosa con todos aunque no amo a nadie. ¿Pero qué significa este extraño sufrimiento que me priva de toda dignidad personal?».

Sus ojos ambarinos pasan lúgubres de uno a otro. Se ha hecho trizas la fe en su capacidad para afrontar lo peor que pueda brindarle el mundo.

Afortunadamente, cinco minutos después Hiyou se recupera y está devorando ingentes cantidades del almuerzo de Subri y Dimitri. Pregunto si no será un error, teniendo en cuenta que en breve reanudaremos el viaje en coche.

—¡Ja! —grita Subri—. ¡Entonces Hiyou estará mucho más mareada!

Bien, si les divierte…

A primera hora de la tarde llegamos a nuestra casa, que está en una de las calles principales de Tell Abyadh. Es una vivienda casi urbana; lo que el director del banco llama *construction en pierre*. La calle está bordeada de árboles con hojas brillantes de coloración otoñal. ¡La casa, ay, es muy húmeda, pues está por debajo del nivel de la calle y la aldea tiene riachuelos por todas partes! A la mañana siguiente la manta está húmeda y todo lo que tocas parece mojado y pegajoso. Estoy tan agarrotada que apenas puedo moverme.

Hay un bonito jardincillo detrás de la casa, que cuenta con más refinamientos que cualquier otra en la que hayamos vivido desde hace mucho tiempo.

¡Cuando llega el camión descubro que sólo hemos perdido tres sillas, una mesa y la taza de mi retrete! ¡Bastante menos de lo que yo pensaba!

Tell Jidle propiamente dicho está enclavado junto a un vasto remanso de agua azul celeste, formado por el manantial que alimenta el Balij. El remanso está rodeado de árboles y el escenario es una auténtica delicia, punto de encuentro tradicional entre Isaac y Rebeca. Todo es muy distinto a nuestros emplazamientos anteriores. Posee un encanto atrayente aunque melancólico, pero carece de la intacta frescura de Chagar y de los ondulados campos de aquel ámbito.

Se nota la prosperidad; armenios y otras personas bien vestidas recorren las calles, hay casas y jardines.

Llevamos una semana aquí cuando Hiyou nos desprestigia. ¡Se presentan todos los perros de ’Ain el ’Arus para cortejarla, y como ninguna puerta cierra bien es imposible mantener a sus admiradores afuera o encerrarla a ella! Aullidos, ladridos y gresca. ¡Hiyou, una beldad de filosófica mirada ambarina, hace todo lo posible por estimular el pandemonio!

La escena es exactamente igual a la de una anticuada pantomima en las que los demonios se asoman a puertas y ventanas. Mientras cenamos se abre violentamente una ventana; un perro enorme entra de un salto y otro va en pos de él, y… ¡encontronazo! La puerta del dormitorio se abre de par en par y entra otro can. Los tres corren enloquecidos alrededor de la mesa, embisten la puerta de Guilford y desaparecen, para reaparecer como por arte de magia desde la cocina, perseguidos por Subri, que esgrime una sartén.

Guilford se pasa la noche en vela, acosado por los perros que se abalanzan contra la puerta, suben a su cama y salen por la ventana. De vez en cuando Guilford se levanta y les arroja todo tipo de cosas. ¡Se oyen aullidos, gañidos y una gran bacanal perruna!

Descubrimos que, en realidad, Hiyou es una snob. ¡Favorece al único perro de ’Ain el ’Arus que usa collar! «¡Aquí hay *clase*!», parece decir. Su galán es un perro negro, de nariz chata y respingona, con un abundante rabo semejante al de un caballo de cortejo fúnebre.

Subri, después de unas cuantas noches en blanco por el dolor de muelas, pide permiso para ir en tren a Alepo, a visitar al dentista. Vuelve dos días después, radiante.

He aquí su relato:

—Voy al dentista. Me siento en su silla. Le muestro la muela. Sí, dice, hay que sacarla. Pregunto cuánto. Veinte francos, dice. Es absurdo, digo y me largo. Vuelvo por la tarde. ¿Cuánto? Dieciocho francos. Repito que es absurdo. El dolor va en aumento pero uno no puede permitir que le roben. Voy a la mañana siguiente. ¿Cuánto? Todavía dieciocho francos. ¿Y a mediodía? Dieciocho francos. ¡Cree que el dolor me vencerá, pero yo sigo regateando! Finalmente, Khwaja, *gano* yo.

—¿Rebaja?

Subri mueve la cabeza negativamente.

—No, no rebaja, pero me sale por una ganga. Muy bien, digo. Dieciocho francos. ¡Pero por ese precio no me quitarás una muela sino cuatro!

Subri ríe entusiasmado, dejando al descubierto varios huecos.

—¿Pero te dolían las otras tres?

—No, claro que no. Pero algún día empezarían. Ahora ya no pueden hacerlo. Están afuera y por el precio de una.

Michel, que escucha desde el vano de la puerta, mueve la cabeza aprobadoramente.

—*Beaucoup economia* —dice.

Subri ha traído amablemente una sarta de cuentas rojas, que ata alrededor del cuello de Hiyou.

—Es lo que se ponen las chicas para mostrar que están casadas —dice—. ¡Y Hiyou se ha casado!

¡Vaya si lo ha hecho! ¡Yo diría que con todos los perros de 'Ain el 'Arus!

Esta mañana, que es domingo y nuestro día libre, estoy sentada etiquetando hallazgos mientras Max toma notas en el libro de pagos, cuando Ali hace pasar a una mujer. Va pulcramente vestida de negro, lleva una gran cruz de oro en el pecho y da la impresión de ser muy respetable. Trae los labios apretados y parece muy alterada.

Max la saluda amablemente y la mujer empieza a hablar de inmediato, evidentemente de sus tribulaciones. Cada tanto aparece el nombre de Subri en el relato. Max tiene el ceño fruncido y está muy serio. La narración prosigue, cada vez más apasionada.

Conjeturo que se trata de la típica historia del engaño de la doncella pueblerina. Esta mujer es la madre y nuestro alegre Subri el vil seductor.

La mujer levanta la voz en justa indignación. Aferra la cruz que lleva al pecho con una mano y la alza; tengo la impresión de que hace un juramento.

Max hace llamar a Subri. Pienso que sería una delicadeza retirarme y estoy a punto de hacerlo discretamente cuando Max me

dice que no me mueva. Vuelvo a sentarme y como probablemente Max me ha pedido que me quede para dar el efecto de un testigo, pongo cara de entender de qué están hablando.

La mujer, una figura grave y digna, guarda silencio hasta que aparece Subri. Luego estira enérgicamente la mano para señalarlo a modo de denuncia y evidentemente repite sus acusaciones.

Subri no se defiende con calor. Se encoge de hombros, levanta las manos, parece admitir la verdad de las palabras de la mujer.

La escena continúa: discusiones, recriminaciones, la adopción de una actitud más juiciosa por parte de Max. Subri está siendo derrotado. ¡Muy bien, parece decir, como gustéis!

De pronto Max coge una hoja de papel y escribe algo. Muestra las palabras escritas a la mujer. Ella pone una marca —una cruz— en el papel y, levantando una vez más la cruz de oro, jura solemnemente algo. A continuación firma Max y Subri también pone su marca, aparentemente haciendo su propio juramento. Luego Max cuenta algún dinero y se lo entrega a la mujer. Ella lo coge, da las gracias a Max con una digna inclinación de la cabeza y sale. Max dirige unos cáusticos reproches a Subri, que se va muy desinflado.

Max apoya la espalda en la silla, se pasa un pañuelo por la cara y exclama:

—¡Caramba!

Recupero la palabra.

—¿De qué se trataba? ¿Una chica? ¿La hija de la mujer?

—No exactamente. Esa mujer es la dueña del burdel local.

—*¿Qué?*

Max trata de repetirme con la mayor precisión posible las palabras de la mujer.

Se ha presentado ante él, dice, para darle la posibilidad de enmendar un grave delito cometido contra ella por su criado Subri.

«¿Qué ha hecho Subri?», pregunta Max.

«Soy una mujer de buena reputación y honor. ¡Me respetan en todo el distrito! Todos hablan bien de mí. Dirijo mi casa en el temor de Dios. Llega ese individuo, ese Subri, y encuentra en mi casa a una chica que ha conocido en Qamisliya. ¿Renueva su relación con ella de manera agradable y decorosa? No, se comporta ilícitamente, violentamente… desacreditándome. Empuja por la escalera y hace

salir de la casa a un caballero turco… un rico caballero turco, uno de mis mejores clientes. ¡Todo con violencia y de forma indecorosa! Más aún, convence a la chica, que me debe dinero y ha recibido de mí muchas atenciones, de que abandone mi casa. Le compra un billete y la pone en el tren. ¡Además, la chica se lleva cien dólares y diez francos que me pertenecen, lo cual es robo! No es justo, Khwaja, que se cometan semejantes abusos. Siempre he sido una mujer recta y virtuosa, una viuda temerosa de Dios, de la que nadie puede hablar mal. Me he afanado larga y duramente contra la pobreza, y me he elevado en el mundo gracias a mis honrados esfuerzos. No es posible que tú apoyes la violencia y el mal. Te pido una compensación y te juro por ésta (en este punto entró en juego la cruz de oro) que lo que he dicho es verdad y lo repetiré delante de tu criado Subri. Puedes hablar con el magistrado, el sacerdote, los oficiales franceses de la guarnición; ¡todos te dirán que soy una mujer honesta y respetable!».

Subri, emplazado, no niega nada. Sí, ha conocido a la chica en Qamisliya. Era amiga suya. Se enfadó con el turco y lo empujó escaleras abajo. Sugirió a la chica que volviera a Qamisliya. Ella prefería Qamisliya a 'Ain el 'Arus. Se llevó prestado un poco de dinero pero sin duda algún día lo devolverá.

Quedó en manos de Max pronunciar el fallo.

—Sinceramente, las cosas que hay que hacer en este país… ¡Nunca sabes qué se avecina! —protesta.

Le pregunto cuál ha sido su fallo.

Max carraspea y prosigue el relato.

«Me sorprende y disgusta que un criado mío haya entrado en su casa, porque eso no está de acuerdo con nuestro honor, el honor de la expedición, y daré la orden de que ninguno de mis sirvientes entre en su casa en el futuro, ¡que esto quede claro!».

Subri dice, deprimido, que lo ha entendido.

«En cuanto a que la chica se haya marchado de su casa, no tomaré ninguna medida, porque no me concierne. Con respecto al dinero que se llevó, considero que usted debe recuperarlo y se lo pagaré ahora mismo, por el honor del personal de servicio de la expedición. Esa suma se descontará de los salarios de Subri. Escribiré un documento que le leeré, en el que reconocerá el pago de este dinero y renunciará a hacernos cualquier otra reclamación.

Pondrá allí su marca y jurará que aquí se acaba la cuestión».

Recuerdo la dignidad y el fervor bíblico con que la mujer había alzado la cruz.

—¿Dijo algo más?

«Gracias, Khwaja. La justicia y la verdad han predominado como siempre, no se ha permitido el triunfo del mal».

—*Bien*… —digo cuando logro sobreponerme—. *Bien*…

Oigo unas ligeras pisadas al otro lado de la ventana.

Es nuestra última visita. Lleva un gran misal o libro de oraciones y se dirige a la iglesia. Su expresión es grave y decorosa. La gran cruz sube y baja por su pecho.

Me levanto, saco la Biblia del estante y busco la historia de Rajab, la ramera. Creo saber —un poco— cómo era Rajab la ramera. Veo a esa mujer interpretando ese papel: escrupulosa, fanática, valiente; profundamente religiosa y sin embargo… Rajab la ramera.

Diciembre: la temporada toca a su fin. Quizá porque es otoño y estamos acostumbrados a la primavera, quizá porque en el aire ya flotan rumores y advertencias de disturbios en Europa, la atmósfera está embargada de tristeza. Cunde la sensación, esta vez, de que no volveremos…

Pero la casa de Brak sigue alquilada… allí esperarán almacenados nuestros muebles y todavía queda mucho por descubrir en el montículo. Nuestro contrato de arriendo dura dos años más. Sin duda volveremos…

Mary y *Poilu* siguen la ruta que atraviesa Garabulus hacia Alepo. De Alepo iremos a Ras Samra, a pasar las navidades con nuestros amigos el profesor Schaeffer, su esposa y sus encantadores hijos. No hay rincón en el mundo más cautivador que Ras Samra, una pequeña bahía de aguas azules, enmarcada en arenas y rocas blancas. Pasamos unas navidades de ensueño. Hablamos del próximo año… algún año. Pero la sensación de incertidumbre se acrecienta. Nos despedimos.

—Nos veremos en París.

¡Ay, París!

Esta vez salimos de Beirut en barco.

Me asomo por la barandilla. ¡Qué encantador es esto, esta costa con las montañas del Líbano rematadas contra los cielos lejanos y azules! Ni un solo elemento atenúa lo poético del panorama. Me siento lírica, casi sentimental…

Llega a mis oídos un vocerío conocido… exaltados gritos desde un buque de carga al que adelantamos. Un cargamento de la grúa ha caído al mar, el embalaje se ha abierto…

La superficie de las aguas está salpicada de tazas de retretes…

Aparece Max y pregunta a qué se debe tanto barullo. ¡Señalo y le explico que mi romántico adiós a Siria se hizo añicos!

¡Max dice que no tenía la menor idea de que exportáramos semejantes cantidades de retretes! ¿Y no tendrían que haber pensado que en el país no hay suficientes instalaciones de fontanería a las que empalmarlos?

Callo y me pregunta en qué estoy pensando.

Estoy recordando que el carpintero de Amuda instaló orgulloso mi retrete junto a la puerta principal el día que vinieron a tomar el té las monjas y el teniente francés. Estoy recordando mi toallero con sus «hermosas patas». ¡Y al gato profesional! Y a Mac paseándose por el tejado a la hora del crepúsculo con expresión distante y feliz…

Estoy recordando a las mujeres curdas de Chagar como alegres tulipanes a rayas. La abundante barba roja del jeque, teñida con henna. Estoy recordando al Coronel, arrodillado con su pequeña bolsa negra para asistir al descubrimiento de una sepultura, y a un guasón entre los trabajadores diciendo: «El doctor ha venido a atender el caso», y a partir de entonces «M. le docteur» es el sobrenombre del Coronel. Estoy recordando a Bumps y su recalcitrante casco colonial, y a Michel gritando «*Forca*» mientras tironea de la correa. Estoy recordando una suave cuesta cubierta de caléndulas doradas, donde almorzamos uno de nuestros días libres; y cerrando los ojos, huelo a mi alrededor el maravilloso aroma de las flores y de la fértil estepa…

—Estoy pensando —contesto a Max— que la vida era muy dichosa…

Epílogo

Inicié esta crónica intrascendente antes de la guerra y por las razones apuntadas.

Luego la guardé. Ahora, después de cuatro años de guerra, he notado que mis pensamientos vuelan cada vez más hacia aquellos tiempos pasados en Siria; asimismo, sentí el impulso de rescatar mis notas y diarios, para concluir lo que había comenzado y dejado de lado. Me parece bueno recordar que existieron esos días y esos lugares, o que en este mismo instante mi suave cuesta de caléndulas está en flor, que unos ancianos de barba blanca arrastran los pies detrás de sus burros, quizá sin siquiera saber que se libra una guerra. *«Aquí no nos tocó…».*

Porque después de pasar cuatro años en Londres en tiempos de guerra, sé lo buena que era aquella vida, y que para mí ha sido placentero y reconfortante revivir aquellos tiempos… Escribir estas sencillas notas no ha sido una tarea, sino un parto de amor. No es una evasión hacia lo que fue, sino la contribución, en medio de las durezas y pesares actuales, de algo imperecedero que no sólo *tuvimos*, sino que todavía *tenemos*.

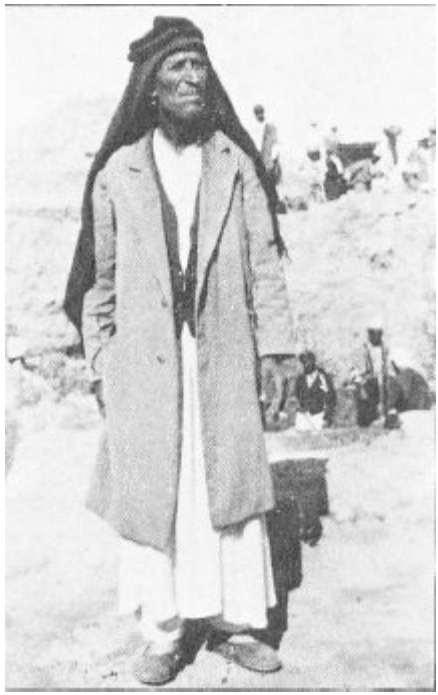
Amo ese generoso y fértil país y a sus gentes sencillas, que saben reír y gozar de la vida, que son ociosas y alegres, que tienen dignidad, educación y un gran sentido del humor, y para quienes la muerte no es terrible.

Inshallah, volveré, y las cosas que amo no habrán perecido en esta tierra…

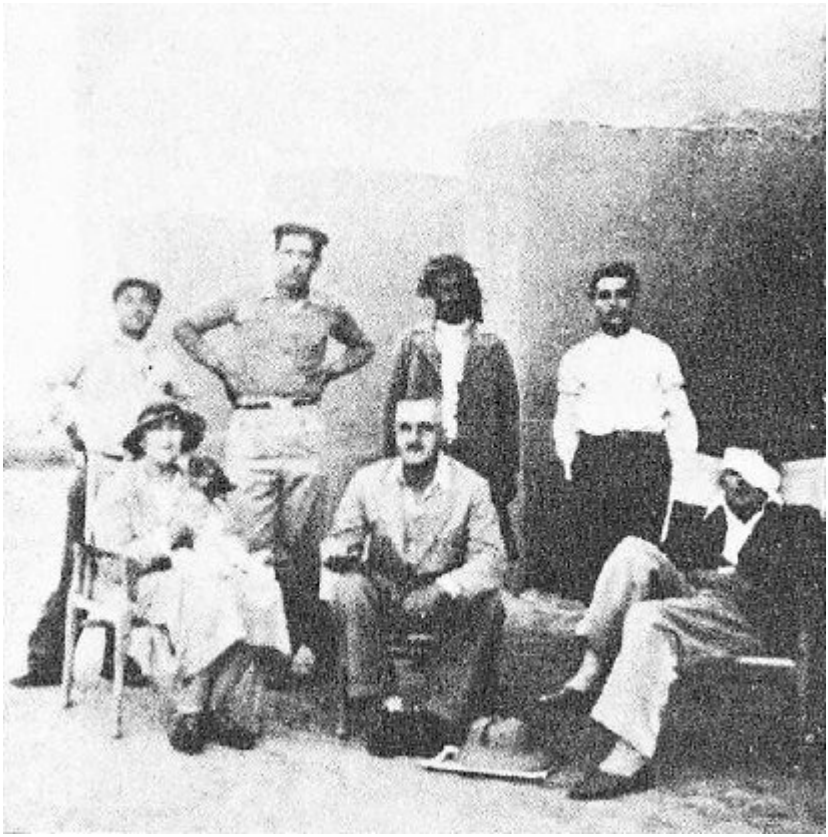
Primavera de 1944

FINIS
EL HAMDU LILLAH

Jeque Ahmed.

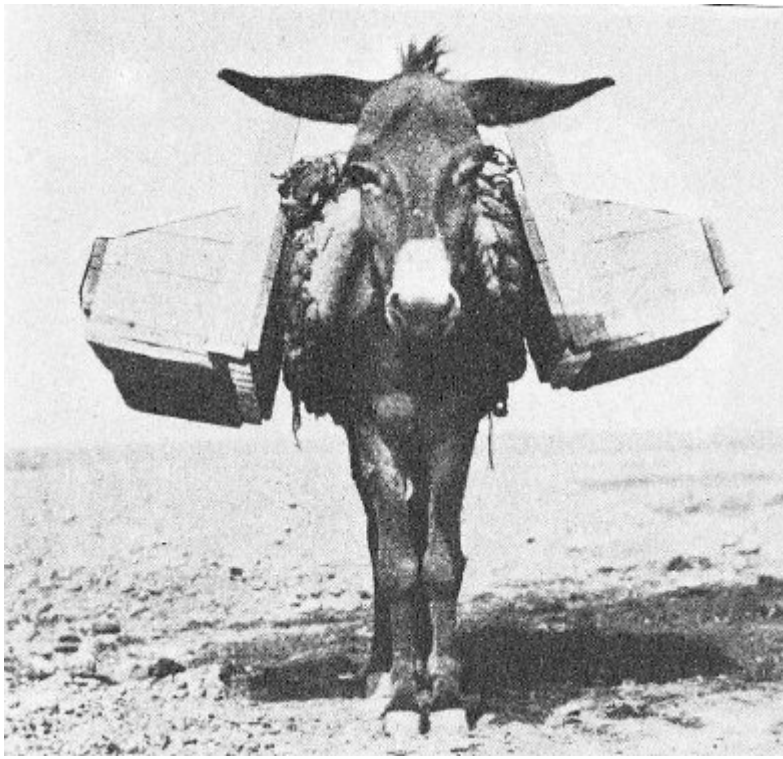


Hamoudi, el capataz.

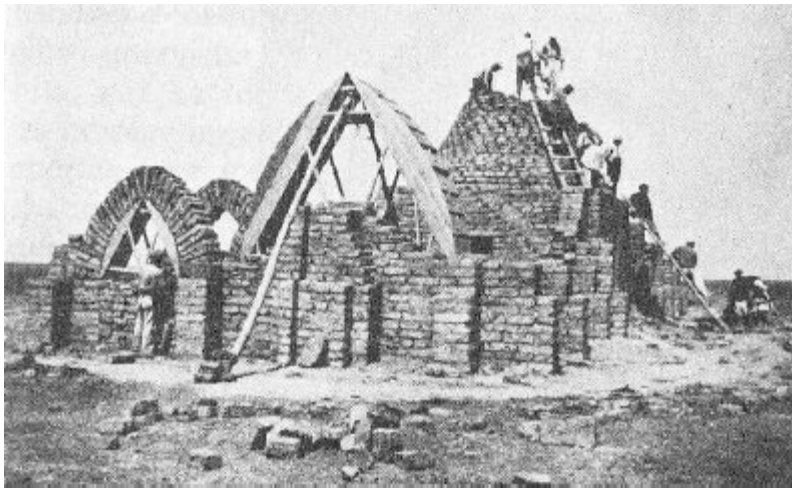


Personal en Chagar Bazar. Sentados (izq. a der.): Agatha Christie, Burns, Bumps. De pie: Serkis, Subri, aguador, Mansur.

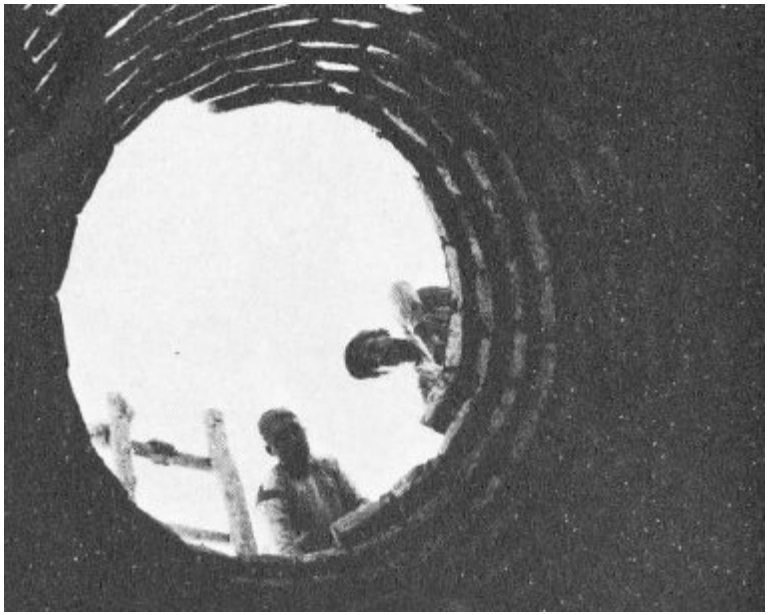
Chagar Bazar. ¡Descubrimiento!



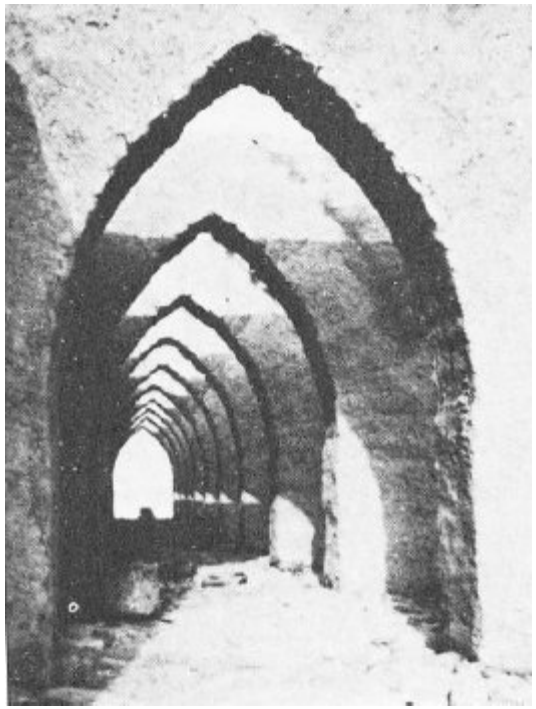
Burro aguador.



Casa de la expedición en Chagar Bazar (en construcción): la pechina casi completa.



Construcción de la casa de la expedición: ménsula vista desde el interior.



Construcción de la casa de la expedición. Sala completa vista desde el sudeste.

Notas

[1] Esto fue escrito antes de la inauguración del moderno Hotel St. George. < <

[2] *Bumps* significa literalmente «promontorios». (*N. de la t.*). <<

[3] *Poilu*: soldado raso francés de la primera guerra mundial. (*N. de la t.*). <<

[4] *Hiyou* equivale a «Oye, tú». (*N. de la t.*). < <